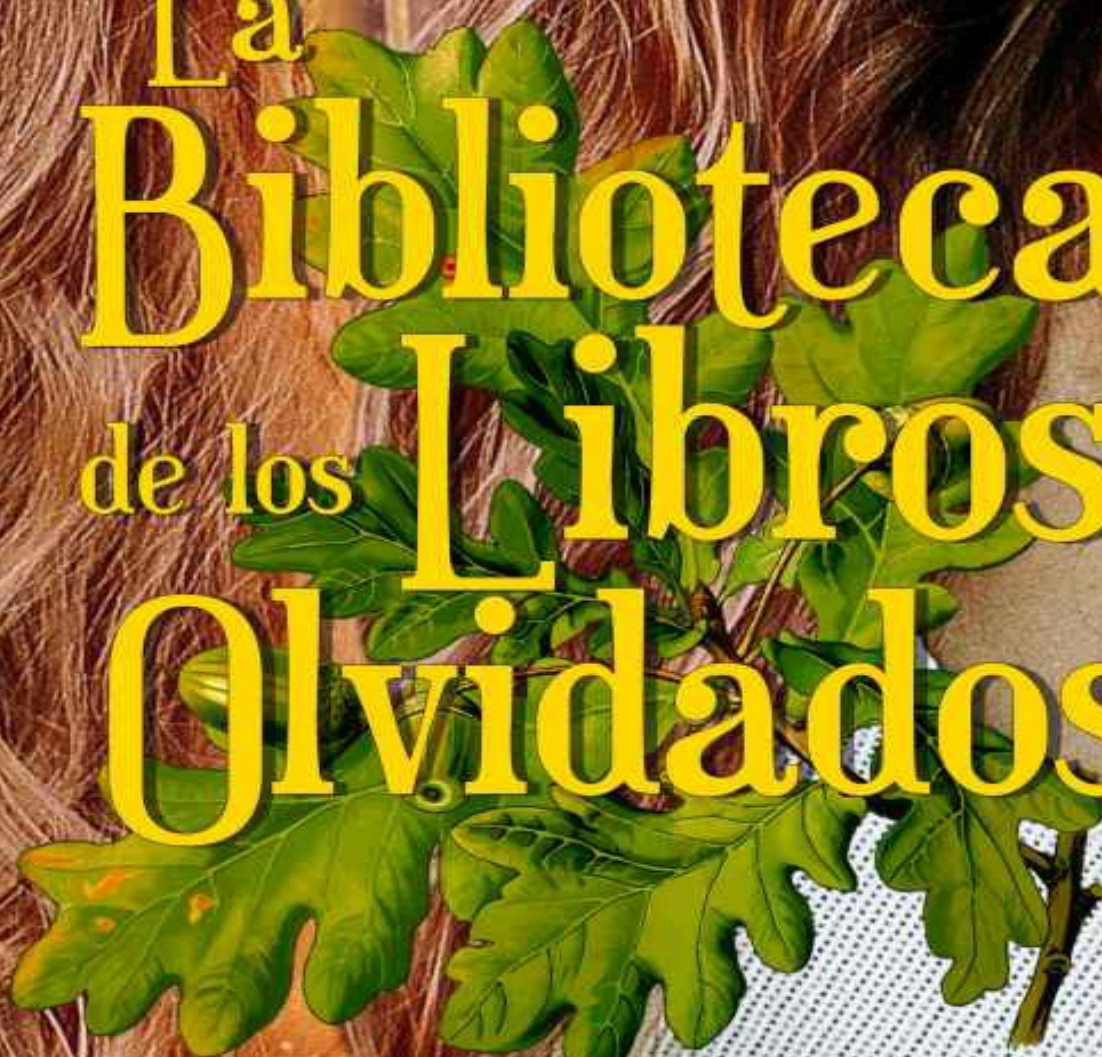


Adella Brac

Jessica Galera

La
Biblioteca
de los Libros
Olvidados



La biblioteca de los libros olvidados

Adella Brac

Título: La biblioteca de los libros olvidados
Autor: Adella Brac y Jessica Galera

©del texto, Adella Brac y Jessica Galera, 2019
©diseño de cubierta, Jessica Galera, 2019. Sobre fotografías de © ArtTower y ©ninocare en Pixabay.

Primera edición: octubre de 2019

<http://adellabrac.com>

<https://jessi-ga.wixsite.com/fantepika>

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio electrónico o mecánico sin autorización por escrito del autor, además de cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dedicatoria

A todas aquellas personas que luchan por sus sueños sin desfallecer, sois inspiración de muchas otras.

Y a los escritores que guardan una historia en un cajón creyendo que no es lo suficientemente buena para que el mundo la conozca. Queremos leerla.

ÍNDICE

<u>Capítulo 1 Alana</u>
<u>Capítulo 2 Keera</u>
<u>Capítulo 3 Alana</u>
<u>Capítulo 4 Keera</u>
<u>Capítulo 5 Alana</u>
<u>Capítulo 6 Keera</u>
<u>Capítulo 7 Alana</u>
<u>Capítulo 8 Keera</u>
<u>Capítulo 9 Alana</u>
<u>Capítulo 10 Keera</u>
<u>Capítulo 11 Alana</u>
<u>Capítulo 12 Keera</u>
<u>Capítulo 13 Alana</u>
<u>Capítulo 14 Keera</u>
<u>Capítulo 15 Alana</u>
<u>Capítulo 16 Keera</u>
<u>Capítulo 17 Alana</u>
<u>Capítulo 18 Keera</u>
<u>Capítulo 19 Alana</u>
<u>Capítulo 20 Keera</u>
<u>Capítulo 21 Alana</u>
<u>Capítulo 22 Keera</u>
<u>Capítulo 23 Alana</u>
<u>Capítulo 24 Keera</u>
<u>Capítulo 25 Alana y Keera</u>



Alana

Dejo caer el pantalón con desgana en el interior de la maleta atiborrada. Trato de cerrarla y me resulta imposible. Me siento sobre ella y deslizo la cremallera, que acaba por salirse de la guía, provocándome una oleada de exasperación. Hoy no es mi día, eso está claro. Suspiro y me levanto de nuevo, abro la maleta y lanzo el pantalón contra la puerta en el mismo momento en el que esta se abre. El rostro desconcertado de mi madre asoma a través de ella. Alza una ceja y me mira.

—¿Todo bien? —pregunta.

Me dejo caer sobre la cama y trato de suavizar el tono en el que la voz me pide salir. Suficientes discusiones hemos mantenido en los últimos días.

—La estúpida maleta —respondo—. Se ha roto.

Mi madre entra en el dormitorio con los brazos cruzados y se detiene a una distancia prudencial; por momentos parece que me tenga miedo.

—No te preocupes por eso, cariño. —Suspiro mientras recojo las deportivas de debajo de la cama y me las pongo, sin prestarle la menor atención—. Lana, dime que lo entiendes.

La miro momentáneamente.

—Lo entiendo —espeto con ironía.

—Aquí nunca conseguiremos despertar tu magia —se justifica ella. Se acerca a mí y se agacha, colocando una mano sobre mi pierna. Yo sigo enfrascada en mi labor—. Lo hemos intentado durante años, Lana. He tratado de que este momento no tuviera que anticiparse, pero...

—Ya lo sé, mamá. Créeme, pasar la vida sintiéndome un bufón fracasado es algo que se te graba a fuego.

Se pone en pie con el rictus descompuesto.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad —exclamo. Me pongo en pie y recojo la chaqueta que hay sobre el respaldo de mi silla—. Me he pasado la vida intentando convocar una magia que no... Siempre has dicho que papá no era como tú. ¿Por qué no asumes que tal vez yo tampoco? ¿Por qué no me dejas llevar una vida tranquila y normal? ¿Por qué me arrancas de lo único importante, auténtico y bonito que he tenido?

La voz se me rompe y mi madre me mira, conmovida. Odio exhibir flaqueza frente a ella; odio exhibirla frente al mundo porque es como mostrarles el centro de una diana a la que pueden disparar para hacer daño.

—Es mi responsabilidad como guardiana, cariño. ¿Por qué no tratas de entenderme tú?

—Porque a él le da igual si soy mágica, guardiana o un completo desastre. Y tú te has pasado la vida intentando hacer de mí lo que no soy.

Abre la boca, pero no me interesa seguir escuchándola. Todo cuanto sale de ella son sus argumentos aplastando a los míos, imponiéndose. Ha tomado una decisión y preguntar todo el tiempo cómo me siento no es más que una absurda formalidad que no deshará nada.

Doy un portazo y abandono la casa, poniendo punto y final a la conversación.

Cuando llego al parque, él ya me está esperando. A medida que me acerco, el nudo en mi estómago crece. Ian aguarda de pie, con las manos metidas en los bolsillos de su cazadora y con esa sonrisa de ensueño trazada en sus bonitos labios. Sus ojos verdes brillan a la luz del crepúsculo y el cabello rubio se le torna ligeramente rojizo con la inclinación del sol.

Bajo la cabeza, sonriendo mientras rodeo los densos matorrales del parque y me doy cuenta de que lleva puesta una falda escocesa.

Cuando estoy a punto de alcanzarlo, Ian extiende los brazos, como si se mostrase ante mí.

—¡Tachán! —exclama—. He aquí un *highlander* solitario. ¿Has visto a mi *banshee*?

No respondo y me limito a envolver su cintura con mis brazos. Hundo el rostro en la deliciosa curva de su cuello y me mantengo en silencio durante unos segundos, mientras noto sus manos abrazándome con fuerza. Ian lleva casi toda su vida viviendo aquí, en Irlanda, pero nació en Escocia, así que desde el día en que nos conocimos, pasó a ser mi *highlander*, una forma cariñosa de llamarlo. Lo cierto es que no tiene nada que envidiar a esos fornidos guerreros de las Tierras Altas.

—Esto no es justo. —Sus labios murmuran contra mi cabeza—. No estás disfrazada. ¿No se supone que íbamos a esa absurda fiesta en el insti?

—Ian, tengo que hablar contigo.

Lo digo sin moverme, con la voz ligeramente amortiguada contra su pecho.

—¿Por qué eso suena tan mal?

Su tono de voz, antes divertido, se ha modificado. Me aparto y soy incapaz de mirarlo a los ojos, mientras me aferro a sus manos.

—Me tengo que ir.

Lo suelto sin más, sin paños calientes, sin preparación previa, sin un prolegómeno que lo suavice. Ian sonrío.

—No hay ningún problema si no podemos ir a la fiesta, Ala.

Ahora sí, lo miro y soy incapaz de reprimir la sonrisa. Él es mi *highlander* y yo soy su ala.

—Eres el único que me llama así.

—Eres mi alita para volar lejos de este mundo, ya lo sabes.

Me hace dar una vuelta con la mano y me abraza por detrás. Los dos podemos ver la bonita fuente que proyecta chorros de agua al cielo al tiempo que cambia de color. Ian se balancea de un lado a otro, empujándome sutilmente para que nos movamos.

—Podemos tener nuestro minibaile aquí, si tienes que irte.

Frunzo los labios y me aparto, sin soltarle la mano. De forma inconsciente busco un contacto permanente con él.

—Me voy de la ciudad, Ian. Tengo las maletas hechas. Nos vamos mañana por la mañana.

Él me mira, en silencio, desconcertado y confuso.

—¿Adónde?

—Lejos. Es probable que no vuelva más.

—¿Cómo es... Por qué no... Cuando...?

Las preguntas se le atropellan en los labios y ninguna de ellas encuentra salida. Me acerco a él y sostengo su cara mientras pego mi frente a la suya.

—Lo siento mucho. No lo he decidido yo, te lo juro. —Las lágrimas ya me abrasan las mejillas. Mierda, juré que no lo haría; juré que no pasaría—. Mi madre...

—Quédate con nosotros. En casa hay sitio. Mi madre te adora, si se lo pido, no habrá problema.

Trato de sonreír sin llegar a conseguirlo del todo.

—En tu casa ya hay cinco personas, más el servicio.

—Exacto, hay mucha gente. No se notaría una más.

—No puedo, Ian.

Me sorbo la nariz y soy incapaz de mantenerle la mirada. Me siento como una cría pequeña, indefensa, impotente, ajena a cualquier solución.

—No puedes irte, Ala. No puedes... dejarme. ¿Es por mí? ¿He hecho algo?

—No, no, no es por ti —confieso deshecha. Me agarro a las solapas de su chaqueta, como si temiera que Ian fuese a esfumarse de un momento a otro—. No es por ti. Eres lo único que tengo. Pero no tengo otra opción. Solo quería despedirme, darte las gracias por este año y medio juntos y desearte que seas feliz.

—¿Y ya está? ¿Gracias por todo y adiós?

—No puedo hacer otra cosa.

—¡Te estoy ofreciendo mi casa!

Recula un paso, obligándome a soltarlo mientras se rasca la cabeza. Solo nos separa un metro y a mí me parece un abismo.

—Vente a vivir conmigo —insiste—. Hablaré con tu madre. No te vayas. —Avanza de nuevo el paso que había reculado y me abraza con una desesperación que a mí se me hace demoledora—. Por favor, Ala, no te vayas.

Lo aparto con delicadeza y un frío gélido me embarga. Resulta curioso que a todo final le acompañe la misma sensación glacial.

—No me lo hagas más difícil, Ian, por favor. Te quiero y eso va a seguir siendo así, pero tengo que irme.

Lo beso en los labios sin obtener respuesta. Me aparto y echo a correr, obligándome a no girarme, obligándome a omitir una imagen que me torturaría el resto de mi vida.

La nueva habitación es algo más grande y espaciosa que la que tenía en Killarney. La cama está ubicada a la izquierda y a su lado hay un escritorio totalmente despejado. A la derecha, un enorme armario de madera maciza con unas cajoneras y... ¡Oh, el paraíso! La pared del fondo está forrada con una estantería enorme que abarca hasta el techo y donde podrán encontrar acomodo todos mis libros. En Killarney solía tenerlos apilados unos encima de otros. Mi madre cree que tengo demasiados, pero de ningún modo iba a aceptar deshacerme de ellos y lejos de intentarlo, supongo que trata de comprar mi beneplácito por la mudanza con esto.

No me hacen falta poderes mágicos para saber que ha entrado en la habitación. La miro y se mantiene apoyada sobre el quicio de la puerta.

—¿Qué te parece, te gusta?

Arrastro la maleta y la coloco junto a la cama, mientras me acerco a la ventana. Doy un seco tirón del cordel que mantiene la persiana cerrada y la embestida de un sol cegador se derrama por el suelo de madera. Su calidez me abraza, como si buscara un consuelo para mí. No puedo dejar de embelesarme con la vista que se exhibe al otro lado del cristal. El río serpentea por el oeste y desemboca en un hermoso lago de aguas cristalinas. Al fondo, las montañas arrullan el valle y alzan un verde vivo bajo el cielo de primavera. El mismo verde que nos envuelve. Y aun así me duele el corazón.

—Es genial... —murmuro. Pero mi voz no desprende entusiasmo.

—Te acostumbrarás, cariño. El portal que he creado se mantendrá abierto durante unos días por si necesitas despedirte de alguien más o cualquier otra cosa en el mundo real. Después se cerrará.

Los brazos de mi madre me rodean por detrás cuando coloca su mejilla junto a la mía. No soy capaz de apartarme. Probablemente no sea el suyo, pero necesito un abrazo de consuelo, alguien o algo que me asegure que el desastre no es de tal magnitud.

—No parece mágico.

Es lo único que me nace decir.

—Lo es. Pero Rale es el más, digamos, común de los cuatro reinos de la magia.

—Creí que tú eras guardiana de Lívera.

—Y lo soy. Pero trato de hacerte esto lo menos traumático posible, Lana. Rale es muy similar al mundo humano, pero con diferencias que podrás comprobar sin dificultad. Ahora me gustaría que nos pusiéramos en marcha cuanto antes.

—¿Ni siquiera puedo descansar?

—Has venido todo el camino durmiendo.

—¿Deshacer la maleta?

—Habrà tiempo.

Suspiro exasperada y harta. Mundo humano o mundo mágico, pero mi madre sigue pensando que soy el mismo mono de feria del que puede y debe obtener algo, de modo que salgo de la habitación con rumbo a la calle. El pasillo que encuentro al salir de mi cuarto es largo y la casa está completamente en silencio. Me detengo en la habitación contigua y me sorprende comprobar que es exactamente igual a la mía. Cama a la izquierda, escritorio al lado, armario de madera maciza y una estantería enorme vacía. Aquí la persiana está echada. Miro a mi madre, que me sigue y no digo nada antes de retomar la marcha.

En pocos minutos hemos dejado atrás el verde tapiz que enmarca nuestra casa y algunas otras más, salpicadas a lo largo y ancho del valle. Pronto, el asfalto le gana terreno y llegamos hasta lo que ha de ser el núcleo urbano de Rale. A simple vista no hay grandes diferencias respecto a una ciudad humana, pero pronto empiezo a atestiguar los efectos de la magia: una anciana aguarda para cruzar frente a un paso de peatones. Un hombre joven se detiene a su lado y le tiende la mano, pero los coches no dejan de pasar de un lado a otro a una velocidad considerable. De pronto, sobre el paso se extiende un hermoso arcoiris, y el hombre y la anciana lo surcan en mitad de una distendida conversación que hace reír a la mujer. Cuando alcanzan la otra acera, el arco multicolor desaparece y cada uno de ellos prosigue su marcha. Alzo una ceja, fascinada ante lo vivido. Mi madre me mira y sonrío. Recuerdo que me explicó que cada gesto hermoso es un destello de magia, algo que no llegué a comprender del todo.

—Aunque no lo creas —me dice—, esto también ocurre en el mundo humano, pero allí la magia es más reducida y no se ve. Cada gesto hermoso de una persona hacia otra, desencadena una pequeña reacción de magia que nutre las reservas de nuestro mundo. Pero no es visible al ojo humano.

—Ya.

—¿Por qué no lo intentas tú? Puede ser un buen comienzo.

—¿Intentar qué?

—Llevar a cabo una buena acción; ayudar a alguien; desencadenar magia. Tal vez así despierte en ti el don.

Suspiro profundamente. Echo un vistazo rápido a mi entorno y el único que podría necesitar ayuda es un niño, cuya bicicleta parece haber pinchado una rueda. Miro a mi madre y ella me mira

a mí, haciéndome un gesto con la cabeza para que acuda. Resoplo, resignada. Camino con las manos metidas en los bolsillos y la enorme sensación de ridículo que me acompaña cada vez que mi progenitora espera de mí algún destello de reluciente poder.

—Hola. —El niño me mira, sin decir nada—. ¿Puedo ayudarte en algo?

El chiquillo niega con la cabeza.

—¿Has pinchado?

Me agacho a su lado y observo la rueda, como si fuese a encontrar el pinchazo. En ese momento, compruebo que hay un gatito adorable en el interior de su transportín, junto a la bicicleta.

—Oh, qué mono. —Introduzco el dedo entre el enrejado que conforma la puerta y el animalillo juega con él y lo mordisquea.

—Tengo que llegar al veterinario —me dice al fin el niño—. Van a vacunar a Almohadillas.

—Almohadillas, eh. —Sonrío y niego con la cabeza—. De acuerdo, a ver... Si la rueda solo se ha desinflado, nos bastaría con volver a meterle aire. Pero si está pinchada, eso no será suficiente.

—¿Y cómo lo sabremos? —me pregunta el crío.

—Buena pregunta. De todos modos, tampoco tenemos una bomba, ¿verdad? —El niño me mira—. Ya sabes, para inflarla. —Sigue sin moverse y yo me yergo—. ¿Y si te acompaño al veterinario?

—¿Lo harías?

—Por supuesto.

Camino hasta el transportín de Almohadillas.

—¡Ten cuidado! —exclama el niño—. No cierra bien y...

La advertencia del crío muere en sus labios y llega tarde, justo en el preciso instante en el que cojo el transportín del suelo y se abre por la parte inferior, permitiendo la huida a una simpática bola de pelo blanca que sale a correr, zambulléndose en mitad de la carretera. El niño grita y yo dejo caer la parte superior de la caja, la única que sigue en mis manos.

—No, espera, no... no llores, no te preocupes, lo... ¿por qué no me lo dijiste antes de...?

Salgo corriendo detrás del gatito y ahora soy yo la que se mete de lleno en esta jungla de coches. Arranco frenazos, insultos, improperios y a punto estoy de convertirme en papilla en más de una ocasión. Pero estoy decidida a no perder de vista al animal. Hemos alcanzado la otra acera y llegamos a una enorme plaza. Escucho a mi madre, llamándome a lo lejos y aunque ya estoy resollando, mantengo una carrera frenética para dar con él. Esquivo gente, tratando de seguirle la pista, choco con un hombre y le pido mil perdones mientras él se acuerda de toda mi familia. Almohadillas gira hacia la izquierda y yo lo hago con él. Es un callejón sin salida y el animal olisquea todo a su alrededor. Parece asustado, pero yo soy consciente de que es mi última oportunidad. Estoy agotada, si no lo cojo ahora, se acabó. Me acerco, despacio.

—Vamos, precioso, no quiero hacerte daño... Ya sé que la visita al veterinario no es plato de buen gusto, pero...

Estoy cerca, pero el gato me mira con desconfianza y sé que en su pequeña cabeza está hilvanando un retorcido plan para huir. Me lanzo a por él antes de que lo ponga en marcha y eso me cuesta un arañazo en la cara y otros tantos en las manos, pero lo tengo, es mío y no lo soltaré.

Regreso junto al crío con las manos hechas trizas. Está rodeado de gente que trata de consolarlo y que me mira con una mezcla de alegría, alivio y reproche velado. Introduzco al gato en el transportín que alguien ha cerrado de nuevo y el chiquillo me lo arrebató con furia en la mirada.

—Lo siento —me disculpo.

—Casi se muere —me escupe el pequeño.
—Bueno, ahí lo tienes, ¿no? Podías haberme dicho que estaba roto.
—¡Eres una...!
—Oh, no acabes esa frase. Puede irte mal, si no...
—Lana, por Dios.
Mi madre me sujeta de los hombros y me arranca de allí.
Yo me zafo, molesta.
—¿Sigues sin convencerte de que no hay nada que hacer?

Suspiro al despertar y hundo la cara en la almohada, pero la aparto al detectar que duele. Almohadillas me ha dejado su firma en la mejilla y en la nariz y en la barbilla. Menudo día. Tras mi desafortunado periplo con esa entrañable bolita de pelo en la ciudad, me largué directa a casa y caí desplomada. No sé cuánta magia haya en el mundo de los sueños, pero a veces es el único peculiar reino de fantasía en el que me siento a salvo de todo. Además de los libros, claro está.

Me levanto como un resorte y abro una de las cajas en la que los he guardado. Me mantengo de rodillas en el suelo y trato de no hundirme en mi propia miseria. Ojalá pudiera perderme dentro de uno de ellos y escapar de la magia en la que mi madre quiere sumirme para abrazar otra distinta. Magia. Llevo toda mi vida oyendo hablar de ella, viéndola ante mis ojos, sintiéndola, embargándome en su más pura esencia. Mi madre es guardiana de uno de los cuatro reinos de la magia, concretamente del mundo de Lívera. De un tiempo a esta parte se ha obcecado con la idea de que debo empezar a desarrollar los dones exigidos a su sucesora, es decir, a mí. Pero lo cierto es que por más que lo he intentado, no he conseguido ni hacer desaparecer una triste moneda. Y no es que ese sea uno de los dones solicitados, pero si no soy capaz de hacer eso, ¿qué más se me va a pedir?

Las excentricidades de mi madre no me han ayudado demasiado a llevar una vida normal. En el colegio siempre he sido la comidilla, la rara, la hija de la rara. Y lo más triste es que ni siquiera puedo culparlos. Al menos supongo que el recelo que generábamos daba para que no se metieran conmigo y me dejasen en paz. Hasta que conocí a Ian sentí que no había un solo lugar en el mundo en el que encajase; ni siquiera en el de la magia. Después de conocerlo a él seguí pensando lo mismo, pero con una nada desdeñable puntualización: a veces ese encaje que todos buscamos, de un modo u otro, no está en un «dónde», sino en un «quién». Ese «quién» con el que podemos ser nosotros mismos, con todo lo bueno y todo lo malo. Ese «quien» que nos sigue mirando de un modo distinto a pesar de todo, pero no de uno que hiere, avergüenza o señala, sino de uno que admira, acepta y a veces, incluso enamora.

Solo en este momento me doy cuenta de que aún llevo puesta la chaqueta, de que me he dormido con ella. Me la quito y al hacerlo, reparo en que hay algo en el bolsillo, una caja pequeña. La saco:

«Feliz cumpleaños. Ian».

Dios, ¿cómo he podido olvidar que mañana es mi cumpleaños? ¿Y en qué momento él...? Ni siquiera me atrevo a abrirlo. Debió de guardarlo en mi bolsillo cuando estábamos en el parque, despidiéndonos. O despidiéndome, más bien. No sé qué derecho tenga ahora a abrirlo o si debiera buscar la manera de hacérselo llegar de vuelta.

Dos golpecitos en la puerta hacen que guarde la cajita en el bolsillo. Mi progenitora no está

por la labor de dejarme en paz y permitir que pueda dilucidar al respecto. Me pongo en pie y abro la puerta.

—¿Podemos hablar un momento? Hay algo importante que tengo que decirte.

—¿Se te ha ocurrido algo más para hacer emerger mi enorme poder? —pregunto con sorna.

—No es sobre la magia. O no exactamente. Mañana es tu cumpleaños, Lana, una fecha muy especial y quiero que conozcas a alguien.

Vaya, estaba por pensar que se había olvidado.

—Mamá...

—Quiero que conozcas a tu hermana.

Keera

«El primer cumpleaños sin el abuelo», pienso.

Estoy parada justo enfrente de la biblioteca, pero al otro lado de la calle, esperando a que el semáforo se ponga en verde.

La marca de nacimiento que tengo en la parte interna de la muñeca izquierda me pica más que nunca. La silueta que da permiso a los peatones para cruzar se ilumina. Pongo un pie en el asfalto rascándome distraída la marca y un frenazo brusco me sobresalta. La defensa del vehículo casi roza mi rodilla. El conductor me pide perdón con un gesto de la mano.

Giro el rostro abrumada por el recuerdo del cuerpo inerte de mi abuelo en aquel gigantesco ataúd. La vida es algo demasiado frágil.

Llego al otro lado apurando el paso, meto las manos en los bolsillos de la chaqueta. Mis dedos encuentran la tarjeta y la saco. Sin ser del todo consciente, me quedo parada en la puerta del edificio. Estoy mirando el rectángulo de cartón satinado, grabado con el nombre del socio del abuelo en el bufete, como si ahí pudiera encontrar qué será de mi vida a partir de ahora.

Alexander O'Sullivan. Me pregunto por qué el abuelo lo habrá escogido a él si todo el mundo conoce nuestra mutua animadversión. Aunque en el fondo ya sé la respuesta; porque es el mejor.

Así era el abuelo, siempre pensando en lo que él creía que era mejor para mí, obviando lo que yo quería o necesitaba.

Lo ha dejado todo bien dispuesto en su testamento. Ventajas de ser uno de los mejores abogados del país. No era la persona más cariñosa del mundo ni teníamos la mejor relación posible, pero siento que lo voy a echar de menos.

Alexander me lo ha resumido brevemente esta mañana: será mi tutor durante el próximo año, hasta que llegue a la mayoría de edad. Se me hace raro porque apenas tiene diez años más que yo. No me molestará si yo no le molesto a él. Por el bien de los dos, presiento que tendremos el trato mínimo imprescindible.

Una mujer me empuja levemente al pasar por mi lado, como si quisiera decirme de manera poco sutil que estoy en el mismísimo medio.

Suspiro, guardo la tarjeta de nuevo y entro.

Paseo con calma por las distintas secciones. Hace meses que no vengo por aquí. Cuando era pequeña me gustaba pasar las tardes con las bibliotecarias, ahora prefiero leer en mi casa. Mi librería está bien surtida.

Pero hoy es mi cumpleaños y no podía faltar a esa cita tácita entre Moira y yo

No pregunto por ella ni intento buscarla, no funciona así.

Acabo en la sección de física, como siempre. Cojo un manual de cuántica y me siento junto a la ventana. Reviso el índice y hojeo un par de capítulos aunque pronto mi atención se desvía del libro hacia el exterior y me quedo ensimismada observando el vuelo de un petirrojo a través del cristal.

—Felicidades, cumpleañera.

Oigo la sonrisa en su voz antes de girarme y verla en su rostro.

—Gracias, Moira. Me alegra verte.

—No podía faltar a nuestra cita —dice rebuscando en el carro lleno de libros que ha estado empujando—. Toma, espero que te guste.

Ha sacado un volumen envuelto en hojas de roble secas, su peculiar papel de regalo, y me lo está ofreciendo. Mira hacia atrás y detecto una cierta urgencia en ella.

Cojo el libro y las hojas crujen bajo mis dedos. Comienzo a desatar las cuerdas que mantienen las hojas en su sitio y se desparraman sobre la mesa, como si un árbol se hubiera visto sorprendido por el viento de otoño allí mismo.

—Esta vez no puedo quedarme, espero que me disculpes. Pasa buen día, Keera. Nos vemos el año que viene.

Moira mantiene una mano sobre mi hombro izquierdo unos segundos, a modo de despedida y se marcha, dejando el carrito abandonado junto a mi mesa.

Me quedo mirándola alejarse sin saber qué pensar. Normalmente la espero hasta que acaba su turno y vamos juntas a mi cafetería favorita para charlar y comer tarta. Y hoy necesitaba hablar con ella más que nunca.

Regreso mi atención al libro. En la portada se puede leer «Linajes de las hadas», y debajo, un montón de figuras con orejas puntiagudas.

Entre todos, un rostro me llama poderosamente la atención. Es un chico de mi edad. Está al fondo y el resto de personajes tapan su cuerpo, impidiéndome ver nada más que su cabeza y sus hombros.

Acerco el libro para poder observarlo mejor. Tiene el pelo negro, largo y muy liso. Su piel es pálida. No acierto a ver de qué color son sus ojos. Hay algo en esos ojos...

El chirrido de arrastre de una silla me saca del trance en el que estaba inmersa. Empujo las hojas sobre la mesa hasta el carro, meto el libro en mi mochila y salgo de allí.

Decido mantener la tradición de café y tarta aunque sea yo sola. Entro en la cafetería y me siento en mi mesa favorita al lado del ventanal. Hay una pareja joven con un niño al otro lado del cristal, en la terraza. Los adultos no se hablan, no se miran, sus móviles captan todo su interés. El niño juega a hacer burbujas con la pajita en el refresco. Intenta llamar la atención de sus padres, pero solo recibe una orden de que se esté quieto.

Me rasco la marca de mi muñeca izquierda mientras pienso si eso es lo que me espera en la vida. Hasta ahora mi abuelo se ha encargado de que me mantuviese en el carril que la sociedad marca para alguien de mi posición, pero tiene que haber algo más.

Quizá la parte interesante de la vida está fuera del camino.

El camarero interrumpe mis pensamientos preguntándome qué deseo tomar.

—Café con leche y un pedazo de *cheesecake*, por favor.

Una vez en casa, lo primero que hago es colocar el libro de Moira junto al resto de ejemplares que me ha regalado durante los últimos diez años.

Doy unos pasos hacia atrás y observo mi biblioteca privada. Las estanterías ocupan una pared entera. Todos mis libros son manuales de ciencias. Están encuadernados de manera sobria y bastante sobados.

Los libros de la bibliotecaria están llenos de color y se conservan tal y como me fueron entregados ya que la mayoría apenas los he hojeado.

Aun así me gusta tenerlos ahí, desafinando hermosamente.

Siento la tentación de volver a observar esos ojos, pero Syra me está llamando.

Salgo de la estancia y me asomo a las escaleras que bajan a la planta que era del abuelo.

—¿Qué pasa, Syra?

—El señor Alexander ha venido a verla. Lo acompaña una mujer.

Bajo las escaleras trotando. Ella mira mis *All Stars* moradas y hace un gesto de disgusto. No le agrada que esté en casa con el calzado de la calle pero estas son mis zapatillas favoritas y hoy es mi cumpleaños, no me las pienso quitar ni para dormir.

Entro en el salón azul. Hay una mujer de espaldas, mirando por la ventana.

—¡Keera! Tengo una buena noticia para ti. —El socio de mi abuelo luce su mejor sonrisa falsa—. Feliz cumpleaños, por cierto.

—Gracias.

Tengo dudas respecto a si Alexander y yo tenemos el mismo concepto de lo que es una buena noticia.

—Ha aparecido tu madre. Resulta que no estaba muerta.

La mujer se gira y veo que es Moira.

—¡Moira!

—Hija mía, me alegra que al fin puedas saber la verdad.

—Tu madre ha solicitado la tutela, pero Joseph me dejó a mí al cargo y no tengo intención de contravenir sus deseos. Ten, es una copia del testamento. —Me tiende una abultada carpeta—. Señora —añade dirigiéndose a Moira—, nos vemos en el juzgado.

Me he quedado congelada sosteniendo la carpeta, como si alguien le hubiera dado a la pausa en la película de mi vida. Oigo la puerta de casa cerrarse.

—En Lívera no hay juzgados —masculla Moira. Me empuja con suavidad hacia los sofás y nos sentamos una frente a la otra—. Sé que es difícil de asimilar. Siento no haberte dicho la verdad durante estos años pero formaba parte del acuerdo al que llegamos tu abuelo y yo. La verdad es que ni siquiera tenía permiso para verte —añade con gesto culpable—, pero no podía vivir sin saber cómo te iba.

Me doy cuenta de que todavía estoy sosteniendo la carpeta como una idiota. La dejo a un lado.

—¿De qué acuerdo hablas?

Moira suspira hondamente, baja la mirada a la alianza que lleva en su mano izquierda y se toma unos segundos antes de hablar.

—Hace casi veinte años conocí a tu padre y nos enamoramos. Él rechazó la herencia familiar para irse conmigo muy lejos. Tu abuelo nunca me lo perdonó. Un tiempo después, regresamos porque tu padre había enfermado gravemente. Tú tenías poco más de un año. Por desgracia no pudieron hacer nada por él, pero Joseph no me permitió volver a irme, al menos no contigo. Tuve que dejarte aquí.

Moira levanta la vista y me mira a los ojos.

—Tu abuelo me obligó a abandonarte.

—¿Te obligó? Creo que no sabes cómo era de verdad.

—Me culpó de lo sucedido. Me acusó de ser una mala madre y me quitó tu custodia. En aquella época no era tan famoso como ahora pero ya era igual de cabronazo.

Me envaró de manera inconsciente.

—Estoy segura de que solo hizo lo que era mejor para mí —espeto—. Quizá me estaba apartando del peligro.

—Tu abuelo te alejó de tu hogar solo porque no lo entendía.

—Mi hogar es este.

—¿Estás segura? No es lo que me has dado a entender durante nuestras conversaciones.

Me levanto con brusquedad y empiezo a dar vueltas por el salón. La marca me pica muchísimo,

me rasco hasta hacerme daño.

—Keera, soy yo —continúa Moira—. Entiendo que necesites tiempo pero...

—No vuelvas a hablar mal de mi abuelo —le digo señalándola.

La manga de la sudadera baja un poco más y veo que Moira se queda observando fijamente la marca.

—¿Qué tienes ahí?

Casi se lanza sobre mí. Tira de mi brazo y pasa su mano sobre la cara interna de mi muñeca.

Me quedo observando ese dibujo en mi piel como si nunca lo hubiese visto. Lo que siempre ha sido un parche informe de piel oscura se ha convertido en una silueta bien definida. Tiene forma de hoja de roble.

—Eres la guardiana —susurra Moira—. ¡Eres la guardiana! —repite mirándome.

Los ojos le brillan.

—Tienes que venir conmigo ahora mismo —dice, su voz desprende una intensa emoción.

—¿Por qué? ¿A dónde?

—Es hora de que abras tu herencia, de que reclames tu puesto de guardiana.

Tiro de mi brazo liberándolo de su agarre.

—Estás delirando.

—Keera, somos las últimas descendientes de los druidas. Eres la futura guardiana de la frontera entre nuestro mundo y el reino de Lívera. Mira. —Se levanta la manga derecha y me muestra su brazo. Tiene un dibujo de hoja de roble como el mío, aunque en su caso el borde es de un rojo intenso—. Todo lo que cuentan los libros es real. La magia existe.

—¿Qué libros? —Sigo mirando el tatuaje en su piel.

—Los libros que te he regalado a lo largo de esos años.

—No los he leído.

Subo de nuevo la vista hacia su rostro y puedo leer en él la incredulidad dando paso a la decepción.

—¿No los has leído? ¿Por qué?

—No leo ficción.

—Bueno, ahora ya da igual. Aprenderás sobre la marcha, no tenemos tiempo que perder. Mi poder se ha debilitado mucho en los últimos días, ahora entiendo el motivo. Debes venir conmigo. —Hay súplica en su voz. No puedo evitar que me conmueva—. Déjame llevarte a casa.

Estoy a punto de volver a repetir que ya estoy en casa, pero hay una parte de mi corazón que sabe que no es del todo cierto. Que de algún modo siempre lo ha sabido. Siento un deseo irracional de irme con ella, algo en mi interior que presiona para que diga que sí, pero la lógica trata de imponerse con fuerza.

Moira parece percibir la duda en mi mirada.

—Dame un día. Tengo algo importante que enseñarte. Si la vida que tengo para mostrarte no te parece mejor que esta, podrás regresar libremente y nunca volveré a molestarte.

—Pero has dicho que tu poder se está debilitando y que debo abrazar mi herencia. ¿Qué pasará si decido que no me gusta tu mundo y quiero volver?

—Te gustará. No tengo la menor duda.

Tengo que reconocer que su fe resulta contagiosa. Mañana es domingo y el lunes comienzan las vacaciones del trimestre de invierno, la previsión meteorológica es buena. Puedo darle un día. Será como ir de excursión.

Hablo con Syra y recojo lo básico para pasar la noche fuera de casa. Moira ha insistido en partir ahora mismo, quiere aprovechar cada minuto de estas veinticuatro horas que le he otorgado.

Cuando salimos a la calle el chófer de mi abuelo nos está esperando. En el asiento del copiloto veo al último guardaespaldas que contrató y que supongo que yo he heredado. No recuerdo su nombre.

Durante el trayecto en coche Moira se limita a dar indicaciones al conductor. Me llama la atención verla tan callada, supongo que no quiere hablar delante de ellos.

Hace más de media hora que hemos dejado atrás la ciudad. Serpenteamos por carreteras secundarias y acabamos enfilando un sendero que discurre entre árboles. Robles, ¡cómo no!

El coche se detiene frente a una casa. Moira sale y hace un ademán hacia mí, pero el guardaespaldas me indica que debo esperar mientras asegura la zona.

Veo como él rodea la casa mientras ella espera frente a la puerta. De nuevo se reúnen y entran juntos.

Observo la vivienda. Es una casa de dos plantas, pintada de granate y con ladrillos decorativos de color amarillo oscuro alrededor de las ventanas y en las esquinas.

El tejado se eleva formando un ángulo cerrado. Veo un par de ventanas incrustadas sobre las losas de pizarra, parece haber un altillo ahí. De haberlo, imagino que el espacio será angosto.

Si estuviera en una película, esta sería la típica casa que oculta una gran aventura. Por un momento deseo que así sea.

Veo regresar al guardaespaldas, sigo sin recordar su nombre. Me abre la puerta del coche.

—Puede salir, no hay peligro. La mujer la espera en la casa.

Salgo despacio. El suelo es de gravilla. Las piernas me tiemblan un poco. Camino afianzando cada paso.

La puerta de la entrada está abierta. Me siento ingrávida por un momento y me apoyo en el marco unos segundos.

Ya recuperada del mareo, traspaso el umbral.

—¿Hola? —digo.

—Aquí —responde Moira.

Me dirijo hacia su voz.

Entro en un salón y me encuentro frente a frente conmigo misma. Es como mirarse en un espejo, la muchacha que se halla ante mí tiene los mismos ojos que yo, el mismo pelo, el mismo rostro.

—Keera, te presento a tu hermana Alana.

Alana

«Mi hermana, mi hermana, mi hermana». Llevo toda la tarde repitiéndolo para ver si de pronto se rompe algo y los términos cobran sentido. Es como si las palabras estuvieran en el interior de una nuez y necesitase acceder al fruto para entender qué significa, para visualizarlo. ¿Cómo voy a tener una hermana a los diecisiete años? Digo más, una hermana gemela.

Me aparto el pelo mojado de la cara mientras sigo mirándome en el espejo del baño. Es idéntica a mí: el mismo cabello de un rubio rojizo, las mismas ondas, el mismo azul de ojos, la misma piel pálida... Y sin embargo siento que no tengo nada que ver con ella.

Cuando salgo del baño, mi madre aguarda de brazos cruzados, apoyada en la pared del pasillo. La rebaso y camino hasta mi cuarto.

—Sé que debí habértelo dicho antes. —Me sigue, dando forma al sermón de arrepentimiento y comprensión.

—Bueno, admito que te ha quedado un regalo de cumpleaños inigualable —respondo con una enorme carga de ironía—. Una hermana. Cada año te superas, mamá.

—Cuando vuestro padre murió, vuestro abuelo tenía la sartén por el mango. No me permitió llevaros conmigo y me puso en la tesitura de elegir. Ni siquiera...

—Y te quedaste conmigo —la interrumpo con una mueca burlona—. Gracias, mamá. Yo también te quiero.

Ella suspira. Cada vez que lo hace tengo la sensación de que trata de mostrarme cómo la obligo, una y otra vez, a recargar en su particular pozo de paciencia, una reserva que agoto con suma facilidad. Si alguna vez se hubiera molestado en conocer la mía, en saber lo vacía que está...

—Ella no tiene la culpa de nada, igual que tú —sigue diciendo—. Solo te pido que hagas un esfuerzo por ser amable. Keera está sola en este mundo; no tiene a nadie más y si no accede a quedarse con nosotras, seguirá siendo así. Es tu hermana.

—Mamá, haz lo que te dé la gana. No necesito que trates de conmovirme. Esa chica es una completa desconocida para mí. No saldré corriendo a abrazarla, si es lo que esperas y tampoco voy a estrangularla. No tengo ningún problema con ella; tengo claro que lo pésimamente que hayas gestionado tu vida solo es cosa tuya.

Mi madre suspira de nuevo. Soy consciente de lo hiriente que puedo resultar en ocasiones, pero ¿qué espera de mí? Me planta delante a una total desconocida con mi misma cara... ¿y pretende que me la coma a besos? ¿Que me siente junto a ella y nos intercambiamos ropa?

Cuando me doy cuenta, mi madre ha salido del cuarto y el frío me abraza, así que me visto.

Son poco más de las ocho cuando me decido a bajar la escalera y poner rumbo a la cocina. Dios, esta casa es enorme, al menos en comparación con la que teníamos en... Bueno, es mejor que empiece a olvidarme de todo cuanto dejo atrás. Cuando me dispongo a entrar, escucho la risa de mi madre y me detengo, con el hombro apoyado en la pared.

—Cuando lo conocí tenía el pelo más corto —empieza a explicar—, pero los mismos ojos azules que Alana y tú, y una sonrisa de ensueño.

—Ya veo... —murmura la tal Keera o como demonios se llame—. ¿Qué le pasó exactamente?

—Enfermó, como te expliqué. Lívera es un mundo maravilloso, pero por desgracia no está exento de peligros. La picadura de un *yarkas* es algo extremadamente grave. Allí no pudieron hacer nada por él y aquí tampoco.

Me asomo y compruebo que está mostrándole el álbum de fotos en el que aparece mi padre. La imagen se me hace tan extraña... Mi madre sentada «conmigo» en la cocina, sonriendo ambas y charlando tranquilamente, sin exigencias por su parte, sin recriminaciones; sin contestaciones por la mía, sin esos silencios que a veces se trenzan con sus discursos. Todo discurre en un tono de voz sorprendentemente normal.

Me doy cuenta de que he dado un paso más, de manera involuntaria, cuando la mirada de ambas se fija en mí. Tomo aire y entro sin decir nada, caminando hasta el frigorífico del que extraigo una botella de leche.

—Lana, cariño. Estaba enseñándole a Keera el álbum con las fotos de... vuestro padre.

No presto atención a lo que dice. Sé perfectamente lo que estaba mostrándole. Mi interés está en las dos tortitas que hay calentándose en la sartén. Como si fuera consciente de ello o tal vez siéndolo realmente, mi madre arrastra la silla en la que estaba sentada y se pone de pie.

—¿Te apetece una a ti también? Pensé que no bajarías a cenar y...

—Déjalo. No tengo hambre.

Saco la botella de leche y me sirvo un vaso. Doy media vuelta y me apoyo en el mueble de la cocina mientras miro a Keera. Diría que se siente intimidada por mi mirada directa. Aparta sus ojos de mí y los pasea sobre su regazo.

—¿Quieres ver las fotos con nosotras? —pregunta mi madre, tratando de salvar la situación. Es tensa, no puede negarse ni tampoco pretenderse otra cosa, pero como siempre, ella busca el milagro.

—He visto esas fotos mil veces —respondo con sequedad.

—Tú sí, pero ella, no.

—Que las vea, entonces.

—Lana...

Vuelve a tomar asiento al lado de Keera, sirviendo las tortitas que ha hecho para las dos, y me dedica una mueca suplicante. Como siempre, hay que acceder a lo que ella desea. Doy dos pasos y me siento al otro lado de la chica.

—El castillo de Inverness —murmura ella.

—¿Has estado en Escocia? —le pregunta mi madre.

Ella asiente.

—A mi abuelo le gustaba viajar. Solía hacerlo por negocios habitualmente y casi nunca podía acompañarle, pero todos los veranos reservaba diez días para nosotros. Odiaba el calor, de modo que viajábamos a sitios donde no apretase. Estuvimos en Inverness hace dos años.

—Lana también estuvo allí. Su... —Guarda silencio de forma repentina, como si de pronto hubiera reparado en lo poco conveniente de desviar su particular nostalgia hacia ese tema. Pero soy yo quien lo aborda.

—Mi exnovio nació y vivió allí hasta los cinco años. Mi madre me obligó a dejarlo hace dos días para venirnos aquí. —Keera me mira—. Siempre nos quedará el castillo de Inverness.

Alzo el vaso de leche como si brindase con él y sonrío con sarcasmo antes de darle un trago.

La mirada de Keera regresa a mi madre y ella ve de nuevo vacía su particular reserva de paciencia, así que se pone en pie y sale de la cocina, dejándonos solas a mi hermanita y a mí. La tal Keera baja la mirada de nuevo, como si tomase aire y vuelve a alzarla.

—Esto tampoco es fácil para mí.

—No he dicho lo contrario.

—No, pero actúas como si lo fuera.

Me cruzo de brazos sin dejar de mirarla.

—Y supongo que... tampoco lo ha sido para ella —añade con cautela.

—Os conocíais, ¿no?

—La conocí en la biblioteca. Siempre la veía el día de mi cumpleaños y me regalaba un libro. Cada año. Desde que tengo memoria. —Sonríe, como si evocase esos momentos de los que habla—. Pero nunca supe... Nunca habría podido sospechar que ella era mi madre.

Me pongo en pie, dejo el vaso en el fregadero y coloco la cafetera en el fuego.

—Mi madre se escaqueaba de mí para ir a verte. —Sonrío mientras niego con la cabeza—. Supongo que debió pensar que se había equivocado al elegir.

—¿Por qué dices eso? —exclama, incorporándose también.

Al menos parece que tiene algo de sangre en las venas.

—Tú has vivido con ella cada día de tu vida —me dice—; a mí me dedicaba uno cada trescientos sesenta y cinco ¿Y te sientes traicionada?

—¡Traicionada, engañada y humillada! —grito, acercándome más a Keera—. ¿Tienes idea, acaso, de lo que ha sido cada día de mi jodida vida a su lado?

—¡Una vida con tu madre!

—¡Una vida con una guardiana buscando la forma de despertar la magia en su hija inútil! —bramo más alto que ella—. Arrastrada un día tras a otro a las situaciones más ridículas del mundo para que fuese capaz de convocar un poder que nunca he tenido. Solo quería que me dejase en paz. Ojalá te hubiera escogido a ti.

—¡Apártate! —vocea, empujándome.

Me he acercado demasiado a ella, tratando de intimidarla, pero, en lo que parece un gesto instintivo, ella me empuja y acabo topando con la cafetera que está en el fuego y quemándome la mano.

—Alana...

Mi madre entra en la cocina y se coloca a su lado. Me mira y tengo claro que lo que pareció una exclamación vertida en preocupación es en realidad un reproche.

Salgo corriendo y me encierro en mi cuarto.

Irónico. Me he pasado la vida deseando que mi madre entendiera que no soy lo que cree, que probablemente haya heredado más de mi padre que de ella misma y que no ostento la capacidad de desarrollar ningún tipo de magia. Ahora que empiezo a entender que Keera es lo que ella quería encontrar en mí, siento un vacío extraño. De pronto, esas imágenes que siempre he detestado de los mil entrenamientos con mi madre acuden a mi mente amenazando con convertirse en nostalgia. Dios, estoy fatal.

Llevo un buen rato tendida en la cama; me incorporo y permanezco sentada mientras miro mi mano. Inicialmente pareció más de lo que es. Mis dedos índice y meñique tienen una pequeña marca rojiza, la de la quemadura. Duele un poco, pero no tiene mayor importancia.

Dos golpecitos en la puerta me alertan de la tardía visita de mi madre. Supongo que se le

acumula el trabajo tratando de contentar a sus dos hijas; una vez lo ha conseguido con Keera, viene a hacerlo conmigo.

Me levanto y abro, pero para mi sorpresa, quien está al otro lado de la puerta, es mi nueva hermana.

—¿Puedo pasar? —me pregunta con su habitual timidez.

Cada vez que habla parece que pida permiso, incluso para respirar.

Me aparto y me dejo caer en la cama de nuevo. Cojo un libro y lo abro. Lo cierto es que no me apetece lo más mínimo volver a hablar con ella, aunque tampoco quiero volcar toda mi frustración sobre la chica. Sé que no tiene la culpa.

—Solo quería darte esto —me dice.

Extiende la mano y me ofrece una cajita de cartón amarilla y blanca. Aparto la mirada de las letras y observo que es una pomada.

—Mi abuelo solía comprarme esto para las quemaduras. Algunos componentes con los que trabajaba en el instituto durante las clases de ciencias eran muy corrosivos y, bueno, te aliviará.

Ignoro su ofrecimiento, así que lo coloca sobre la cama.

—Lamento lo que pasó antes —sigue diciendo—. No sé cómo...

Yo sigo enfrascada en la lectura. O eso finjo.

Oigo a Keera suspirar profundamente y la veo caminar hacia la puerta, cerrando tras de sí.

Cierro el libro y reprimo las ganas de estamparlo contra la pared. Me hago un ovillo en la cama y empiezo a llorar. Echo de menos a Ian. Si estuviera aquí me abrazaría, me besaría en la frente y me diría que tener una hermana no es tan grave. Me apremiaría a llorar todo lo que necesitase y me aseguraría que se quedaría conmigo todo el tiempo que yo quisiera. Pero no está aquí y lo único que me abraza es una angustiada sensación de soledad.

Keera

Me despierto temprano. Me levanto con la idea de acortar las veinticuatro horas que inicialmente le había prometido a Moira. Por mi bien, debería alejarme.

Está claro que Alana no me quiere aquí. Alexander no cederá la custodia y si Moira insiste, la situación puede ponerse demasiado incómoda. Y a pesar de todo, creo que si me retiro ahora me perderé algo muy importante.

Dejo la mochila preparada para regresar a casa, aunque no tengo muy claro qué es lo que quiero en realidad.

Bajo las escaleras con intención de dirigirme a la cocina pero oigo ruido de lucha en el jardín de atrás. Por una de las ventanas veo a Moira y Alana practicando algo parecido a un arte marcial. Cada una lleva una vara de madera.

Salgo y me dirijo hacia allí.

Noto la humedad del rocío en la hierba a través de la tela de mis zapatillas. Me quedo a una distancia prudencial de Moira y Alana, observando sus hipnóticos movimientos.

La marca de la muñeca me pica. Llevo la mano izquierda sobre ella para rascarme, pero me quedo a medio camino. Los gestos de las combatientes se han ralentizado, como si estuvieran dentro de una burbuja de melaza. Puedo ver la estrategia en cada una y anticipar su desplazamiento.

Avanzo hacia ellas y el combate se interrumpe.

—Quiero probar —digo.

Alana sonríe torciendo el gesto, con intención de lanzarse hacia mí, pero Moira la para apoyando el bastón sobre su abdomen.

—Luchará conmigo. Dale tu arma.

La cede de mala gana y me sitúo frente a Moira.

Veo que se pone en posición y de nuevo la marca me pica. Mi cuerpo reacciona por sí mismo, detiene cada golpe y contraataca con eficiencia. Siento que si me paro a pensar todo se desmoronará como un castillo de naipes, así que me dejo llevar sin más.

El ejercicio apenas ha durado unos minutos pero estoy agotada.

—¿Habías luchado alguna vez? —me pregunta Moira.

—No —reconozco—. Pero de alguna manera mi cuerpo sabía lo que tenía que hacer.

—Es porque eres la guardiana —asegura con orgullo—. Presiento que tu poder va a ser grandioso. Superior al mío.

Mi mente racional trata de rebelarse contra lo que mi corazón ya ha asumido. Formo parte de esto, sea lo que sea.

—Nunca has estado enferma, ¿verdad?

Repaso mi infancia; recuerdo a Syra con sarampión, a mi abuelo con neumonía, pero no recuerdo haberme sentido enferma nunca.

Moira lee la respuesta en mi rostro.

—Es por tu herencia druida —asegura—. Nuestro sistema inmunológico es diferente al del resto. Más resistente.

Moira me echa un brazo sobre los hombros y caminamos de vuelta a la casa.

—Pero necesitamos comer, así que vamos a desayunar.

Cuando entramos en la cocina me doy cuenta de que Alana no nos ha seguido. Me acerco a la ventana y la busco, pero ya no está ahí. El aroma a café me llama, hay dos tazas humeantes sobre la mesa. La aparto de mi mente y me siento junto a Moira.

Después de dos tazas de café y un buen plato de galletas con pepitas de chocolate, Moira se ofrece a enseñarme uno de sus lugares de entrenamiento. Es un sitio especial, un lugar llamado Rale en el que, según ella, la magia fluye de un modo discreto, pero suficiente. Asegura que no queda lejos de aquí y que será un bonito paseo.

Abandonamos la casa a través de la puerta de atrás.

—¿Por dónde se va a Rale? —pregunto.

—Hemos estado aquí todo el tiempo —responde Moira—. Hay un portal temporal en la entrada de la casa.

Miro a mi alrededor, no parece diferente del mundo real.

—Vamos, quiero enseñarte el algo.

Atravesamos el bosque de robles que linda con la propiedad. Me resulta reconfortante caminar por este sendero, sin ruido de tráfico de fondo ni gente gritando. Moira se mantiene en silencio y yo disfruto del sonido de la naturaleza. Acabamos de salir del robledal y ya veo el lago cuando decido retomar la conversación.

—¿A ti también te pica la marca? —le pregunto.

—Ya no. A veces la siento hormigear cuando se está liberando magia muy poderosa cerca, pero no es una sensación desagradable, al contrario.

Me llevo inconscientemente la mano a la muñeca.

—Cuando se lleve a cabo la ceremonia de purificación y heredes la llave de Lívera dejará de molestarte.

—¿Qué ceremonia de purificación? ¿Qué llave?

—Vamos paso a paso. Como guardianas, somos custodias de la llave que abre el portal hacia el mundo de Lívera. La llave está atada a cada guardiana, por eso antes de pasar de madre a hija necesita ser purificada.

Debo de estar poniendo un gesto raro porque Moira se apresura a aclararlo.

—En la ceremonia de purificación solo intervienen las guardianas actuales, tú no tienes que hacer nada. Simplemente estar preparada para recibir la llave.

—Vale, solo tengo que guardar una llave. —Suspiro. Las manos me tiemblan y no puedo negar que estoy asustada—. Puedo hacerlo —trato de convencerme.

Hemos llegado al borde del agua. Me agacho para recoger una pequeña piedra plana y la lanzo hacia el lago haciéndola rebotar sobre la superficie.

—Bueno, no es exactamente una llave —dice Moira.

—Estoy confusa.

—Sí, creo que ya es hora de que te lo enseñe.

Moira mete la mano en uno de sus bolsillos, saca una pluma estilográfica de color rojo y la tiende hacia mí.

Me acerco para cogerla y se retira un paso.

—No la toques todavía, podría ser peligroso.

Asiento en silencio y me la vuelve a acercar.

Parece una pluma corriente. Pero algo me dice que de nuevo las cosas no son lo que parecen. Ahora que me fijo mejor, veo que en realidad es transparente, parece roja por la sustancia densa que lleva dentro. Fluctúa como si estuviera viva.

—¿Eso es sangre? Creo que necesito sentarme.

Me dejo caer sobre una roca húmeda.

Oigo pasos que se acercan.

—Menuda floja estás hecha —dice Alana a modo de saludo.

Miro hacia atrás. Se ha quedado a unos pasos de nosotras y observa el lago como si en cualquier momento fuese a salir un monstruo de su interior.

—Poco a poco —dice Moira y se guarda la pluma en un bolsillo—. ¿Quieres ver una zona de entrenamiento?

—Una de ellas —apunta Alana.

—Sí, por supuesto. —Me levanto tanteando mi equilibrio—. Estoy aquí para que me enseñéis vuestro mundo.

Moira me dirige hacia una zona donde el agua parece más profunda. Veo unas piedras amontonadas formando una línea que se adentra en el lago. No me parece casual. La marca me pica al atravesar la línea. Me rasco casi sin darme cuenta y Moira sonrío.

—Es una zona protegida con magia. Eso es lo que estás notando —aclara—. Espera aquí.

Veo como se aleja siguiendo la línea de piedras hasta los árboles. Me pregunto cuánto se interna en el bosque la zona de entrenamiento.

Oigo un ruido a mi espalda y me giro.

El agua del lago está burbujeando. Como si fuera una gran olla puesta al fuego. Lo más curioso es que el resto de la superficie, la parte que supongo que queda fuera de la línea de magia, está calmada y se ve de lo más normal.

Doy un paso hacia el agua y noto que Alana da un paso hacia atrás.

Una masa líquida con forma de mano se levanta de repente desde el fondo del lago y nos arrastra a ambas hacia dentro.

Un tirón rápido hacia abajo y todo es oscuridad. Intento sacar la cabeza. El agua sobre mí se agita. Me impide avanzar hacia la superficie. Dejo de luchar contra la corriente y buceo todo lo lejos que puedo. Estoy fuera de la línea de piedras cuando saco la cabeza al fin. Lleno tanto los pulmones de aire que tengo que toser.

Veo a Alana luchando por salir del extraño torbellino en que se ha convertido aquella parte del lago. Oigo a Moira gritar mi nombre y la veo corriendo hacia mí.

—¡Ayuda a Alana! —le digo, pero ella sigue viniendo hacia mí.

La mano de agua se alza de nuevo, sosteniendo a Alana entre sus dedos líquidos. Veo a un hombre sobre lo que sería el nacimiento del pulgar. Se mantiene erguido y estable, como si se hallara sobre una plataforma sólida. Parece estar dirigiendo el agua hacia la orilla. Hay una forma humana debatiéndose dentro de la masa de agua. Sin duda, es la imagen más extraña que he visto en mi vida.

Nado con velocidad hacia allí. Las horas pasadas en la piscina han resultado ser útiles al final.

Salgo a la orilla muy cerca de ellos, Moira ha corregido la trayectoria y ya está aquí.

—Keera, ¿estás bien?

—Sí, sí, gracias.

Ahora mismo me interesa más la maniobra de la mano de agua. Veo que deja a Alana suavemente en el suelo y se estira alineando los dedos para que el hombre pueda descender con elegancia. Después se deshace en un charco dejando caer con violencia a la figura que llevaba en su interior.

—Mis disculpas, guardiana, estábamos entrenando y Sorentre perdió el control —dice el hombre.

Veo que la figura alza una mano a modo de saludo. Parece un chico de mi edad. Pero va vestido

con una ropa muy extraña. Como si estuviera hecha de fragmentos de corteza.

Me acerco a Alana. Está encorvada, con las manos apoyadas en las rodillas.

—Pensaba que ya lo habías superado —oigo que le dice Moira y automáticamente se gira para hablar con el hombre.

Le está dando la espalda a su hija, con lo que no puede ver la mirada que esta le lanza.

Noto movimiento a mi derecha y me doy cuenta de que estoy más cerca del muchacho de lo que creía.

Veo cómo se incorpora con dificultad, como si estuviese agotado. Cuando repara en mi presencia su energía y su postura cambian totalmente.

—¡Hola, preciosa! —me dice, y hace una reverencia—. Mira —añade dirigiéndose a Alana—, es como tú pero sin ese gesto tan feo de enfado permanente.

Ella responde con una mueca despectiva

—Sí, justo ese —continúa, y entonces regresa su atención a mí y me recorre todo el cuerpo con una mirada que no resulta nada cortés.

Rompo el contacto visual, cruzo los brazos sobre el pecho y carraspeo.

Cuando vuelvo a mirarlo él me está observando con una sonrisa torcida. Esos ojos... Siento como si ya los hubiera visto, pero no puede ser, me acordaría de semejante personaje.

El hombre lo llama y sin esperarlo, desaparece dentro del agua como si estuviera bajando unas escaleras.

—Hasta la próxima —me dice el chico, y se va corriendo tras él.

Me acerco a Moira.

—¿Quiénes eran esos?

—Los embajadores del reino de Somnia.

—¡Como si eso significara algo para mí! —protesto.

—Te lo explicaré más tarde, lo primero es que te cambies de ropa. Que os cambiéis de ropa —corrige—. No quiero que cojáis un resfriado.

Regresamos hacia la casa a paso ágil. La imagen de esos ojos da vueltas por mi mente durante todo el trayecto. En las escaleras de acceso dejo que Moira se adelante y paro a Alana agarrándola por el brazo.

—¿Tú conoces a ese muchacho? ¿A ese tal embajador?

—Sorentre de Keigaard —escupe—. Por tu bien, mantente alejada de él.



Capítulo 5

Alana

Todavía estoy temblando. La imagen de lo sucedido en el lago se me repite en la mente como una película atascada en un punto macabro. Y lo más increíble de todo es que mi madre apenas le haya dado importancia porque lo cierto es que, más aterrador que esa mano de agua arrastrándome hacia el fondo e impidiéndome respirar, se me hace la nula atención de mi progenitora tras lo ocurrido y su total preocupación por Keera. Sabe lo mal que lo pasé en aquella ocasión. Sabe que, desde entonces, apenas soy capaz de acercarme al agua. Pero lleva tanto tiempo pendiente de mis inexistentes dones que se ha olvidado de mis existentes fantasmas.

Permanezco sentada en el suelo del jardín. Cada vez que me he visto obligada a entrenar con agua o cerca de ella, luego busco la calidez del sol como un bálsamo salvador. Su calor me arranca el miedo y alivia el temblor.

—Lana, ¿estás bien?

Ni siquiera me giro, pero mi madre se agacha delante de mí y me acaricia la mejilla, apartándome el pelo de la frente.

—Sí.

—Lo siento, hija. Di por sentado que... Sé que el agua no te gusta, pero también sé que eres valiente. Y era necesario. Por Keera.

Sigo mirando al frente y guardo silencio.

—Ha tomado una decisión y me gustaría que estuviéramos juntas cuando nos la comunique, sea cual sea.

Me tiende la mano y yo se la doy porque no tengo fuerzas para una discusión más. Me pongo en pie y caminamos hasta el interior de la casa, donde Keera nos espera. Al igual que yo misma, ella también tiene aún el pelo húmedo y no deja de generarme escalofríos ver cuánto se parece a mí.

Moira me suelta al entrar; cada vez que Keera está cerca tengo la sensación de que mi madre muestra reparos en exhibir cercanía conmigo, como si su amor hacia mí supusiera una confrontación con el que siente por ella. O tal vez sean solo tonterías mías.

Me apoyo sobre el mueble de la cocina con los brazos cruzados y la miro con indolencia. Mi madre toma asiento a la mesa y le sujeta la mano.

—¿Y bien? Estamos las dos aquí. Decidas lo que decidas, lo respetaremos.

Se alza un silencio incómodo y dramático. ¿Por qué no dice lo que sea y acabamos de una vez?

—Quiero irme —suelta Keera al fin—. Lo lamento, pero esto es demasiado para mí, es peligroso y siento que no estoy preparada.

Al instante noto la aflicción en el rostro de mi madre. A mí la decisión de Keera me genera bastante indiferencia; solo espero no volver a convertirme en el conejillo de indias de Moira, la guardiana.

—Lana, ¿podrías acompañarla?

La voz apenas le responde a mi madre, que se levanta de la mesa, le da un sentido beso en la frente a Keera y se va. No intenta convencerla ni hacerla cambiar de opinión. Supongo que si todo lo que sabe y ha visto no ha resultado suficiente, menos lo harán unas cuantas palabras.

Mi hermana se lleva las manos a la cara y suspira. Después, me mira como si esperase algo de mí.

—Es lo mejor para todas.

Está hecha un lío y supongo que no es difícil entenderla. Yo llevo toda mi vida en esta vorágine, pero si hubiera tenido la suerte de encajar en una existencia normal, que alguien pretendiese arrancarme de ella para zambullirme en un mundo de magia, hadas y guardianas, también me volvería loca.

—¿Nos vamos? —le pregunto.

Ella asiente.

Aunque no es la primera vez que conduzco, hacerlo sin mi madre al lado ha acrecentado el nerviosismo que sentía ya con motivo del incidente del lago. Pero todo desasosiego desaparece cuando salgo del vehículo y observo un edificio altísimo que se alza hacia un cielo azul.

—¿Aquí vives? —le pregunto a Keera.

—Esta es la empresa de mi abuelo. En el ático está el apartamento.

—¡Wow! No me extraña que no quieras irte de aquí.

Keera parece incómoda ante mi apreciación.

—¿Quieres subir? —me pregunta.

—Vale.

Lo admito. Me mata la curiosidad. Ahora me doy cuenta de que, no solo no tengo ni la menor idea de cómo o quién es ella, sino que tampoco conozco nada de su vida anterior. Una vocecilla interna me sugiere que me vaya y no hurgue. Lo último que necesitaría sería conocer que, mientras mi madre me arrastraba de un lugar a otro exigiéndome imposibles, mi hermanita vivía a cuerpo de rey en un súper edificio con toda clase de lujos y caprichos. Porque eso es todo cuanto puede deducirse desde aquí. Estamos en la zona más exclusiva de la ciudad y este edificio en concreto es prácticamente visible desde cualquier parte.

Tras una subida inacabable en el ascensor, salimos a un amplio pasillo enmoquetado de elegantes paredes tapizadas y recargadas lámparas de aspecto anticuado.

—¿Qué es esto, un edificio de despachos o el castillo del Conde Drácula? —pregunto, horrorizada.

Keera esboza algo parecido a una sonrisa.

—El abuelo me permitió decorar el ático, pero de los exteriores se encargaron él y su equipo de asesores. Siempre fue alguien muy clásico, aunque estoy segura de que te hubieras llevado bien con él.

¿Me tomo eso como un cumplido o se está metiendo conmigo?

La sigo y llegamos hasta una elegante puerta gris de aspecto mucho más cosmopolita. Entramos y es como si hubiéramos cambiado de mundo. Otra vez. Ciertamente se nota un cambio en la mano del diseñador; aquí todo es más juvenil y actual, más fresco y desenfadado. Avanzo a través de un espacioso pasillo sin pedir permiso y, de forma casual, llego a una biblioteca que podría definirse como el paraíso de las bibliotecas.

Keera se detiene a mi lado.

—¿Te gustan los libros? —me pregunta.

—¿Que si me gustan los libros? Me fascinan los libros. Y si la suerte me acompaña, algún día espero ganarme la vida con ellos.

Me giro y la miro, tal vez esperando a verla burlarse de mí, pero no lo hace. Se limita a asentir, sonriendo y retoma el paso hacia una enorme escalera que queda en lo que ha de ser el salón. Diría que una sola habitación de estas equivale a mi anterior casa por completo. Es alucinante. La sigo hasta una habitación mucho más grande que la que tenemos en la nueva casa de Rale. Aquí también hay un montón de libros.

—Disculpa que no te ofrezca nada —me dice Keera—. Como iba a estar fuera, di permiso al personal de servicio hasta nueva orden.

—Personal de servicio... —murmuro—. ¿No sabes hacer las cosas tú solita?

Keera me mira, sorprendida.

—Bueno, sí pero...

Me dejo caer sobre su cama. Dios, es enorme. ¿En serio necesita una persona tanto espacio para dormir?

Keera me mira mientras coloca su mochila sobre el escritorio. Apenas trajo nada para su estancia en la casa de Rale; imagino que tenía las cosas claras desde el principio. Me levanto de un salto y observo las impresionantes vistas que tiene desde la ventana. Joder, vivir aquí debe de hacerte sentir como un dios, dominando el mundo en el que se desenvuelven los simples mortales ahí abajo. Me giro con la intención de preguntarle algo, pero la veo rascarse la dichosa marca con insistencia.

—¿Tanto te pica? Siempre estás rascándote. Tal vez tengas algún tipo de alergia.

—Moira dijo que es la magia. Ha de canalizarse correctamente o algo así.

Asiento y escruto el resto de la habitación. Si existiera algún premio para el orden, esta chica se lo llevaría sin lugar a dudas. Cada objeto, cada libro, todo minuciosamente colocado en su sitio. Reparo en una fotografía de una niña con un hombre mayor. No puedo evitar la sonrisa porque la cría es igual que era yo a los ocho o nueve años.

Me acerco a la imagen. Keera lleva un vestido que yo no me habría puesto en mi vida y que, probablemente, cueste más que todo mi armario al completo. Sonríe de manera tenue y se sienta junto a un hombre al que no he visto jamás. Su abuelo, deduzco.

—¿Era bueno? —le pregunto.

Volteo la cabeza y por un momento tengo la impresión de que estaría encantada de que me largase y dejara de hurgar entre sus cosas. Y no puedo culparla, si las tornas se cambiaran, la que lo pensaría sería yo.

—Lo siento —me disculpo—. Creo que debería irme.

—No hay problema —me responde ella, de manera educada.

Me pregunto si algo sería capaz de hacerla explotar porque no debe de ser sano contenerse tanto.

Keera abre la puerta y yo recorro el pasillo que antes me condujo hasta su habitación. Solo ahora me pregunto por qué he tenido que entrar. Supongo que necesitaba una constatación de que su vida no ha sido tan horrible como la mía. Aún no doy crédito a lo que mi madre me explicó: tuvo que elegir a una de las dos y se quedó conmigo. Me he sentido como una maldita víctima por haber estado en ese papel, por haber tenido que aguantar todas y cada una de sus exigencias y excentricidades, pero no me había parado a pensar en el otro extremo de la balanza. Keera fue la descartada y por muy loca que esté tu madre, eso ha de doler. Así las cosas, tranquiliza saber que no ha tenido nada que envidiarme y que a cada paso que doy por su fastuosa casa no dudo en que me hubiera cambiado por ella sin pensarlo.

—Por aquí.

Inmersa en mis pensamientos, la voz de Keera me indica que me he perdido.

—Joder, ¿No usas mapa para moverte por la casa?

Keera ríe y creo que es la primera vez que detecto en ella un gesto espontáneo, alejado de la flema estudiada con la que lleva a cabo cada paso en su vida.

—Gracias por acompañarme, Alana.

—De nada. Bueno, que te vaya bien.

No vuelvo a mirarla mientras avanzo hacia el ascensor que me devolverá a las profundidades de la ciudad, junto al resto de mortales. El elevador llega enseguida y me introduzco en él. Me doy la vuelta. Es la última vez que la veo y la sensación más extraña de mi vida me recorre de arriba a abajo. Es mi hermana. Creo que no podría acostumbrarme a tener delante a una persona idéntica a mí; es como tener un espejo, pero opuesto. Mi teoría es que Keera mide cada movimiento, todo en ella es autocontrol, mientras que yo soy impulsividad y una sucesión de actos inapropiados... y catastróficos, generalmente. ¿Por qué no decirlo? En fin, el análisis es una idiotez. La chica ha decidido y creo, sinceramente, que ha tomado la mejor elección posible, así que fin de la aventura.

Me apoyo en la pared del ascensor mientras sigue bajando y observo mi reflejo en los dos espejos que hay: uno me queda delante y el otro, a la derecha

—Es lo mejor —digo, con la vista clavada a ese lado, hablando conmigo misma—. No tenemos nada en común, no nos conocemos. Ni siquiera nos hubiéramos soportado.

Vuelvo la cabeza al frente

—Siempre te quedará esa intriga. Ahora sabes que hay una persona como tú en el mundo y no es igual a ti por casualidad, es tu hermana. Ni siquiera lo has intentado.

Me volteo de nuevo hacia la derecha.

—No hubiera funcionado. Esas cosas solo pasan en las pelis. Hubiéramos vivido unas cuantas situaciones incómodas y la cosa hubiera explotado.

De nuevo miro al frente.

—Nunca lo sabrás, Alana Kendrick. Eres demasiado idiota para dejar que las cosas pasen y lamentarte o no después. Te anticipas a todo y...

El sonido de la campanilla abre la puerta de inmediato y me deja delante de una mujer y su hija que pasan por la calle. La señora azuca a la cría para alejarla de la loca que habla sola en el ascensor. Dirijo la mirada por última vez al espejo del frente.

—Ahora tú vuelves con tu madre. Y ella sigue sola.

Salgo corriendo de allí.

Keera

En cuanto me levanto preparo la mochila para ir a la piscina.

El personal sigue de permiso y la casa está extrañamente silenciosa. Le envió un mensaje a Syra para que regrese. Ayer tuve que pedir *pizza* para cenar y hoy me apetece comer algo sano.

Cojo el ascensor para bajar al garaje. Cuando salgo veo a Connor, el chófer del abuelo, pasando una gamuza al capó del *Maserati* de Alexander. El guardaespaldas está sentado junto a la garita de seguridad, concentrado en su teléfono móvil.

—¡Buenos días, señorita! —saluda Connor. Se fija en mi mochila—. ¿La llevo a la piscina?

—No, gracias. Iré en bici.

El guardaespaldas se levanta y hace ademán de querer acompañarme. Le hago un gesto con la mano para que se detenga.

—No es necesario, está muy cerca.

El hombre duda unos segundos, pero finalmente vuelve a sentarse. Sigo sin recordar su nombre, ¡qué vergüenza!

Connor continúa quitando el polvo inexistente del coche, yo cojo la bici de montaña y salgo de allí antes de que vuelvan a dirigirme la palabra.

Durante el trayecto dejo la mente en blanco. Me concentro en la sensación de la brisa de primavera sobre el rostro y el sonido de las ruedas sobre el pavimento del carril bici.

Menos de veinte minutos después ya estoy sumergida. La piscina está vacía a estas horas, cosa que agradezco. Tomo aire y me hundo hasta el fondo.

Aunque ya he renunciado oficialmente a esa locura de ser guardiana la idea no se me quita de la cabeza. La energía que sentí cuando luchaba fue alucinante. Puedo ser poderosa, eso dijo Moira. Pero poder es sinónimo de peligro.

Las imágenes se suceden una detrás de otra; una pluma con sangre en su interior, un lago entrando en ebullición, una mano gigante hecha de agua... Sorentre de Keigaard, el chico de los ojos color tormenta.

Regreso a la superficie y nado a braza hasta el final de la calle.

Debo mantener mis emociones bajo control, si no corro el riesgo de que desborden y arrasen con mi convicción racional.

No puedo tomar esta decisión con el corazón. Debo reflexionar.

Me mantengo a flote ondeando con suavidad las piernas. Dos niñas entran corriendo y se dirigen hacia la piscina infantil. Una mujer entra detrás.

—Niñas, sin gritar. Nessa, ayuda a tu hermana.

Calculo que tendrán unos seis y cinco años. La pequeña lleva uno de esos bañadores que tienen un volante en la cintura. La tela flota con sus saltitos de anticipación en lo alto de las escaleras. La mayor la agarra de la mano antes de entrar en el agua.

Recuerdo que cuando tenía esa edad miraba con envidia a la gente que tenía hermanas.

Pienso que quizá todavía no sea tarde. Después recuerdo que Alana me odia.

Nado para alejarme de la alegría y el amor mutuo que exhiben de manera inconsciente las dos niñas.

Salgo del agua cuando casi he agotado mis fuerzas sin recordar que tengo que regresar pedaleando.

Me quedo a desayunar en la cafetería del complejo deportivo. Consigo disfrutar del café con la

mente en blanco, pero durante el camino a casa mis pensamientos regresan a la decisión que todavía no he tomado.

La idea de seguir indagando en mis posibilidades como guardiana me seduce, no lo puedo negar.

Pero Alana no me quiere allí. Eso pondría las cosas difíciles. Moira ha sido algo parecido a una amiga durante estos años, pero, ¿mi madre? Nunca necesité una. Me ha ido bien en la vida sin ella.

Me pongo los cascos y me tiro en cama a escuchar música.

He debido de quedarme dormida porque me despierto y es cerca de mediodía.

Oigo a Syra en la cocina, ese sonido tan familiar me hace sonreír.

—Buenos días, Keera.

—¡Hola!

No puedo evitar darle un abrazo. Al principio se sorprende un poco, no es un gesto que tenga por costumbre, pero luego me corresponde con un achuchón afectuoso.

—He preparado calabacines rellenos, ¿te apetecen?

—Muchísimo, gracias.

Decido quedarme a comer en la cocina, no me apetece estar sola.

—Cuéntame, ¿qué tal tus hijos? —pregunto mientras troceo el calabacín.

—Muy bien. El mayor se casa este año. Mis primos de España me han confirmado hoy mismo que vendrán. Será maravilloso ver reunida a toda la familia.

—Claro. Me alegro mucho.

Quizá no haya sido tan buena idea quedarme a comer con Syra.

—La familia es lo más importante —sigue.

Sonrío, tensa. Supongo que lo nota porque cambia rápidamente de tema.

Engullo el resto de plato y pongo como excusa un trabajo escolar para subir a tomarme el café a mi habitación.

Primero las dos hermanas en la piscina y luego Syra sacando el tema de su familia. ¿Acaso el destino me está enviando una señal?

Paso la mano sobre los lomos de los libros que Moira me ha regalado durante estos años.

Necesito hablar con Anna. Ella siempre me ayuda a aclarar mis pensamientos.

Llamo para adelantar la cita mensual que tengo establecida. Por suerte, tiene un hueco libre mañana por la mañana.

Paso el resto de la tarde leyendo el temario del próximo trimestre, adelantando trabajo.

Al día siguiente Syra me sorprende con tortitas de arándanos para desayunar, ¡mis favoritas!

Las saboreo lentamente sentada junto a la ventana. El día ha amanecido bastante nublado, creo que va a llover.

Esta vez sí acepto que Connor me lleve. Mientras el *Mercedes* se desliza entre el tráfico recuerdo la primera vez que el abuelo me habló de por qué es mejor tener un psicoterapeuta que tener amigos. Tampoco es que yo destaque especialmente por mis habilidades sociales. En cualquier caso, prefiero hablar con Anna que con cualquiera de mis estúpidos compañeros.

—Hemos llegado —anuncia el chófer interrumpiendo mis pensamientos—, la recogeré aquí dentro de una hora.

—Gracias, Connor.

En la consulta, Anna me recibe con la misma sonrisa de siempre.

—Pasa, Keera. ¿Qué tal te encuentras?

—Hecha un lío.

—Bueno, cuéntame e intentaremos desenmarañarlo.

—Lo primero que tengo que decirte es que mi madre no está muerta como creía. En realidad, he estado hablando con ella sin saber quién era de verdad desde que era pequeña.

—Vaya. —Anna cruza las piernas y se arrellana en su asiento—. ¿Y cómo te has sentido al saberlo?

—Pues, sorprendida, claro. Pero eso no es lo importante.

—¿No te parece importante?

—La cuestión es que tengo que tomar una decisión que cambiaría mi vida por completo. Moira, o sea, mi madre, me ha pedido que me haga cargo de algo. Siento no poder darte más detalles.

Anna hace un gesto con la mano para restarle importancia.

—La cabeza me pide que rechace la situación —continúo—, pero hay algo en mi interior que me impulsa a aceptar. No es sensato, pero podría ser la gran aventura de mi vida.

—Siempre has dado prioridad a la razón, ¿crees que te estás perdiendo cosas por ignorar a tu corazón?

—Sí, es probable.

Inconscientemente pienso en el abuelo.

—Él me diría que lo rechazase.

—Es tu vida, Keera. Él ya no está para dirigirla.

—Anna, no me estás ayudando.

Pretendo que suene severo, pero se me escapa una sonrisa.

Ella responde a mi sonrisa antes de contestar.

—Ya sabes que no estoy aquí para darte respuestas, solo para hacer las preguntas apropiadas.

¡Y vaya si las hace! Anna se pasa haciéndome preguntas los siguientes cincuenta minutos; sobre cómo estoy afrontando la pérdida del abuelo, sobre mi poca afinidad con Alexander y sobre Moira.

Salgo de la consulta con la cabeza a mil por hora.

Ha empezado a llover con fuerza, pero Connor ha aparcado frente al edificio y está esperándome en la puerta con un paraguas. Le doy las gracias por el gesto.

—No hay de qué —asegura—. ¿Regresamos a casa?

—Sí, por favor.

Me acomodo en el asiento y trato de enfocar mi mente en las gotas de lluvia que se estampan contra el vidrio de la ventanilla. Las observo resbalar hacia el asfalto mientras bajo el volumen de mis pensamientos.

Cuando entro en casa oigo un barullo de voces en el salón. Syra está intentando calmar a alguien que grita.

Corro hasta allí y justo antes de entrar reconozco su voz.

—Alana.

Alana

Llevo un buen rato paseando por Rale. Resulta difícil tener presente que se trata de una ciudad mágica, pues aquí la normalidad le da a todo un toque de lo más anodino. Hoy, además, el cielo está encapotado y aunque no llueve, la masa de nubes negras ha apresado al sol, potenciando aún más la sensación. Si pongo atención sí soy capaz de distinguir toques de color y brillo en los pequeños actos que desprenden magia. Aún recuerdo mi patético incidente con Almohadillas, el simpático felino que escapó de su transportín mientras su propietario, un crío de unos seis o siete años, lloraba a moco tendido. Fue mi último y deprimente intento por ser capaz de despertar una magia que nunca he manejado.

Y como si de una broma del destino se tratase, alzo la mirada y lo veo a lo lejos. No puede ser. El pequeño propietario de la bolita de pelo camina calle abajo con aire taciturno. Debería prolongar mi paseo matutino por las primaverales calles de Rale, tratar de acostumbrarme a la ciudad en la que viviré de ahora en adelante, un mundo totalmente distinto a la ciudad que dejo atrás. Pero como debería limitarme a seguir andando sin meterme en problemas, decido seguir al pequeño. Hoy algo me parece distinto en él y estoy empecinada en saber qué.

En pocos minutos llegamos a una casa grande, ubicada en un barrio que ha de exigir posibilidades económicas. ¿Podrá pagarse con magia? El niño entra en una casa enorme con un jardín sin valla y yo solo puedo deleitarme en su bonita construcción. Tiene un tejado de pizarra negro y una fachada blanca con grabados en la parte frontal, cercando una puerta blanca y enorme. Rodeo la propiedad como si fuera una vulgar ladrona en espera del momento adecuado y pronto veo al chiquillo sentado en un sofá con su pequeño Almohadillas. Bueno, a decir verdad, Almohadillas ya no es tan pequeño. Los gatos crecen muy rápido y cuando el noventa por ciento de tu cuerpo es pelo, lo haces aún más. Se me abre una sonrisa en los labios al ver el cariño y el amor con el que se tratan ambos. En aquel momento un hombre entra en el salón y se agacha delante del sillón que ocupa el niño. A este se le modifica la expresión y sustituye su tierna sonrisa por una nariz arrugada y un morrito enfurruñado.

—Vamos, Joy, tienes que entenderlo —le dice el hombre, mientras le acaricia el pelo.

—Almohadillas es muy bueno —se queja el niño—. Seguro que mamá no estornuda por él.

—Mamá quiere mucho a Almohadillas, pero se pone un poco enferma cuando está él; no es culpa de nadie, cariño. Encontraremos un lugar genial y podremos verlo cada vez que desees. A veces no podemos estar con alguien a quien queremos.

La frase me deja pensando en mi madre y en Keera. Y en esas elecciones que a veces nos exige la vida.

—Joy —insiste el hombre que, imagino, ha de ser su padre.

—¡No! —exclama el chiquillo furioso.

—¿Acaso no confías en mí?

—Sí confío, pero...

El hombre le da un beso en la frente y lo mira con una ternura conmovedora.

—Encontraremos el mejor sitio del mundo para él.

Cuando se pone de pie y se marcha, permanezco un largo rato mirando al niño, Joy, con el gato sobre su regazo, acariciándolo y mirándolo.

Ver a su padre ha despertado en mí un amago de nostalgia. No pienso demasiado en el mío. Ya no. Y es que ¿se puede echar de menos a alguien a quien no has conocido? ¿Puedes anhelar gestos

que nunca han tenido contigo?, ¿miradas que nunca se han dado y que, sin embargo, ves reflejada en todos aquellos que sí tienen la suerte de poder coleccionarlas?

Golpeo el cristal y el niño se voltea, con los ojos como platos. A pesar de todo se acerca y me abre.

—La loca del transportín —observa.

Alzo una ceja, sorprendida. Sin duda dejé en el crío un recuerdo entrañable.

—Oye, he oído la conversación con tu padre.

—¿Has estado espiando?

—No... Solo escuchaba una conversación que no me concernía a través de una ventana.

Es un niño, y yo una imbécil si espero poder justificar esto y que cuele.

—El caso es que—continúo diciendo— ya sé que tu confianza en mí está tocada y hundida, no nos conocemos, pero sé lo que es que te separen de alguien a quien quieres.

—¿En serio?

Asiento. Aún no sé por qué estoy haciendo esto. Pensaba en Ian mientras se lo decía y el rostro de Keera se mezcla con el suyo. No la quiero, pero debería.

—Yo podría llevarme a Almohadillas —sigo diciéndole—. Prometo cuidar bien de él y además podrás verlo siempre que quieras porque yo también vivo aquí, así que...

—Se te escapó y casi se muere.

—Ya, pero no fue a propósito.

El niño parece valorar la situación.

—Aunque luego corríste tras él y lo recuperaste —apunta, pensativo—. Y casi te atropellan a ti.

—Es cierto.

El niño sigue mirándome.

—Lo cuidaría bien, Joy. Me encantan los gatos.

El niño parece dubitativo. Lo cierto es que me enamoran los gatos y Almohadillas y yo ya no somos dos extraños. Él ha trazado mapas en mi cara.

El regreso del padre de Joy nos sobresalta a ambos, aunque él transmite una gran serenidad.

—Debería regañarte por hablar con una extraña asomado a la ventana de casa. Pero algo me dice que la extraña no lo es tanto. ¿Confías en ella para que cuide de Almohadillas?

—¿Ves? —respondo—. Tu papá también espía.

El hombre me reprende con la mirada y Joy sonrío. El niño me mira largamente y asiente.

—¿Qué te parece si hacemos una cosa? —pregunto, mientras me estiro para tomar un lápiz que hay sobre la mesa que queda junto a la ventana—. Yo te dejo mi teléfono anotado y si te decides, no tienes más que llamarme. Piénsalo, ¿de acuerdo?

Asiente mientras sonrío, abrazado a su padre. Me giro y observo un bonito arco iris que se dibuja en el suelo siguiendo el camino por el que he llegado. El sendero se convierte en agua y desde el cielo caen pequeñas estrellas que se zambullen en ella, concediéndole un brillo sobrenatural. La reacción de magia a un buen acto. Supongo que no es tan horrible poder llevarla a cabo.

Cuando regreso a casa, encuentro una fuente volcada en la cocina y todo su contenido desparramado por el suelo.

—¿Mamá?

Apenas he cruzado palabra con mi madre desde lo ocurrido con Keera. Lo cierto es que no es fácil retomar la normalidad después de algo como eso. Si la relación con ella ya era difícil, la aparición de mi hermana secreta solo ha logrado tensar más las cosas. Pero no hay rastro de mi madre y el panorama que me encuentro no me habla de nada halagüeño.

—¡Mamá!

Dejo la cocina atrás y llego hasta el pasillo que da al salón. Aquí todo parece normal, pero tampoco la encuentro ahí. Observo con atención la mesa y los muebles. Mi madre es de esas que deja notitas por todas partes cuando tiene que marcharse a algún sitio sin posibilidad de avisarme antes.

Subo rápidamente hasta las habitaciones y las abro todas con pocas o nulas esperanzas de encontrarla allí. No está. Cuando regreso al salón, no llego a bajar la escalera antes de encontrarme con un rostro familiar: Aisling, guardiana de Somnia, que acaba de llegar. Me mira con el rostro descompuesto y mi expresión no ha de distar mucho de la suya. Bajo despacio y dudando entre atreverme a preguntarle algo o salir corriendo otra vez.

—¿Qué está pasando? —exclamo al fin; no tiene caso ignorar la realidad—. ¿Dónde está...?

—El plazo expira, Alana —me interrumpe ella.

—¿Qué plazo?

—La sucesión. Llega un momento en la vida de una guardiana en la que su magia y su poder solo pueden decrecer. Por eso ha de producirse la sucesión. Moira estaba segura de que, llegado el momento, estarías preparada. Supongo que la magia no ha despertado aún en ti y ya no hay tiempo, Alana. Vendrán a por ella.

—¿Quiénes?

—Las sombras. La búsqueda deberá empezar de nuevo. Podemos tardar años en encontrar a una nueva guardiana para Lívera y hasta entonces, las sombras han de flanquear la entrada al reino de los libros, pero antes se la llevarán. Necesitan alimentarse de su magia, pues por ellas solas, las sombras no tienen ningún poder.

—¿Dónde está mi madre, Aisling? —espeto nerviosa, acercándome más a ella.

Creí que sabía todo cuanto a las guardianas se refería, pero lo que Aisling me está contando es algo de lo que nunca había oído hablar. Me pregunto cuántas cosas más se habrá guardado para ella mi madre.

—¿No estabas aquí? —quiere saber Aisling.

—No, acabo de llegar y no hay rastro de ella por ninguna parte. Solo... en la cocina... —Las palabras se me atropellan y Aisling da un paso adelante para colocar una mano sobre mi hombro y transmitirme apoyo y calidez.

—Entonces probablemente esté buscándote.

Por un momento me quedo bloqueada, reculo un paso y arranco a correr. Esto no puede estar pasando. Es evidente que la magia no despertará en mí y, como dice Aisling, el tiempo se agota, pero hay alguien que puede detener toda esta locura y estoy dispuesta a arrastrarla hasta aquí si hace falta.

Subo al coche de mi madre y arranco, con las manos temblando y las piernas convertidas en dos bloques de mantequilla. Apenas podría hablar del trayecto de ida. Mis manos conducen de manera automática, mientras mi cabeza hilvana mil imágenes a cuál más catastrófica. Mi madre siendo arrastrada por sombras etéreas que la castigan de algún modo por no haber sabido encontrar a su sucesora y yo, sintiéndome una completa basura por no haber sido capaz de convertirme en ella.

Estaciono frente al enorme edificio de oficinas en el que Keera vive y rezo como no lo he hecho nunca para que esté. Llamo al ascensor con insistencia, mientras me muevo de un lado a otro, nerviosa. Unos segundos más tarde, estoy subiendo. Observo mi rostro en los espejos del elevador; un sudor frío perla mi frente mientras la impaciencia me corroe. Cuando al fin llego, corro y llamo a la puerta de su apartamento repetidas veces. Me abre una mujer mayor y entro dando voces, empujándola más fuerte de lo que pretendía.

—¡Keera! Tienes que venir conmigo.

A trancas y barrancas, sujeta del brazo por la mujer que empujé al entrar y que trata, inútilmente, de devolverme a la salida, llego hasta el salón y me zafó de su agarre. La mujer se me queda mirando, completamente pálida, con los ojos desorbitados y los labios entreabiertos. Al cabo de unos segundos, Keera aparece por la puerta y me mira con menos asombro que la mujer.

—Syra —interviene—, te lo explicaré...

—Ahora no hay tiempo —exclamo yo. Me pongo delante de ella, eclipsando a la tal Syra en su campo de visión—, tienes que acompañarme.

—¿Adónde?

—¡A casa!

La agarro del brazo y consigo arrastrarla unos pocos metros antes de que se zafe.

—¡Suéltame! —exclama.

—Keera, por favor.

Me mira largamente con el ceño fruncido y traga saliva. Después se vuelve hacia la mujer, que sigue clavada en su sitio, mirando a la chica a la que conoce y al calco que la ha dejado sin aire.

—Syra, luego te lo explicaré todo. Ahora tengo que salir.

Llegamos hasta el coche que dejé estacionado abajo y arranco en una conducción tan frenética como la que me trajo hasta aquí.

—Oye, ¿no puedes decirme qué pasa?

—Es mi madre, nuestra... —respondo angustiada—. Solo es... No podías haberte quedado, ¿no? Tenías que volver a tu maldito mundo de luz y color.

Keera me mira, mientras yo me desespero con los sempiternos atascos de la ciudad.

—Creí que estarías encantada con que me largase.

Ahora soy yo quien la mira.

—¿Intentas hacerme creer que te fuiste ido por mí? Oh, qué detalle.

—No me fui por ti —responde más alterada—, es decir, no solo por ti. Pero supongo que el odio con el que me miras tampoco ayuda.

Las bocinas llenan el aire con un sonido ensordecedor.

—No te odio. —Respondo con calma y sin mirarla.

Probablemente haya llevado a cabo la conducción más temeraria de mi vida y no me sorprendería la llegada de alguna que otra multa —si es que acaso, pudieran encontrarme aquí—, pero lo importante es que hemos llegado y, tan pronto como el coche se detiene, Keera y yo bajamos y corremos al interior de la casa.

—¡Mamá! —exclamo al entrar.

Ni siquiera sé si pueda encontrarla aquí. Aisling dijo que debía de estar buscándome, pero si aún pudiera hacer uso de su poder sabrá encontrarme; por contra, si ya no puede... No lo sé, si ya

no fuera capaz podría estar en cualquier sitio y yo no sé por qué me he limitado a venir hasta aquí.

—¡Moirá! —grita Keera.

Recorremos cada habitación, cada pasillo, cada sala donde ya estuve antes y de nuevo no está.

Regreso a la cocina y allí la luz emite un tono extraño; más concretamente al otro lado de la cristalera que conduce al jardín. Keera se ha detenido enfrente, con la vista clavada en ese punto. Observo que su muñeca está completamente enrojecida. Me mira y abre la puerta para salir. Yo la sigo a una distancia prudencial. Hace un frío crudo aquí fuera, nada que ver con la temperatura que había hace un momento ni con la que se supone normal a mediados de abril. Tampoco llueve aquí, aunque ambas estamos caladas.

Quisiera preguntarle a Keera adónde va, pero no tengo la impresión de que lo sepa. Camina con paso dubitativo, como si la guiase una intuición.

Y entonces vemos a mi madre flanqueada por dos sombras negras. Tengo diecisiete años y llevo toda mi existencia al tanto de los orígenes mágicos de mi progenitora. Pero nunca había visto nada igual. Las dos figuras se mantienen una a cada lado de ella y sin embargo, es como si pudieran difuminarse y envolverla en un círculo oscuro.

—Mamá... —murmuro con un hilo de voz.

Moirá nos mira y exhibe la sonrisa más triste del mundo.

—¿Qué está pasando? Mamá, no puedes irte —le pido, sorprendida ante el tono de mi voz. Supongo que solo la desesperación es capaz de desenterrar los sentimientos más ocultos y verdaderos aunque estos yacían bajo mil capas de orgullo y de dolor.

—La sucesión se rompe —explica ella, con la voz rota—. Y hay consecuencias. Permaneced juntas —nos pide—. No os perdáis, por favor, daos la oportunidad que yo os arrebaté.

Miro a Keera y reprimo las ganas de darle un empujón para exigirle un paso al frente que acabe con aquello.

—¿Qué consecuencias? —pregunta ella en vez de eso.

Mi hermana y su necesidad de conocerlo todo cada consecuencia, cada porqué. Pero mi madre no se muestra por la labor de responder.

—Os quiero. Siento mucho haber hecho las cosas tan mal.

Las sombras se enredan en sus muñecas y por un momento parecen tirar de ella.

—¡Vamos, haz algo! —le grito a Keera—. Eres la única que puede parar esta locura. Están aquí por ti, para que ocupes tu lugar. ¡Hazlo!

Keera me mira aterrada y con los ojos brillantes. Es evidente que la estoy poniendo entre la espada y la pared y que de lo único que tiene ganas es de salir corriendo de aquí. Por contra y para sorpresa de todos, lo que hace es mirar de nuevo a Moirá y avanzar despacio y dubitativa, temblando casi.

—Acepto la sucesión —murmura con voz vacilante—. Me quedaré, seré la guardiana de ese mundo. Pero no os la llevéis. Por favor.

Moirá abre la boca como si fuese a decir algo, pero guarda silencio mientras las sombras se disuelven lentamente en un remolino de viento que desaparece, devolviéndonos la cálida temperatura que correspondería a este tiempo. Keera y Moirá se reencuentran en un férreo abrazo y ambas lloran, deshechas. Yo me llevo las manos a la boca y reprimo las ganas de explotar y ponerme a llorar como una niña. Moirá me ve por encima del hombro de Keera y se acerca para envolverme en el mismo abrazo.

Keera

—¿Estás segura de esto? —me pregunta mi madre.

—Sí.

Necesito verbalizarlo de nuevo. Reafirmarme en mi propia decisión. Moira me ha explicado que es imperioso que el ritual se realice cuanto antes. Debemos presentarnos ante el rey de Lívera y pedirlo formalmente.

Estamos en el jardín trasero. Moira inspira fuerte y saca la pluma se supone que es en realidad una llave.

Quita el capuchón y escribe unos signos en el aire. Sus trazos luminosos se apagan a los pocos segundos de ser dibujados.

Cierra la pluma y la devuelve a la seguridad de su bolsillo.

La marca me pica un poco cuando unos marcos de madera de una puerta comienzan a aparecer en el aire.

La imagen que se dibuja parece la superficie de un lago reflejando el paisaje, solo que no es el paisaje de este mundo en el que estamos, sino de otro desconocido.

Veó a Alana pasando con naturalidad a través del portal. Moira me mira y sonrío, supongo que intentando infundirme confianza.

—Ve tú delante —me dice.

Me sitúo frente al acceso a Lívera, lo observo unos segundos, inspiro hondo y doy un paso. Me tambaleo un poco. Cuando era pequeña solía girar sobre mí misma como si fuera una peonza. Ahora tengo esa misma sensación.

Alana me agarra del brazo y tira de mí, apartándome del portal a través del cual ya está pasando Moira.

Me siento en el suelo mientras el mundo se estabiliza.

—No tenemos prisa —asegura Moira—. Tómame tu tiempo.

Estamos en un bosque de robles parecido al que hemos dejado atrás. Pero la naturaleza tiene un punto más salvaje aquí. La maleza está más descontrolada, las copas de los árboles son más frondosas y se respira un aire mucho más puro.

Me incorporo y le hago un gesto de asentimiento a Moira.

Ella engancha su brazo con el mío y comenzamos a caminar entre los árboles. Se supone que hay un sendero, aunque apenas puedo verlo. Me dejo guiar mientras la escucho.

—Lívera puede parecerse un lugar raro, pero no es ni de lejos el reino más extraño que existe. Somnia, por ejemplo, es una auténtica locura.

Esquivamos un grupo de ortigas que crece alrededor del tocón de un abedul. Hay un claro frente a nosotras. Al fondo se ve lo que parece un pueblo.

—Todos y cada uno de los habitantes de este reino son personajes de cuentos de hadas —continúa Moira.

—Sí, pero no te emociones —apuntilla Alana—, la mayoría son simples humanos.

—Cierto, pero una parte nada desdeñable son seres mágicos. En cualquier momento puedes encontrarte frente a algo que siempre pensaste que era solo una leyenda.

—Bueno, habría mucho que aclarar al respecto —la interrumpe Alana.

Hemos salido de la arboleda y toda mi atención está puesta en el pueblo que se presenta ante mí. Parece un decorado de una película de fantasía medieval, con su castillo incluso, sirviendo

como telón de fondo al grupo de casas.

—Ahí es justo donde vamos —me aclara Moira adivinando lo que ha captado mi atención.

Alana se adelanta por el laberinto de callejuelas. Parece muy segura de sí misma, como si hubiera crecido en este lugar. Probablemente así haya sido.

Me aferro al brazo de Moira, es mi ancla para regresar a casa.

Las calles de tierra van dando paso a suelos adoquinados según nos acercamos al castillo. Los olores a especias inundan el ambiente y me pica la nariz.

Hay muchísima actividad por todas partes. Refugiado del sol bajo un soportal, un hombre ofrece fruta fresca a los viandantes. Un poco más adelante, una anciana barre hacia la calle a una fila de hormigas que pretendían entrar en su hogar. Noto el calor al pasar frente a una herrería. No hay máquinas, solo un martillo y mucho bíceps.

—¿Puedo quedarme en la biblioteca? —pregunta Alana.

—No, debes presentarte ante el rey. Todas las guardianas estarán allí.

—Pues más motivo para no ir, ya que no soy una guardiana.

—Alana, no empieces. Ahora no tengo tiempo para esto.

La interpelada se cruza de brazos en silencio.

Quiero preguntar por la biblioteca y por el rey, pero una escena capta mi atención.

Frente a un puesto de telas hay dos seres de piel azul. Son adultos aunque tienen la altura de un niño de tres años. Sus orejas son puntiagudas como las de los elfos de las películas.

—Es seda salvaje —le está diciendo uno al otro—. Compré varios kilos de ella en mi último viaje.

La mujer que se encuentra vendiendo el género se dirige en ese instante al que acaba de hablar.

—Disculpad, Ronan. —El hombrecillo carraspea sonoramente—, quiero decir, Lord Ronan, esto no es seda, es lino.

El hombre azul sacude una mano en el aire, como si lo que hubiera dicho la dependienta no tuviera ninguna importancia y, dirigiéndose a su compañero, afirma.

—Esta gente de pueblo no sabe ni lo que vende, no hagas caso.

Se giran hacia nosotras y puedo ver que el tal Lord Ronan va vestido con un traje que le queda un poco grande. Es de color morado, lo que crea un curioso efecto con el azul de su piel. Sobre la solapa izquierda luce lo que parece un rubí engastado en una circunferencia de diamantes. Lleva un sombrero de copa con grandes plumas en el ala que hacen que se le cale un poco de ese lado por el peso.

Si tuviera que definirlo con una sola palabra la tengo clara: estrafalario.

—Buenos días, guardiana. Y compañía —saluda.

—Buenos días, Lord Ronan. —Detecto una leve burla en el tono de Moira, aunque nadie más parece darse cuenta—. Disculpadnos, tenemos algo de prisa, nos esperan en el castillo para una audiencia real.

—Claro, claro, no se hace esperar al rey.

El hombre hace una reverencia que su compañero imita torpemente y ambos se alejan.

Oigo a la mujer del puesto de telas murmurar algo pero cuando la miro me sonrío y me ofrece un retal de lino de color miel.

Moira tira de mí y apenas tengo ocasión de lanzarle una negativa educada a la mujer.

El acceso al castillo se encuentra en una gran plaza en la que hay una fuente. Hay una joven hablando con los soldados que custodian la puerta. Por su ropa veo que pertenece a nuestro mundo.

—Aisling —oigo que la llama Moira.

La muchacha se gira y lo primero en lo que me fijo es en el precioso atrapasueños que lleva como collar. Parece de plata pero es demasiado grande para ser una joya.

Lo segundo que llama mi atención es la sonrisa que ilumina su rostro.

—¡Qué alegría ver que estás bien, Moira! Hola, Alana. ¿Y tú eres...? —añade mirándome con extrañeza.

—Keera —le digo tendiéndole la mano—. Encantada.

Aisling pasa de mi saludo y me abraza con efusión. Tan rápido como me ha agarrado, me suelta.

—Keera es mi hija —aclara Moira—. La heredera de la llave de Lívera.

Echo una mirada de reojo hacia Alana y veo que hace una mueca. Como si hubiera comido algo desagradable.

—Creía que... —empieza Aisling.

—Es largo de explicar —la corta Moira. Y dirigiéndose a mí, añade— Aisling es la guardiana del reino de Somnia.

Un hombre ha salido por la puerta principal y se sitúa entre los soldados, por su ropa y postura diría que es una especie de mayordomo. Interrumpe los saludos con voz seria.

—Guardianas, las esperan en el salón del trono.

Las cuatro seguimos al hombre a través de multitud de pasillos. Aisling y Moira van justo detrás de él, hablando como si nada de cosas superficiales. Detrás de ellas, Alana camina en silencio. Yo cierro la comitiva e intento no despistarme del grupo mientras observo todo lo que me rodea.

Estamos avanzando a través de una larga galería. En la pared a mi derecha y a intervalos regulares, hay vanos que se abren a un patio. La pared que queda a mi izquierda me resulta más interesante, está llena de cuadros en los que parece que se han querido plasmar las diferentes razas que según Moira existen en el reino.

Son como ilustraciones de cuentos de hadas para mí. Identifico elfos, ogros, brujas y brujos, enanos, duendes de piel azul y ¡un hada!

Me detengo de sopetón. Hay un hada frente a un cuadro en el que se ve un hombre escribiendo muy concentrado. El hada tiene el tamaño de mi mano y flota agitando unas alas tan etéreas que mis ojos apenas pueden percibir las. Es una imagen bellísima.

Tanteo inconscientemente en el bolsillo de la sudadera en busca del móvil, pero entonces recuerdo que Moira me obligó a dejarlo en su casa.

Oigo suspirar al hada.

—¡Qué difícil es ser una musa! —dice, e ignorándome por completo, se aleja volando.

La observo marchar todavía paralizada por la impresión.

Sacudo la cabeza y corro hasta el final del pasillo. No veo al grupo. La galería muere en un vestíbulo en el que me encuentro múltiples opciones; girar hacia la derecha, hacia la izquierda, subir escaleras o bajarlas.

Me detengo a reflexionar, como si pudiera con ello adivinar qué dirección ha tomado nuestro guía. Los minutos pasan sin que logre tomar una decisión y el pulso se me acelera.

—Hola, preciosa, ¿qué haces aquí tan sola?

Me giro. El chico de la ropa extraña se acerca hacia mí desde la galería.

Sorentre, dijo Alana que se llamaba. También dijo que me mantuviera alejada de él. Decido que lo mejor será no dar demasiada información.

—Me dirigía con Moira, Alana y la guardiana de Somnia al salón del trono, pero me despisté, me separé del grupo y ahora me he perdido.

¡Mierda! La culpa es de esos ojos. Tienen el color grisáceo de un cielo de tormenta. Siento que podría perderme en ellos.

—Yo conozco el camino —dice Sorentre rompiendo el hechizo—. Puede que te lleve hasta allí o puede que no. Solo lo sabrás si te atreves a venir conmigo.

—No tengo tiempo para juegos.

—Es una lástima porque me encanta jugar. En fin, yo también voy hacia allí. —Lo miro con suspicacia—. Lo prometo, ¿vale? El rey ha reclamado mi presencia y se me ha hecho un poco tarde.

—Y no se hace esperar a un rey, ¿verdad?

—Exacto. Así que en marcha —dice, y avanza hacia las escaleras.

Subimos. No puedo evitar fijarme en él. Su pelo es de color negro y muy liso. Lo tiene más largo que yo, pero hoy lo lleva recogido a la altura de los hombros formando una coleta que se derrama por su espalda como un río de tinta.

Su piel es muy pálida, y lo parece más todavía al compararla con su ropa negra. Lleva pantalones ajustados y botas hasta la rodilla. Un chaleco que parece una coraza y una casaca de cuello recto. Lo realmente curioso es el material con el que está elaborada su ropa. No logro identificarlo. Es como si estuviera hecha con algún tipo de elemento vegetal flexible.

Hay elegancia y fluidez en sus movimientos, como si flotase en lugar de caminar. Me siento torpe a su lado.

Se da cuenta de que lo estoy mirando y sonríe con suficiencia.

Noto calor en las mejillas y me concentro en los escalones.

Salimos a otro vestíbulo idéntico al anterior. A pocos metros veo a Moira y Aisling paradas frente a una gran puerta doble de madera. Creo que no se han dado cuenta de nada. Alana sin embargo mira nerviosa hacia los lados, cuando repara en mi presencia se acerca con energía.

—Tienes suerte de que nadie haya notado tu ausencia —me dice—. Aquí no te servirá apelar a que no conoces las normas.

Mi acompañante la ignora y se dirige a mí.

—Te he traído, así que me debes un favor, no lo olvides.

—Pírate, Soren. No te debe nada —le espeta Alana.

Él hace una reverencia y se aleja hacia el salón del trono.

—Me da igual lo que hagas, pero luego no digas que no te advertí —me susurra Alana—. No se juega con el pueblo de las hadas.

Las puertas de madera se abren con un crujido y Moira nos hace un gesto para que nos acerquemos.

Voy a conocer al rey de Lívera. Inspiro hondo antes de entrar.

Alana

Suspiro por enésima vez mientras paseo la mirada por la enorme sala en la que espero. Es colosal, de blancas paredes lisas y elevados techos. En las cornisas se representa la imagen enredada de una vid, emulando un racimo de uvas que se descuelgan por las esquinas. No hay ventanas, aunque el lugar es luminoso, como si un sol inexistente derramase su bronceada luz en cada rincón. Da la sensación de ser un ocaso, pero como digo, ni hay ventanas ni hay fuente de luz que justifique la existente.

Acaricio el suelo del peldaño en el que estoy sentada. Parece mármol, pero no es frío en absoluto. También es blanco, aunque a diferencia de techos y paredes, hay un suave trazado sobre su tersa superficie, como si unas aguas lo dotasen de diferentes tonalidades, grises, azuladas y violáceas.

El movimiento es sereno, pero constante. Hay gente desplazándose todo el tiempo de un lado a otro, como si se afanasen en preparar algo. Portan vasijas y bandejas de vivo metal bruñido, relucientes jofainas y telas de hermosos estampados.

Recuerdo vagamente este sitio. He estado unas cuantas veces, aunque no suelo moverme más allá de la biblioteca. De mi última visita conservo vagas remembranzas, aunque no recuerdo haber vivido nunca tanta agitación como la que hay hoy. Supongo que mi querida hermana es, en buena parte, responsable de eso. A mí, cómo no, me han dejado fuera, esperando. No sé por qué mi madre insistió tanto en que viniera si pensaba hacerme a un lado a la primera ocasión; hubiera podido aprovechar el tiempo de mil maneras. Según parece, el ritual o ceremonia de sucesión se llevará a cabo dentro de un rato y ahí sí deberé estar presente, pero ahora solo deseaba presentar a Keera ante el rey y el resto de guardianas.

Una mujer de aspecto regordete y relucientes alas verdes se detiene ante mí y me dedica una mirada severa, mientras coloca los brazos en jarra.

—¿Piensas quedarte ahí sentada todo el día? —espeta.

Es un hada, seres volátiles, caprichosos y un tanto gruñones. Unos pelmazos.

—Tienes razón, debería hacer algo.

—Mucho mejor... —farfulla.

Me pongo en pie, mientras otra hada llega hasta allí y le entrega una bandeja que ella se dispone a cederme a mí.

—Lleva esto a...

—Será mejor que me vaya —la interrumpo. Camino de espaldas mientras la miro, sonriendo—. Mucho ayuda el que no estorba, ¿no?

Alzo la mano y desaparezco, desandando los pasos que me han traído hasta aquí. No sé cuánto rato más estará mi madre reunida con el rey, pero no pienso pasarlo esperando en este lugar. Avanzo, cada vez con un paso más determinado. Mi madre dice que es habitual sentirse mareada en este sitio y que se debe a la carga de magia, algo que yo no percibo. Supongo que por eso a mí no me pasa ni me ha pasado nunca, pero ni siquiera eso era argumento suficiente para que me dejase en paz durante sus años de empeño por convertirme en su heredera.

Me detengo súbitamente al topar con un ser que lee distendidamente con la espalda apoyada en la pared. Parece que no soy la única que se escaquea. Es un muchacho, pero pero me resultaría imposible identificar el reino de fantasía al que pertenece y lo cierto es que eso es lo de menos en este momento. Lo que ha despertado en mí al verlo, no tiene nada que ver con su origen, sino con

el libro. Sabía que me olvidaba de algo. La librería Página Alba. Dios, cómo he podido...

No sé qué hora es. Mi madre decía que aquí el tiempo discurre de otro modo, así que tal vez disponga de algo.

Arranco a correr como una embestida y mis pasos suenan huecos en los pasillos hasta que abandono el templo, castillo o lo que demonios sea este imponente lugar de blancas fachadas y altas torres. Al llegar a la concurrida plaza de los mercaderes, esquivo gente con habilidad y en pocos minutos me zambullo en la espesura que me lleva de regreso al portal.

Por suerte, sigue abierto, así que subo rápidamente a mi habitación.

Me quito la ridícula ropa que mi madre me ha obligado a ponerme con motivo de la visita al castillo y me enfundo en mis vaqueros rotos, una camisa de cuadros rojos y negros, y subo al coche. Por fortuna, el portal que conecta con el mundo real, aún sigue abierto, aunque no será por mucho más tiempo. Siento la boca seca mientras conduzco, aprieto los dedos en torno al volante hasta ponerlos blancos y en mi estómago se arremolina una emoción difícilmente contenible.

El día de mi cumpleaños se hacía efectiva la publicación del ganador del Premio Literario que convocaba la librería Página Alba, la más antigua y conocida de toda la ciudad. Pero con el lío de la mudanza, mi nueva hermana y demás ni siquiera me había acordado. La librería, no solo es antigua en cuanto a su fundación, sino a sus procedimientos. El ganador solo podrá ver su nombre colgado en la pared de su establecimiento, de modo que el que quiera enterarse tiene que llegar hasta allí. Y lo cierto es que es mi última oportunidad porque el elegido obtendrá también una beca de estudios literarios donde desee y sería un sueño hecho realidad alzarme con él y poder dedicarme a lo que realmente deseo, alejándome de todo lo que no. Al fin y al cabo, mi madre ya tiene a su guardiana. Ahora yo debo pensar en mí. Lo entenderá. Estoy segura.

Apenas hace dos o tres días que me marché de la ciudad y zambullirme de nuevo en su asfixiante tráfico me sume en un remolino de nostalgia. En cada calle me parece haber vivido algo, en cada esquina hay una anécdota que contar.

No sé si arrastre algo de suerte tras mi paso por los reinos de la fantasía, pero encuentro aparcamiento después de dar un par de vueltas y, entonces, me dirijo hacia la librería. Es curioso, he llegado hasta aquí volando y ahora que estoy solo a unos pasos, refreno la marcha como si me diera miedo leer el nombre del ganador. ¿Como si me diera he dicho? Me da un pánico atroz descubrir que no sea yo... otra vez. Nunca me había atrevido a participar en este concurso hasta que Ian me animó a hacerlo. El *Página Alba* son palabras mayores y no se lo lleva cualquiera.

Destierro pensamientos, imágenes y nombres cuando empujo la puerta del establecimiento y me embarga ese olor a libro tan característico. Es una tienda bastante grande y atiborrada hasta arriba de ejemplares que en muchas otras librerías ya resulta imposible encontrar. Dejo atrás las enormes estanterías de madera oscura y encaro el pasillo a cuyo final diviso el cartel. Resoplo y me muerdo el labio. Mientras camino, la sangre me sacude en las venas y casi puedo oírla. El silencio aquí es total y solo llega el débil murmullo del tráfico al otro lado de la puerta. Pero entonces me detengo. No necesito acercarme más para leer el nombre del cartel: «Daniel Bolton». Lo veo clara y nítidamente y aun así, necesito aproximarme más como si a medida que lo hiciera, el nombre fuese a adoptar otra forma y otra identidad, pero cuando llego frente a él, sigue siendo el mismo.

—Ya pensé que no vendrías ni a ver el resultado.

Una voz detrás de mí tensa todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo, pero no me vuelvo. No hace falta. Ian avanza unos pasos y apoya el hombro en la pared mientras me mira. Me cuesta horrores retener las ganas de abrazarlo, aunque por la forma en la que me mira, no creo que lo aceptase de buen grado. Ha estado llamándome desde que me fui y no he cogido ni una sola de sus

llamadas; no tenía fuerzas porque sabía lo que me diría y sabía, también, que no sería capaz de negárselo, que saldría corriendo a buscarlo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto. Trato de imprimirle a mis palabras la mayor suavidad del mundo; sé que a veces puedo parecer tosca o demasiado seca, pero no es eso lo que quiero transmitirle.

—Supongo que era la única vía que me quedaba para saber algo de ti.

Suspiro hondamente y empiezo a dudar de todo. Tal vez mereciera una explicación mejor o incluso una mentira que lo confortase.

—Siento mucho que no hayas ganado —añade de forma sincera—. El año que viene...

—No voy a volver a participar.

Fijo la mirada al frente apretando los puños.

—¿Por qué no?

—Porque no, Ian. Tal vez deba aceptar que esto no es para mí.

—¿Ya está? ¿Así de fácil? ¿Presentas una novela, no ganas y te rindes?

Vuelvo a mirarlo. Está enfadado y no creo que se deba solo a mi improvisada capitulación.

—No es el primer concurso —trato de justificarme—. Ni sería la primera editorial que rechaza una de mis obras y tal vez no tenga fuerzas para seguir encajando negativas.

Doy media vuelta y antes de que haya dado un paso más, me agarra del brazo con suavidad.

—Espera.

Me giro de nuevo, con la mirada fija en el suelo y unas enormes ganas de llorar; por el concurso, por él, por todo cuanto llevo acumulado estos días atrás. Venir no ha sido buena idea.

—Esto me está matando —me dice.

Alzo la mirada y la fijo en él a pesar de saber lo contraproducente que es. Han pasado tres días y me da la sensación de que tiene el pelo más largo. Qué chorrada. Lo que sí es seguro es que sigue tan guapo como siempre; con esos ojos verdes que adoro y esa expresión grave, de enfado con el mundo, con la que lo conocí. Su vida no ha sido fácil a pesar de que pueda parecer que lo tiene todo y, de algún modo, el uno se había convertido en el asidero del otro. Un asidero que yo he roto, devolviendo a cada uno a sus fantasmas.

—Ya te dije lo que pasaba, Ian —respondo.

Si las cosas hubieran sido distintas en este maldito concurso, tal vez él y yo... Pero es la enésima puerta cerrada en las narices y en mi cabeza prende la idea de instalarme en Lívera o en Rale o en cualquier de los reinos mágicos que mi madre decida. Y él no forma parte de ninguno.

—A decir verdad me dijiste que te ibas y nada más. Parece que después de un año y medio juntos no tengo derecho a saber adónde ni por qué, no tengo derecho a llamarte y... —Se interrumpe cuando el regalo que me hizo cae al suelo, aún sin abrir. Había olvidado que lo tenía en el bolsillo de la chaqueta—. Tampoco tengo derecho a hacerte un regalo —concluye mientras lo recojo—. ¿Qué pasa, Alana?

Alana. El hecho de que emplee mi nombre completo da una clara idea de la distancia que pone al hablar de nosotros. Está enfadado y yo también porque esto no lo he elegido yo, o al menos no lo había hecho hasta ahora, pero él sabe de las locuras de mi madre y debería saber que es otra de ellas la que me arrastra, debería saberlo sin preguntar.

Doy media vuelta y abandono la librería, pero él me sigue entre la marea de gente que camina por la acera en este día nublado.

—Te largas de nuevo sin una triste palabra. Es alucinante.

Me detengo y me giro bruscamente.

—Alucinante es que no seas capaz de entender que esto no lo he decidido yo. Te dije que mi

madre...

—¡Te di mil opciones para quedarte! —grita—. Puede que ya sea hora de que dejes de culparla a ella de todo.

Sus palabras me dejan muda durante unos segundos, con los ojos como platos, preguntándome cuántas de las veces que le expliqué lo horrorosamente mal que ella me hacía sentir, él pensaba que quizás yo tenía algo de responsabilidad.

—¿Eso crees?

—Eso veo. Te ofrecí mi casa, hablar con ella. Te ofrecí intentarlo y no quisiste. Al menos intentarlo.

—No hubiera servido de nada.

Genial, estoy llorando otra vez y detecto un pequeño derrumbe en sus ojos, pero es orgulloso y tratará de no hacerlo evidente así como así. Y yo también soy orgullosa, así que extendo la mano y le devuelvo el regalo. Él lo coge y lo tira en la papelera que nos queda al lado. Da media vuelta y se aleja.

Un pánico irracional me invade porque tengo la sensación de que si dejo las cosas así ni siquiera nos asistirá el consuelo de un buen recuerdo. Hasta ahora, pensar en él o en momentos que hemos vivido juntos me ayudaba a sobrellevarlo, pero si cada vez que evoque a Ian vendrá a mi mente este momento, no lo resistiré. Arranco a caminar tras él como una embestida y lo agarro del brazo, deteniéndolo.

—Acompáñame.

Sí, ha sonado como una orden y como él no es muy dado a recibirlas, se queda mirándome, con las manos metida en los bolsillos.

—Por favor —añado con esfuerzo—. Quieres saber por qué no te he contado nada, ¿no? Ven y entiéndelo por ti mismo. Dime si me hubieras creído.

Hay una vacilación en su expresión y, sin decir nada, empieza a caminar. Ni siquiera sabe dónde tengo aparcado el coche, pero aun así me rebasa. Lo miro y me detengo en la papelera para recuperar la cajita rectangular. La olisqueo, como la idiota que soy, y la guardo de nuevo en mi bolsillo. Cuando se gira, sigo parada delante de la papelera y él disimula una sonrisa antes de seguir caminando.

Keera

Tiro de la tela de mi túnica como si pudiera hacerla ceder. Parece la ropa de un monje de clausura. El tejido es basto y me aprieta un poco en el pecho. A Moira le queda más holgada, pero a mí parece que me han dado una talla menos de la que necesito. Al menos me ha dejado conservar mis zapatillas moradas. Ella lleva unas botas horribles que parecen hechas con la piel de algún animal extinguido en mi mundo. La parte de abajo llega a la altura de mis tobillos y me limita bastante la movilidad. No me gusta.

Mi madre me ha explicado que se trata de la ropa tradicional de los druidas y que debo llevarla durante la ceremonia. Querría discutirlo, pero está bastante cabreada por la desaparición de Alana, así que entiendo que no es el momento adecuado. Prefiero dejar que me cuente en qué va a consistir la ceremonia. He detectado que disfruta explicándome el funcionamiento de estas cosas y yo estoy ávida de conocimiento, así que formamos la pareja perfecta.

Como hemos perdido algo de tiempo intentando localizar a Alana somos las últimas en llegar a la sala donde las guardianas depositaron sus llaves para la purificación. Hemos recorrido tantos pasillos que no sabría decir en qué parte del castillo nos encontramos pero hemos llegado a una estancia de techos altos y escasa iluminación. En el centro se alza una hilera de columnas. A través de ellas intuyo una puerta.

Atravesamos la línea de pilares y nos encontramos automáticamente ante el corazón de la sala, un espacio circular que me recuerda a los antiguos templos griegos que estudiamos en clase de historia del arte. Las paredes ascienden hasta unirse con el techo, nos hallamos frente al único acceso.

Aisling está delante de la puerta. Hay dos mujeres más con ella.

—Keera, estas son Danae y Helge, las guardianas de Imago y de Rale.

—No hay tiempo para presentaciones —dice la tal Helge—. Moira, procede.

Aisling me sonrío y encoje los hombros, como si quisiera disculpar el comportamiento de su compañera.

Moira se ha levantado la túnica para acceder a uno de sus bolsillos, saca una llave y la introduce en la cerradura.

—Estaba abierta —susurra tan bajo que apenas puedo oírla.

Empuja la puerta y nos cede el paso.

Soy la primera en entrar, atraída por la energía que se palpa en el aire y quedo impresionada por la belleza del lugar. Hay una luz cenital que baña un altar circular donde se encuentran las llaves de los reinos. Las reconozco porque Moira me ha estado hablando de ellas durante el camino hasta aquí.

La de Imago es una esfera de cristal que muestra un paisaje imposible; una cascada donde el agua fluye al revés, de abajo hacia arriba.

A su lado descansa la de Rale, un anillo con filigranas dibujando ondas por toda su circunferencia.

Y por supuesto, la llave de Somnia, el atrapasueños que vi en el cuello de Aisling. Veo sus plumas desordenadas, como si alguien lo hubiera dejado caer sin cuidado sobre la piedra.

Y un hueco. Un espacio vacío donde debiera estar la llave de Lívera.

—¡La pluma ha desaparecido! —oigo exclamar a mi espalda.

Tras un momento de confusión, la voz de mi madre se alza sobre los murmullos.

—Ha sido Lana —afirma con rotundidad.

Todas callan.

—Sabe lo importante que es —digo—. No la robaría.

Moira me mira carente de expresión. Intuyo que su mente está lejos de aquí, repasando los últimos movimientos de Alana.

—No se atrevería a robarla, ¿verdad?

Las otras tres guardianas se miran entre sí.

—Estamos perdiendo el tiempo —interrumpe Moira, y nos indica mediante señas que salgamos.

Cuando las cinco estamos fuera de la sala, Moira procede a cerrar con llave, pero Helge la frena agarrándola del brazo.

—Espera. Quiero volver a entrar a recoger mi anillo, ahora mismo no pinta nada ahí.

—Voy a recuperar la pluma enseguida, el resto de llaves estarán seguras aquí mientras tanto.

Mi madre se zafa del agarre de Helge y se dispone a cerrar, pero ella la vuelve a coger del brazo y veo que aprieta más que antes.

—Ya hemos visto lo seguras que están aquí las llaves. Quiero mi anillo.

—A mí también me gustaría recuperar mi orbe —secunda Danae.

Parece nerviosa, como si no estuviera segura de que lo que piden es lo correcto.

Aisling decanta la balanza con tono conciliador.

—Recuperaremos nuestras llaves hasta que aparezca la pluma.

Mi madre se retira de la puerta y las guardianas entran a recuperar los objetos. Aisling se cuelga el atrapasueños al cuello, Helge introduce el anillo en el dedo corazón de su mano izquierda y Danae se sube la túnica casi hasta la cintura para guardar la esfera en un bolsillo de su pantalón.

Cuando salen, mi madre se dirige a ellas.

—Aisling, busca en el castillo, Danae, revisa la zona norte, Helge, la zona sur. Keera y yo iremos a la biblioteca. ¡Rápido!

Las guardianas se dispersan, me sorprende que no se hayan cuestionado ni por un segundo las órdenes. Ni siquiera Helge.

—Esta vez se ha pasado —murmura Moira echando a andar.

La sigo sin atreverme a decir nada. Es obvio que todas ellas conocen a Alana mucho mejor que yo, pero no acabo de creerme que ella haya robado la pluma. Había mucha gente en el castillo. Cualquiera pudo haberla cogido.

Volvemos a perdernos por el interior de la fortaleza, recorremos pasillos, bajamos escaleras y avanzamos por corredores hasta que al fin salimos al jardín trasero a través de una puerta metálica. Callejamos entre casas de piedra durante un rato. Supongo que este es el camino por el que llegamos desde el portal, pero nunca se me ha dado bien orientarme.

Mi madre se para. Un imponente edificio se levanta ante nosotras. Se trata de un edificio rectangular de tres plantas flanqueado por dos torreones cuadrados.

Lo que más me llama la atención es la galería que se abre en la última planta.

—Esta es la biblioteca —explica Moira—. A Lana le encanta venir aquí. Sé que parece muy obvio, pero no podemos pasarlo por alto, siempre ha sido su escondite favorito.

Entramos a un vestíbulo de techos altos. Contra la pared del fondo hay unos sillones que parecen muy cómodos. Entre ellos se distribuyen macetas con unas plantas de flores de lo más extraño. Este tipo de detalles me hacen recordar que no estoy en casa. Puede que estuviera

empezando a olvidarlo.

Moira se dirige automáticamente hacia unas puertas dobles que dan acceso a una sala cuyas paredes están forradas de estanterías repletas de libros. Multitud de mesas y sillas de madera se distribuyen por toda la estancia, pero el lugar está desierto.

Un hombre sale en ese momento desde una puerta al fondo de la habitación y se sorprende al vernos, como si no esperara encontrar a nadie aquí.

—Geodis, estoy buscando a mi hija, ¿la has visto? —pregunta Moira alzando la voz.

El hombre se acerca a nosotras y me mira fijamente durante unos segundos antes de contestar. Lleva un sombrero *fedora*. En circunstancias normales me parecería ridículo, pero hay una oscuridad en él que me hace encoger un poco por dentro.

—Lo siento —dice en respuesta a la pregunta de Moira—, hace tiempo que no sé nada de ella.

Hasta yo puedo notar que miente.

—Si está aquí no debes ocultarlo. Es muy importante.

—No está aquí —insiste—, y señala en silencio hacia el techo.

Moira entiende el gesto y creo que sabe exactamente a dónde debe dirigirse porque sale de la estancia sin pronunciar palabra, cruzamos el vestíbulo y comenzamos a ascender por unas escaleras forradas en terciopelo rojo.

Estamos avanzando ya por un pasillo cuando oímos ruido de puertas que se abren y cierran en la planta baja. Retrocedemos sobre nuestros pasos y nos asomamos al cañón de las escaleras.

La visión fugaz de una melena pelirroja nos pone a ambas en alerta.

—Vamos, Keera —dice Moira y comienza a correr.

Bajamos las escaleras. Podría ir más deprisa pero esta mierda de túnica me impide dar la zancada a la que estoy acostumbrada.

Vemos balancearse una puerta disimulada en una vidriera. Moira se lanza a través de ella.

Acelero, el bajo de la túnica me frena y me como la puerta. Parpadeo aturdida durante unos segundos. Tiro de la túnica hasta que oigo las costuras ceder, me la quito de encima y la tiro en un rincón.

Salgo por fin y veo a Moira girando a la derecha al final de la calle.

Me dirijo hacia allí sin perder tiempo. Acorto distancia con rapidez. El giro a la derecha me lleva a un corto tramo que desemboca en una plaza que parece un mercado. Hay gente pregonando las bondades de sus artículos por todas partes y una multitud de clientes abarrotando el espacio.

La marca empieza a picarme horrores. Me rasco frenéticamente y no dejo de mirar a mi alrededor. Los colores y olores del mercado embotan mis sentidos. Algo va mal, muy mal.

Veo el rastro de una sombra negra girar en la esquina de un edificio. Se parece a las sombras que intentaron llevarse a mi madre en el jardín de su casa.

Echo a correr hacia allí. Empujo a un joven que se interpone en mi camino sin pararme a pedir perdón. Llego al punto en el que vi a la sombra. Es la entrada a un callejón sin salida. Está desierto.

Avanzo tanteando las paredes lisas, deseando encontrar una puerta oculta. Una explicación racional a la desaparición de mi madre.

Pero no hay nada. Absolutamente nada.

Me muerdo el labio inferior tratando de controlar las lágrimas.

Estoy sola en Lívera.

Alana

Cuando regresamos hasta la torre sur de la biblioteca, resollando, suelto a Ian, a quien he agarrado de la manga durante los últimos diez minutos de escurridiza escapatoria. Creo que las hemos distraído; aquí ya nos han buscado pero no puedo estar segura y en cualquier caso, solo es cuestión de tiempo que nos atrapen. Miro a Ian y aunque estoy segura de que nos hemos metido en un buen lío, me alegra que esté aquí, como siempre, conmigo. Eso sí, él me mira con una expresión que dista mucho de ser alegre.

—¿Se puede saber por qué llevamos media hora corriendo? —me pregunta, tratando aún de recuperar el aliento.

—La pluma —respondo—. No debimos haberla cogido.

—¿Por qué no?

—Porque es mágica, Ian, ya te lo he dicho, pero no es mía.

Me mira y entiendo que ha de estar completamente desubicado, pero supongo que son tantas las preguntas que se le agolpan que no es capaz de efectuar ni una sola. Se mantiene con la espalda apoyada en la pared y yo alzo la mirada hacia los altos techos abovedados. Son blancos y están rematados con detalles dorados que le confieren un aspecto señorial.

La biblioteca de Lívera es un mundo de contrastes. La elegancia de la parte superior de la sala no tiene nada que ver con la sencillez de los anaqueles, que están completamente atiborrados de libros. En la parte central hay una claraboya desde la que penetra una luz amarilla y brillante, como la de un sol de mediodía en lo alto de un cielo de verano, pero aquí no hay sol.

Cuando bajo la mirada de nuevo, los ojos verdes de Ian están clavados en mí. Abre la boca, pero de ella no llega a salir ni una sola palabra, pues la enorme sombra de Geodis asoma desde el pasillo central. Es el bibliotecario, un hombre que parece emergido desde las páginas de cualquier libro de fantasía, al menos en mi cabeza. Un tipo afable y sonriente, que hoy parece haber perdido la afabilidad y la sonrisa.

—¡Alana! —exclama mientras se acerca—. ¿Puede saberse qué está pasando? Las guardianas te están...

Ian se ha colocado delante de mí, temblando. Su mano aferra la mía con fuerza.

—¿Quién es este ser? —pregunta Geodis, bajando ligeramente la cabeza al tiempo que se ajusta sus gafas redondas. Frunce los labios bajo su espeso bigote oscuro mientras espera respuesta.

—Tranquilo —intervengo yo, adelantándome a Ian un pasito. Le envío una sonrisa que pretende ser tranquilizadora, pero no estoy segura de haberlo logrado. Para Geodis, la biblioteca es un templo y no le gusta nada que nadie lo profane de esta forma, corriendo y alborotando la paz de sus huéspedes. Los libros—. Lo cierto es que estamos metidos en un pequeño lío y no sabíamos dónde ocultarnos. Ian es mi... Ian está aquí conmigo. Puedes confiar en él.

—Ocultaros. ¿De las guardianas? Tu madre estuvo aquí, buscándote y deduje que algo andaba muy mal, así que la desisté enviándola a la azotea, pero... ¿Qué has hecho ahora, Alana?

—Lo cierto es que la culpa es mía.

La voz de Ian ha sonado firme y segura, aunque sé, por la forma en la que me agarra la mano, que está muerto de miedo y no es para menos. Geodis es mucho más alto que cualquier persona común. Recuerdo que muchos de los habitantes de Lívera contaban que es un gigante. Su estrambótico sombrero *fedora* le confiere un aspecto simpático y alejado de lo que sus facciones

transmitirían sin él, pero cuando uno no lo conoce, Geodis es solo un tipo imponente.

—¿Culpa tuya, dices? —le pregunta a Ian.

—Cogí la pluma.

A Geodis se le abren tanto los ojos que por momentos creo que acabaremos recogéndolos del suelo. Después, sus facciones se crispan y me devuelve su atención.

—Ian no sabía que la pluma no podía tocarse —trato de justificar—. No íbamos a hacer nada malo. Pero todo el mundo se nos echó encima y nos asustamos. Por favor, Geodis, necesito tu ayuda. Si puedo ganar algo de tiempo, devolveremos la pluma a su sitio y las iras se rebajarán.

—¿Y por qué no la devolvéis sin más? No quiero ser tu cómplice en esto. Las llaves son importantes y...

—¡Estás hablando con la hija de una guardiana! —lo interrumpo—. Sé perfectamente de la importancia de las llaves y por eso te estoy pidiendo ayuda para devolverla. Lo único que necesito es que las distraigas y nos allanes el camino de regreso. Por favor.

Me zafo del agarre de Ian, que aún mantenía mi mano sujeta, y abrazo a Geodis, que pone los ojos en blanco mientras me da palmaditas en la espalda. Es un gigantón, pero todo lo que tiene de grande lo tiene de amoroso, y conmigo en concreto, se lleva particularmente bien, pues siempre que he acompañado a mi madre hasta aquí, la he esperado en la biblioteca mientras ella asistía a esas reuniones interminables. Geodis se volvía loco hablándome de libros, recomendándome unos y otros y escuchándome a mí hablarle de otros tantos.

—De acuerdo —claudica al fin—, pero solo por esta vez.

Sonrío y le devuelvo un vistazo rápido a Ian, que permanece quieto como una estatua.

—Aquí ya te han buscado, pero volverán, sin duda alguna, de modo que regresaréis hasta la planta inferior a través de la sección del Olvido.

Me coge del brazo suavemente y me va guiando a través de los pasillos; subimos la pequeña escalinata de caracol y dejamos atrás otras tantas estanterías más, hacia una puerta cuya existencia he ignorado siempre. Ian nos sigue sin decir nada y nos detenemos frente a un acceso bajo coronado por un arco de piedra. Ian y yo tendríamos que agacharnos para entrar a través de él. Para Geodis resultaría sencillamente imposible.

—¿Desde cuándo...?

—Desde siempre, pero es una sección sellada habitualmente que, sin embargo —añade, poniendo otra vez los ojos en blanco— abro hoy para ti y solo para ti... bueno, y para tu amigo. Alana, escúchame con suma atención. Sé que tienes una tendencia suicida a meterte en líos y más líos y más líos y... Bueno. No toques nada. —Lo dice despacio, remarcando cada sílaba, como si yo fuera una idiota a la que le costase entender—. Nada, ¿me oyes?

—De acuerdo.

—Nada, Alana.

—Ya lo he entendido, Geodis, no soy imbécil.

—Muchacho, asegúrate de que me hace caso. No te conozco de nada, pero sí la conozco a ella y si contigo puedo albergar la duda, con ella, no. Aunque has sido tú quien ha cogido la pluma... —añade pensativo.

—Despreocúpese —lo interrumpe Ian, harto, supongo de tanta verborrea, como yo misma—. No tocaremos nada. Gracias por la ayuda.

Geodis asiente y entrecierra los ojos.

—¿Tú eres el *highlander*? —suelta después.

Ian me mira de soslayo y da rienda suelta a un amago de sonrisa.

—Sí.

Bajo la vista, ruborizada, evitando así los ojos de Ian. Nota mental: asesinar a Geodis.

—¿Vamos? —pregunto.

El bibliotecario me mira y abre la boca, pero yo le hago un gesto con el dedo índice recorriendo mi garganta y lo disuado de añadir algo más.

No tardamos en oír gritos, exclamaciones y voces llegando hasta allí. Geodis da media vuelta y sale corriendo, mientras Ian y yo hacemos lo mismo a través de la sala que el bibliotecario nos ha descubierto. Dejamos atrás un pasillo oscuro por el que no deja de ascender un vientecillo frío. Apenas se ve nada y avanzamos a tientas, acariciando las rugosas paredes de piedra irregular que nos quedan a ambos lados y que podemos abarcar con los brazos abiertos. Yo camino en primer lugar e Ian lo hace detrás de mí.

Después de un largo avance, me detengo y él topa con mi cuerpo al haberse distraído observando los puntitos de luz azulada que se prenden en el techo, como si se tratase de algún tipo de hermoso mineral que se ilumina en la oscuridad.

—Perdona —murmura, mientras carraspea.

Yo no digo nada y avanzo unos pocos pasos más. Hay más anaqueles y estanterías aquí, aunque su madera parece aún más vieja y desgastada que la de la biblioteca. Los libros que hay sobre los muebles están desordenados. Algunos permanecen sobre una mesa de forma rectangular, abiertos y sus páginas vuelan sacudidas por el mismo viento que nos saludó al entrar. Aquí no es más que una suave brisa, pero zarandea varias páginas con ímpetu. Me acerco a la mesa.

—Alana, ya oíste a ese tipo, no toques nada.

La voz de Ian me deja inmóvil durante unos segundos. Y puede que sea infantil o estúpido, pero es tal la rabia que siento al escuchar mi nombre completo en sus labios, desprovisto de la complicidad de siempre, que la hostilidad se adueña de mí.

—A buenas horas —respondo con desdén—. Ya podías haber pensado en eso antes de echarle mano a la dichosa pluma.

No me vuelvo para mirarlo, pero puedo imaginar su expresión sorprendida.

—Vaya, ya tardabas en echarme a mí la culpa.

Ahora sí me vuelvo.

—¿Acaso he sido yo la que ha cogido la llave?

—No, tú solo eras la que no dejaba de parlotear anhelando todo lo que podrías conseguir con ella. «Es la llave al mundo de los libros», —dice, tratando de imitarme con mofa—, «¿Te imaginas pasear entre las páginas de un libro? ¿Puede haber algo más inspirador para escribir una historia mágica que adentrarte en una?». Estabas pidiendo a gritos que la cogiera.

—Eso no es verdad, pero tú siempre vas por libre —exclamo furiosa.

—Nunca más que tú. Resulta completamente imposible adivinar lo que estás pensando y por supuesto, acertar con ello.

—Por eso son pensamientos; si quisiera que los supieras, te lo diría.

—¡Lo hice por ti!

Su último grito se eleva en un eco extraño. La sala es pequeña, pero su voz reverbera como si el techo fuese una cumbre lejana en un abismo insondable. Reconozco el enfado en el brillo de sus ojos, aunque no puedo estar segura de la razón que lo causa.

Alzo la mirada y compruebo que las estanterías se elevan hasta una altura imposible, cuyo fin no se alcanza a ver. Hay una tenue luz arriba, pero hasta aquí apenas llega un leve fulgor. Bajo de nuevo la mirada.

—Te mereces escribir un libro que sorprenda al mundo entero —me dice Ian, apenas un murmullo—, que haga que todos te conozcan. Tal vez fuese yo el que quería que consiguieras lo

que sea que esa llave pudiera darte.

Suspiro hondamente y bajo la mirada, que de pronto queda presa en la portada vieja del libro que hay sobre la mesa, el mismo cuyas páginas se sacudían, furiosas, con el viento. Reconozco el título, aunque no creo que nadie más pudiera hacerlo. «El Hada de Cristal». Me impacta tanto verlo en este sitio que soy incapaz hasta de respirar. Ian se acerca y lo ve.

—Es la primera novela que escribiste —murmura.

Lo miro, sorprendida ante el hecho de que lo recuerde. Me dio tanta vergüenza que la leyera que le hice prometer que al terminarla, la tiraría a la basura. Era una historia horrible, mal escrita y sin sentido. Pero insistió en leerla cuando empezamos a salir y descubrió mi fascinación por los libros, así que no pude negárselo.

—¿Cómo ha podido llegar hasta aquí, si estaba en mi...?

Me giro, mirándolo, pero él no se inmuta.

—¿No se supone que debías tirarlo?

Su silencio resulta bastante elocuente y sus ojos, aún más. Relaja el gesto apoya la cadera en la mesa, a mi lado.

—Sabías perfectamente que no lo tirarías. Y siempre he creído que por eso me lo diste, para que lo rescatara de las fauces de tu escritora insaciable, la que nunca está satisfecha con lo que escribe.

Yo también relajo el gesto; tal vez porque tiene razón y en una recóndita parte de mí siempre he sabido que Ian guardaba el libro. Una historia horrible, mal escrita y sin sentido, pero una historia mía, la primera.

Abro la tapa con la misma mano con la que sostengo la pluma y paseo los dedos por la rugosa superficie de las páginas. Ni siquiera había llegado a imprimirlo o encuadernarlo jamás, por lo que aún tiene menos sentido que esté aquí con la apariencia de cualquier otro libro, con una tapa dura y las páginas amarillas, como si se tratase de un ejemplar antiguo.

«El Hada de Cristal, por Alana Kendrick».

Sonrío mientras avanzo hasta la primera página.

«En el mundo de las hadas, Oblia era solo una más de las que...»

Cierro el libro con un nudo en la garganta. Ian sigue mirándome.

—Deberíamos irnos. Estarán buscando la llave —murmuro.

Me aparto y retomo el camino que Geodis nos indicó. Me temo que, una vez más, he desobedecido una indicación, pero no creo que en este caso las consecuencias vayan más allá de unas horas de nostalgia. Ian me sigue mientras recorremos un nuevo tramo de aquella gruta en medio de la cual se encuentra, como el bibliotecario la llamó, la Sala del Olvido.

Keera

Trato de pensar cuál debe ser mi próximo movimiento.

Recuerdo que Aisling se dirigía al castillo. Quizá debería ir en su busca y explicarle lo que ha pasado.

Avanzo hacia la entrada del callejón dudando sobre si seré capaz de recordar el camino hacia el castillo cuando veo una sombra. Hay alguien frente a mí.

—Hola, preciosa.

—Sorentre.

—Sí, ese es mi nombre. —Apoya el codo sobre la pared y deja caer el cuerpo hacia ella—. Aunque todo el mundo me llama Soren. ¿Por qué no pruebas a hacerlo tú también? Me encantaría escucharlo de tus labios.

—No tengo tiempo para juegucitos, necesito encontrar a mi madre.

—Nunca tienes tiempo —murmura sacudiendo levemente la cabeza.

Lo ha dicho más para sí mismo que para mí, así que lo ignoro y paso a su lado regresando a la plaza. El barullo parece haberse intensificado. Repaso el perímetro fijándome en las calles que desembocan aquí. Hay tres accesos y no tengo ni idea de por cuál debería ir.

—Puedo ayudarte, solo tendrías que pedírmelo —insiste Soren a mi lado.

Me giro para encararlo.

—¿Por qué?

—¿Por qué tienes que pedírmelo? —dice y detecto un brillo perspicaz en su mirada.

—No. ¿Por qué quieres ayudarme?

—Ah, eso. —Cruza los brazos sobre el pecho y se sienta sobre un barril que queda un poco a su izquierda sin dejar de mirarme a los ojos—. Estoy aburrido.

Lo miro y pienso que podría pasar por un chico normal. Si no fuera por esa ropa que parece hecha de corteza de árbol y por esos ojos grises que parecen nubes de tormenta. Su aspecto debería infundir desconfianza en mí, pero sonrío de tal manera que eclipsa toda su oscuridad.

—¿Vas a pedírmelo o no? —insiste.

La voz de Alana advirtiéndome que me mantuviese alejada de él resuena en mi cabeza.

Vuelvo a observar la plaza. Sopeso de manera lógica mis opciones.

—De acuerdo. —Regreso la mirada hacia él—. Me vendrán bien un par de ojos más. ¿Por dónde empezamos?

—No funciona así, preciosa. Primero tienes que pedirme que te ayude.

—¿Pero, qué...? Vale, tú ganas; por favor, Sorentre de Keigaard, te necesito, ¿puedes ayudarme?

Pretendo que suene cínico, pero ha sonado demasiado meloso. Cierro los ojos expulsando el aire, preparándome mentalmente para una lucha dialéctica, pero él permanece en silencio. Noto una sacudida en la muñeca derecha, como si alguien estuviera tirando de ella.

Abro los ojos a tiempo de ver a Soren haciendo un giro con su mano izquierda que se corresponde con el tirón que he sentido, como si ambos estuviéramos atados por una cuerda invisible.

Estoy a punto de preguntar qué es lo que ha hecho cuando la tierra se estremece. Los pilares de madera que sostienen los toldos en los puestos de los comerciantes se comban y todos los objetos expuestos sobre las mesas chocan entre sí. Oigo ruido de vajilla que se rompe y algunos gritos.

Pierdo el equilibrio y caigo sobre Soren.

Llevo las manos hacia adelante para amortiguar la caída y acaban apoyadas en su pecho. Esperaba sentir la rudeza de la madera bajo las palmas, pero su casaca se ha abierto y solo una camiseta de tacto suave se interpone entre mis manos y su piel. Noto la tibieza de su cuerpo a través de la tela.

Otro movimiento de tierra hace que los brazos me fallen y caiga sobre su lado izquierdo. Con la cabeza sobre su hombro, los rostros casi pegados y la parte inferior de mi cuerpo bloqueando su pie izquierdo.

Soren se revuelve debajo de mí, mueve las piernas para envolver las mías y sube los brazos sobre mi espalda. Me siento completamente rodeada por su cuerpo y las mejillas comienzan a arderme.

Intento levantarme, pero él me aprieta y entonces veo los cascotes. Piedras y trozos de teja caen sobre nosotros, pero no nos tocan, rebotan a unos centímetros de nuestros cuerpos, como si Soren hubiese creado un escudo invisible.

Me siento estúpida por pensar que él intentaba un avance sexual conmigo cuando solo estaba tratando de protegernos.

Sé que el peligro ha pasado cuando su amarre se afloja. Me levanto con rapidez y le doy la espalda para que no pueda leer la turbación en mi rostro.

—Esto no es bueno —oigo que dice—. Parece que alguien está jugando con la magia.

—Seguramente la persona que robó la pluma de Moira.

—¿Cómo? ¿Has dicho que alguien ha robado la llave de la guardiana?

—Sí. Mi madre y yo estábamos buscándola. Todas están convencidas de que ha sido Alana, pero yo no creo que...

Soren me agarra de ambos brazos y me obliga a volverme hacia él.

—No deberías estar diciéndome esto. Nadie debe saber que la llave ha desaparecido. Nadie.

—El resto de guardianas lo saben, están buscándola también.

—No me refiero a ellas. Hay un motivo para que el acceso al mundo de Lívera esté custodiado —asegura. Parece nervioso—. Hay que encontrar a Aisling, ella sabrá qué hacer.

—Dijiste que me ayudarías a buscar a mi madre.

—Después. Ahora lo prioritario es proteger el portal.

—Aisling debería estar en el castillo —digo.

—¡Vamos! No hay tiempo que perder.

Sigo a Soren por calles arrasadas. El seísmo no ha dejado una casa sin tocar. Siento que el corazón se me encoje. El suelo está lleno de escombros que debemos sortear para avanzar. Desde el interior de las edificaciones en ruinas se escuchan llantos y lamentos.

Cada pocos minutos el mundo vuelve a estremecerse. Cuando notamos que el suelo nos desestabiliza, Soren se pega a mi espalda, me abraza por la cintura y levanta un escudo a nuestro alrededor. El campo de poder se extiende hasta nuestros pies y nos despega del suelo, manteniéndonos firmes mientras el resto se derrumba.

Soren me apretuja un poco más cada vez, y me parece que su escudo es más delgado que al principio.

Quiero llorar, pero me obligo a permanecer concentrada. Localizar a Aisling, encontrar a Moira, regresar a casa. Lo repito como un mantra en mi mente cuando la garra helada del miedo me oprime la garganta.

Tardamos un siglo en llegar al castillo. Por suerte, nos encontramos con la guardiana de Somnia nada más entrar al vestíbulo principal.

—¡Salid! —nos ordena—. Esto es una ratonera.

El siguiente seísmo nos alcanza en la plaza, al lado de la fuente. Veo como Aisling se agarra al atrapasueños y crea su propio escudo de protección. Me pregunto si yo también tendré ese poder cuando sea guardiana. Si tuviera la pluma podría defenderme sola.

—Hay que encontrar a Helge y a Danae —dice Aisling cuando el mundo deja de temblar.

Se adelanta y la seguimos, parece tener claro a dónde dirigirse.

Un par de calles y tres movimientos de tierra después, Aisling me tiende la mano.

—Soren se está agotando, ven conmigo Keera, mi escudo todavía puede protegernos a las dos.

Avanzo hacia ella pero el aire se tensa cuando me alejo de Soren y algo me impide seguir moviéndome. Noto un tirón en la muñeca derecha y la marca me pica.

—¿Qué has hecho, Soren? —pregunta la guardiana.

—Solo estaba jugando.

—Deshazlo ahora mismo —ordena Aisling. Toda la dulzura ha desaparecido de su rostro y si no supiera cómo es en realidad, me daría un poco de miedo.

—Una pregunta, por curiosidad, ¿ser una aburrida es una condición indispensable para ser guardiana? —Soren aparenta indolencia, pero está moviendo el brazo como si quisiera desenredar una cuerda. Repite la secuencia dos veces y se para. Veo culpabilidad en su rostro—. Creo que no se puede deshacer hasta que se cumpla el trato.

Aisling inspira y exhala lentamente, parece un intento por controlar la ira. Se gira hacia mí y me hace una pregunta en voz tan baja que apenas puedo escucharla.

—Keera, ¿qué le has pedido a Soren?

—Que me ayudara a encontrar a Moira —digo.

—No pensé que fueran a complicarse tanto las cosas —añade él.

—Ese es tu problema, Soren, que nunca piensas.

Aisling todavía controla su tono de voz, pero temo que en cualquier momento se ponga a dar gritos. Helge y Danae aparecen desde la zona de donde venimos. No pensé que pudiera alegrarme tanto de verlas.

—¡Por fin te encuentro! —exclama Helge hacia la guardiana de Somnia—. Hay que intentar... —Repara en Soren y se calla.

—Está al tanto y se viene con nosotras —aclarar Aisling—. Es una larga historia, no preguntéis.

Helge todavía le echa una mirada despreciativa a Soren, pero no dice nada.

Las tres guardianas echan a andar sin esperarnos.

—¡Menos mal que no le hice caso a Moira! —oigo que dice Helge—. Cerrar el portal sin nuestras llaves sería imposible.

Dejo que Soren se aleje y cuento los pasos que nos separan. Al séptimo noto el tirón y veo que él se para y me espera.

Debería preocuparme estar ligada a un ser mágico, pero en lugar de eso me lo imagino asistiendo conmigo a clase, saliendo a correr juntos. Sacudo la cabeza para borrar esas imágenes. Nada de eso va a pasar porque vamos a encontrar a mi madre y todo volverá a ser normal.

Avanzo hacia él antes de que perdamos a las guardianas de vista.

—¿Van a intentar cerrar el portal? —le pregunto a Soren, como si él tuviera la respuesta—. Pensaba que solo podía hacerse con la pluma.

—En teoría, así es —me contesta—. Pero cualquier intento es mejor que dejar el portal abierto y sin control. Hay muchas criaturas mágicas que están deseando cruzar a tu mundo. Y —añade con una sonrisa pícaro— no todas son tan encantadoras como yo.

Suelto un bufido para no reírme. Un nuevo movimiento de tierra me obliga a abrazarme a él. El

escudo es tan fino ahora que noto el temblor bajo mis pies. Por suerte hemos salido de la ciudad y estamos en campo abierto. Hemos perdido de vista a las guardianas, pero reconozco el paisaje; el portal no está lejos.

Cuando llegamos veo a las guardianas rodeando el acceso a mi mundo. Han conseguido que disminuya su tamaño, pero no consiguen sellarlo.

—Aquí no hacemos nada —dice Soren—. Ven conmigo, tengo un presentimiento.

Lo sigo sin planteármelo siquiera.

Hemos regresado al castillo, pero por un atajo, y estamos en el jardín trasero.

—¿Qué se supone que...?

Noto un movimiento a mi izquierda y veo salir a Alana de entre los árboles. Lleva la pluma en la mano.



Alana

Seguimos avanzando a través del pasadizo que Geodis nos indicó. Madre mía, parece eterno. Hemos dejado atrás la sección del Olvido, como el bibliotecario la llamó, una que no conocía a pesar de las veces que he visitado este lugar y es que, según él mismo, esa parte siempre estuvo sellada.

Ian camina detrás de mí. No ha vuelto a decir nada desde que, de forma incomprensible, topamos con mi primera novela, esa que él debía tirar y sin embargo, guardó.

—Parece que hemos llegado.

Su voz me saca de mis cavilaciones y compruebo que está en lo cierto. Al final del angosto pasillo por el que avanzamos, que parece más bien una gruta, vislumbramos una luz blanca, mucho más potente que la penumbra que nos ha flanqueado el camino hasta aquí.

Me asomo despacio, tratando de asegurarme de que no hay nadie. Supongo que aún siguen buscándonos, pero si no estoy equivocada, podemos llegar a la sala de las llaves sin demasiados problemas. Trato de habituar mis ojos a la luz, mientras empiezo a caminar en dirección a la puerta, que da al jardín posterior.

Como la gran mayoría en este sitio, está abierta, así que Ian y yo salimos fuera y regresamos al verde vivo de la vegetación.

—¿Queda muy lejos de aquí la sala de las llaves? —me pregunta Ian, mientras avanzamos.

—No demasiado. Lo único que espero es que no topemos con nadie, porque...

Me interrumpo al encontrarme de frente con Keera. No puedo creerlo, la acompaña el pelmazo de Soren.

—Por fin damos contigo —me espeta este.

—Llevamos un buen rato buscándoos —interviene Keera, adelantándose unos pocos pasos—. Moira cree que has robado la llave de su reino. La tierra no deja de temblar y todo el mundo está asustado.

Guarda silencio al percatarse de que, efectivamente, sostengo la pluma en mi mano. Me giro, desconcertada ante su relato y busco a Ian con la mirada. Ni él ni yo hemos notado temblor alguno.

—¿Quién... qué demonios está pasando? —me pregunta.

Exhalo todo el aire de mis pulmones.

—Ella es Keera —le digo—. Mi... mi hermana.

Ian frunce el ceño, incrédulo.

—¿Tu hermana? ¿Desde cuándo?

—Desde que mi madre decidió contármelo.

—Joder, es igual que tú.

Hago un mohín porque es lo único que puedo hacer. Ni rebatirlo, ni discutirlo ni estrangularlo. Tiene razón y achaco la forma en la que mira a Keera a la sorpresa y no a otra cosa.

—Él es Ian —murmuro con desgana—, mi...

No digo nada más, pero Keera asiente.

—Un placer —responde ella.

Extiende la mano e Ian se la devuelve ante la incisiva mirada de Soren.

—Lo mismo digo.

Ian sigue mirándola embobado y después sus ojos vuelven a mí, que me aparto, incómoda.

De pronto, la tierra empieza a temblar y los árboles se sacuden, furiosos. Ian se acerca y me

coge de la mano. Sonreiría ante su gesto protector de no ser por lo aterrada que estoy. Aterrada y estupefacta porque Soren sostiene también a Keera, que no hace nada para evitarlo. Y mira que se lo advertí, pero parece que mi hermanita no escucha aunque, por descontado, lo que le pase o deje de pasar no es problema mío y ahora mismo, tengo otras preocupaciones.

—¿Qué está pasando? —pregunto, asustada.

—La verdad es que no estoy seguro —responde Soren—, pero estoy convencido de que tienes buena parte de culpa, Alana Kendrick.

Abro la boca para protestar, pero parte de la fachada del muro que envuelve el jardín se resquebraja por el temblor y se derrumba, levantando una nube de polvo que se acerca como un fantasma. Ian tira de mí, regresando al interior de la biblioteca por la misma puerta por la que salimos. Keera y Soren nos siguen. El embajador de Somnia nos aparta de un empujón para rebasarnos, mientras mi hermanita me dedica una mirada de disculpa.

—Hay que llegar hasta la sala de las llaves y devolverla —dice Soren—, aunque no estoy seguro de que eso vaya a servir para detener esto. ¿De verdad no has hecho nada?

Me detengo e Ian me mira.

—No... no hemos hecho nada —dice él, devolviendo la atención a Soren.

Como si no acabase de dar crédito a la respuesta de Ian, el embajador resopla y sigue avanzando como una embestida sin soltar a Keera.

Para mi sorpresa, llega hasta el acceso que conduce a la sala de los olvidados. La tapia había quedado sellada cuando Ian y yo abandonamos el pasadizo, pero aparentemente Soren conoce su existencia y esta vuelve a abrirse. No puedo creerlo, pero tampoco es momento de formular preguntas.

—¿Adónde vamos? —pregunta Keera.

Noto el temblor en su voz y puedo imaginar lo que ha de suponer esta situación para alguien que ha tenido la gran fortuna de vivir inmersa siempre en una vida normal. Tampoco es que yo esté excesivamente tranquila, pero al menos he lidiado con cosas parecidas. O algo así.

—Por aquí podremos llegar hasta la sala de las llaves evitando los temblores de tierra.

Soren es, probablemente, el más sereno de todos. Supongo que ayuda su condición de ser mágico y tampoco puedo negar que en este momento, agradezco un guía como él, por más insoportable e irritante que pueda resultar normalmente.

—¿Y por qué aquí no tiembla la tierra?

Keera y sus continuos porqués. En todo momento tiene que saber qué ocasiona cada circunstancia, por qué se produce esto o aquello. Dios, a lo mejor no es tan descabellado que se lleve bien con Sorentre. Ambos son irritantes e inoportunos.

Trato de ignorar sus preguntas y sigo caminando de la mano de Ian. Soy la más rezagada del grupo y como consecuencia de las prisas, tropiezo varias veces, dando con mi maltrecha rodilla en el suelo. Ian tira de mí cada vez que eso pasa, pero no ha dicho nada, no se ha quejado. Topo con él cuando él casi topa con Keera que, a su vez, casi topa con Soren.

—¿Qué demonios pasa, Sorentre? —exclamo, furiosa.

—¡Shhhh!

Es su única respuesta. Keera me mira e Ian lo imita, llevándose un dedo sobre el labio:

—¡Shhhh!

Genial. Ver replicadas en mi chico las odiosas actitudes de Sorentre es lo único que le faltaba a mi vida para... Un momento, ¿he dicho «mi chico»? Por favor, que acabe este día.

Soren ha soltado a Keera y avanza unos pocos pasos cuando hemos llegado de regreso a la sección de la biblioteca en la que se guardan los libros olvidados.

—Dijiste que no habías hecho nada —me espeta Soren.

Ian me mira. Él y yo seguimos clavados en el acceso desde el pasadizo.

—Y no hicimos nada —respondo yo, casi indignada.

—¿Ni abrir este libro?

Soren me muestra una novela. «El Hada de Cristal». Solo ahora reparo en que, desde sus páginas amarillentas, emerge un extraño fulgor junto a un humo en forma de espiral que se expande como si fueran los tentáculos de una araña.

—Puede que lo tocásemos un poco —admite Ian.

—Dioses, no puedo creerlo.

Soren vuelve a dejar el libro sobre la mesa ante la atenta mirada de Keera, que se pasea entre el embajador de Somnia, el lugar y yo. Por suerte, no ha vuelto a formular ningún porqué.

—¿Por qué les preguntas eso? —suelta.

Me llevo una mano a la frente, hastiada. Pero Soren no llega a responder. Solo agarra más fuerte a Keera de la mano y la aparta cuando el hilo de humo que abandonaba el libro empieza a tomar forma en la parte posterior de la sala, convirtiéndose en una masa densa y oscura.

Ian recula un paso y yo me sujeto a su brazo, apoyando la boca en su hombro. Mi madre solía decir que es difícil acostumbrarse a la magia y supongo que, una vez más, tenía razón. He vivido toda mi vida atestiguándola y siempre es capaz de asombrarme.

La voluta de humo acaba convertida en una mujer cenicienta y oscura. Es alta y espigada. Camina como si levitase y su cuerpo se desdibuja con cada mínimo movimiento.

—Libéralos.

Su voz es un susurro ronco e inquietante, pero no tengo ni la más remota idea de a qué se refiere. Se ha detenido delante de Keera y Soren. Hasta que yo empiezo a toser, llamando su atención.

Se acerca y, aunque cuesta distinguir las facciones en su rostro de humo, tengo la sensación de que me está escrutando. De pronto, grita y se abalanza encima de mí y de Ian, que caemos al suelo, asustados. El humo empieza a dar vueltas alrededor de la sala, mientras nos cubrimos. Cierro los ojos y solo escucho su risa histérica y un viento atronador que aúlla.

El sobresalto dura apenas unos pocos segundos. Cuando abro los ojos de nuevo, Ian está sentado en el suelo, con la espalda apoyada sobre la pared y el rostro lleno de manchas oscuras, como si acabase de salir de un incendio. Miro mis manos y compruebo que están exactamente iguales. Keera y Soren también han sufrido los efectos del humo, aunque en menor medida.

Ian se pone en pie y tira de mi mano, mientras Soren se acerca a largas zancadas.

—Dame la llave —me exige.

Niego con la cabeza.

—Se la ha llevado —susurro, incrédula aún. Busco en mis manos, en el suelo, entre mi ropa, aunque sé sobradamente que no está porque he percibido la forma extraña e inexplicable en el que la pluma se ha deslizado de mi mano.

—¿Se la ha llevado esa cosa? —pregunta Ian.

—¿Quién era? —interviene Keera, acercándose—. ¿O qué era?

—¿No lo sabes, Alana?

En circunstancias normales no permitiría que Soren me hablase así, pero estoy tan bloqueada por lo sucedido que no acierto más que a mirarlo.

—Alana —me llama Ian, como si tratase de despertarme de mi ensoñación.

—Era un hada, personaje del libro que tocaste con la llave, abriendo la puerta a su mundo. Y ahora se la ha llevado consigo. Estamos metidos en un buen lío. Espera, ¿he dicho estamos? No,

rectifico, estás; estás metida en un buen lío.

—Oye, ¿por qué no cierras ya la boca? —exclama Ian.

Soren lo escruta de arriba a abajo.

—Alana, ¿me explicas qué pinta este aquí? —pregunta después.

—¿Por qué no intentamos tranquilizarnos un poco?

Mira, el primer porqué de Keera con el que estoy de acuerdo.

—Hablemos con Geodis —intervengo por primera vez, algo más recuperada tras el sobresalto—. Él maneja la biblioteca, sabrá qué ha pasado y podrá ayudarnos a recuperar la llave.

—Eso sería genial, de no ser porque estamos aquí encerrados.

Odio que de nuevo sea Soren quien me despierte a la cruda realidad. Pero ¿cómo ha podido ocurrir? Ni el acceso a través del cual llegamos ni aquel otro por el que Ian y yo huimos está ahora abierto y en su lugar, la roca sólida de la pared se extiende como si nunca hubiese habido un pasillo a través de ella.

—¿Qué vamos a hacer, entonces? —pregunta Keera.

Una especie de chirrido hace las veces de respuesta. Nos volvemos los cuatro y observamos que en la pared que queda al otro lado de la gruesa mesa de madera hay un resquicio entreabierto.

—Una puerta —observa Ian.

Pero no llega a dar ni un solo paso cuando la voz de Soren lo interrumpe.

—Ni hablar.

—¿Por qué no? —pregunta Keera.

—Porque esa puerta la ha abierto el hada que escapó del libro y es allí adonde conduce.

—¿La puerta hacia un libro? —solicito saber yo.

—¿Hacia tu libro? —interviene Ian.

Ahora mismo todo son preguntas y dudas sin respuesta. O al menos, no más allá de las que tiene Soren, las cuales, por cierto, no resultan muy alentadoras.

—Un libro escrito por Alana... —murmura Soren—. A saber adónde nos llevaría.

—Pues me temo que ahora mismo no tenemos otra alternativa si queremos salir de aquí.

Que esas palabras, firmes, determinadas y decididas hayan salido de la boca de Keera casi me parece incierto. Pero es así. Me adelanto, resoplando, y eso hace que ella se detenga.

—Es mi libro —le digo—, así que entraré yo en primer lugar.

Keera asiente. A su lado, Soren permanece inmóvil y mudo, lo cual es una destacable novedad, pero no trata de impedírmelo, a pesar de sus recelos iniciales, y yo solo puedo mirar a Ian, que se acerca y me dedica una sonrisa apenas perceptible.

—Te sigo.

Capítulo 14

Keera

Alana se lanza la primera y su chico la sigue casi al instante. Soren me mira.

—Voy a entrar —insisto, un poco para reafirmarme en mi decisión y levanto la mano por la que estoy invisiblemente unida a él—. Y no podemos separarnos.

—Cierto —dice—. En fin, entremos en el perturbado mundo de tu hermana —y desaparece a través de la puerta.

Empiezo a notar el tirón del lazo cuando me dispongo a seguirlo.

Cruzar el umbral es como pasar a través de una pared de gelatina.

Noto una sacudida al salir en el otro lado y pierdo el equilibrio, Soren me sostiene por el codo.

—Veo que tienes problemas para mantener la verticalidad —me dice—. No es que sea un problema, yo prefiero, sin duda, la horizontalidad.

—Soren, céntrate —le gruñe Alana.

Él se cruza de brazos y le lanza una mirada

Frente a nosotros hay cuatro puertas iguales. Grandes hojas de madera maciza y marcos llenos de símbolos que me temo que ninguno sabemos leer.

—Me ha parecido ver al hada atravesar esa puerta —dice Alana señalando la segunda por la izquierda.

—¡Vamos! —dice Ian abriéndola.

Lo vemos atravesar el umbral y desaparecer, el vano desaparece al mismo tiempo y ahora solo queda en su lugar una pared de ladrillo.

Alana se lanza contra el muro, llamándolo.

Soren la aparta con delicadeza. Para mi sorpresa, ella se deja hacer.

—Creo que la única manera de reencontrarnos con él es cruzando nosotros también —le dice—. Escoge una puerta, anda.

Alana asiente en silencio y abre la que le queda más cerca, la que está a la izquierda de la que ha usado Ian.

Da dos pasos dubitativos y la pared se la traga.

—Te toca, preciosa —me dice Soren haciendo un arco en el aire con el brazo—. Escoge puerta.

Entro por la que queda a la derecha de la que ha usado Ian y puedo ver que Soren entra al mismo tiempo por la última de ellas.

La sala en la que nos encontramos es idéntica a la que hemos dejado atrás. Miro a mi espalda, pero no hay puertas, solo la pared lisa.

—¿¡Qué tipo de broma es esta!?! —escucho que dice Alana.

Me parece que su voz es un poco más ronca, pero la gran diferencia está en su cara. Sigue siendo ella, aunque sus rasgos están deformados como lo estarían los de la bruja de un cuento de hadas. Tiene el pelo gris y una verruga en el lado izquierdo de la nariz. Su ropa también ha cambiado, viste una especie de túnica negra.

—Alana, ¿eres tú? ¿Qué demonios te ha pasado? Estás... horrible —le dice Ian, pero sus ojos siguen reflejando amor, puedo verlo cuando se gira hacia mí—. ¿Y tú? Creo que eres mi princesa.

Está claro que Ian se ha convertido en un príncipe. Es la viva imagen del protagonista de esa película que Syra me había llevado a ver el día de mi octavo cumpleaños. Aquella vez que mi abuelo había pillado la gripe y estaba demasiado enfermo para salir de casa.

Lleva unos pantalones granates que le quedan un poco cortos y muestran unos zapatos negros impolutos. Los pantalones tienen una banda dorada que asciende por los laterales de la prenda. La chaqueta tiene unas hombreras horribles con flecos que están unidas entre sí por una especie de cinta dorada. Completa el conjunto un cinturón del mismo color.

Voy a decirle que él tampoco está mucho mejor, pero me fijo en que está llamando mi atención sobre el anillo que lleva en el anular de su mano izquierda; un sello enorme con un símbolo extraño grabado. Entonces alza mi mano izquierda y la pone junto a la suya. Yo llevo un anillo igual... sobre un guante blanco. Que llega hasta una manga abullonada. Bajo la mirada sobre mi cuerpo. El corpiño me aprieta y una cascada de organza se derrama desde mi cintura hasta el suelo. Aquí sobra tela por todas partes.

—¡Soy la maldita Cenicienta!

Al menos sigo llevando mis zapatillas y no dos inútiles zapatos de cristal. Escucho un gruñido a mi espalda. Me giro y veo a un trol llevando las ropas de Soren.

—¡Madre mía! —exclama Alana.

El trol se mira las manos incrédulo.

—¿Por qué él es tan diferente a nosotros?

Me dirijo a Alana, como si ella tuviera todas las respuestas, pero se encoge de hombros.

—Quizá porque él es el único ser mágico —dice—. Supongo que el poder que nos ha hechizado se ha combinado con su propia energía mágica y ha provocado eso. La magia es una mierda —asegura dando una patada en el suelo—. Es impredecible... y una gran putada en general.

—No sé quién soy —me dice el trol.

Agarro sus manos, que todavía están en el aire, frente a sí mismo. La piel es rugosa como la de un rinoceronte.

—Soren. Te llamas Soren —le digo.

Ve una chispa en sus ojos. Todo su cuerpo ha cambiado, pero sus ojos siguen siendo dos nubes de tormenta.

—Te conozco —me dice con esa voz que suena como si su garganta estuviera hecha de papel de lija.

—¡Vamos! —nos insta Alana—. Tenemos que recuperar la llave.

Suelto las manos de Soren cuando empezamos a caminar, pero él emite un quejido y alarga su mano izquierda hacia mí. Puedo leer la súplica en sus ojos. Siento un pinchazo en el corazón y cojo su mano en un apretón fuerte.

Hemos salido de la biblioteca y estamos cruzando un bosque muy parecido al que atravesamos al llegar a Lívera. Solo que estos árboles parecen pintados con acuarelas, como si estuviésemos dentro de una ilustración.

No podemos evitar que nuestro paso se ralentice, ya que ninguno de los cuatro deja de observar cuanto nos rodea, conscientes de estar viviendo algo único.

Donde el bosque ralea vemos el cielo y es un espectáculo que impresiona. Azul acuoso más intenso en unas zonas que en otras. Casi me parece ver las marcas del pincel y la rugosidad del papel detrás del color.

Hay un águila volando en este cielo de cuento. Sigo sus movimientos, absorta en su trayectoria.

—Ahí —grita de pronto Alana—, creo que he visto al hada. —Y echa a correr seguida por Ian.

Intento ir tras ellos, pero Soren no puede seguir el ritmo y no quiero soltar su mano, así que pronto los perdemos de vista. El vestido me entorpece muchísimo y protesto tironeando de la tela intentando rasgar alguna costura.

Creo que Soren piensa que estoy protestando al haber perdido a nuestros compañeros por su culpa porque aprieta mi mano y me pide perdón.

—No, no es culpa tuya —le digo y giro hacia él.

Reparo en una escena que está sucediendo a unos metros tras su espalda. Veo una zona de tierra de labranza e, inclinada sobre un surco, a la mujer más hermosa del mundo.

Camino hacia allí como en un trance. Hay en ella un resplandor que me está llamando, como si quisiera compartir conmigo un secreto. Cuando llego a su lado un olor terroso me inunda la nariz. Está dejando, con amor, unas semillas sobre la tierra. En cuanto la semilla toca el suelo, brota una azucena blanca. Me inclino y acaricio sus pétalos, que son suaves como el manto de un cachorro de labrador retriever.

Oigo a la muchacha suspirar, como si le hubiera dedicado la caricia a ella en lugar de a esta flor.

Me incorporo de nuevo. Me está mirando y me sonrío. Siento que el corazón me va a explotar en el pecho.

—Te he estado esperando —me dice la muchacha.

Sigo el movimiento de esos labios tiernos y me pregunto a qué sabrán. Estoy dando un paso hacia ella cuando siento unos dedos rugosos entrelazándose con los míos. Me giro y veo un ser abominable. Las proporciones de su cuerpo no acaban de estar bien, sus piernas son más cortas de lo que deberían y sus brazos, enormes. Los colmillos le sobresalen de la boca y sus ojos... Sus ojos son grises, del color de la luz de la luna cuando se refleja en un estanque.

—Di mi nombre —me pide el ser—. Quiero oírlo.

Mis ojos están anclados en los suyos. Me sostiene la otra mano y noto una fuente de calor que nace donde nuestra piel está en contacto e irradia energía al resto de mi cuerpo. No puedo apartar la mirada de esos ojos.

—Soren —susurro—. Te llamas Soren.

Siento el mundo rompiéndose a mi alrededor. Parpadeo rápido y miro a ambos lados. La campesina está llorando. Es muy hermosa, pero ya no veo ese halo de luz solar rodeando su cuerpo.

—Te amo —me dice, y alarga sus manos hacia mí.

Doy un salto de manera inconsciente acercándome más a Soren. Niego con la cabeza, libero mi mano izquierda para subirme un poco la falda y caminamos alejándonos de la muchacha.

No voy a volver a soltar la mano de mi compañero.

Alana

—Esto es una locura —exclama Ian. Se inclina hacia adelante y apoya las manos sobre sus rodillas, tratando de recuperar el aliento.

Solo entonces me doy cuenta de que Keera y Soren no están. Genial.

—Vamos, Ian. El hada solo puede haber ido allí.

Señalo con la barbilla una muralla de piedra no demasiado alta que envuelve lo que ha de ser una aldea o algo por el estilo. No parece excesivamente grande y, fuera de su perímetro todo cuanto se ve es campo, montañas y cielo. Nada más. Si nuestra escurridiza *amiga* hubiera huido por allí la veríamos. Pero lo más lógico es que se haya escondido en la aldea.

—Es un hada, Ala. —La voz de Ian recupera mi atención—. Puede volar o desaparecer o yo qué sé.

—Es un hada, Ian, pero la creé yo y si te acordases de la historia sabrías que...

—No tiene poder —me interrumpe.

Lo miro y bajo la cabeza rápidamente, esperando que la horrible melena blanca con la que me ha obsequiado mi entrada en este mundo de locura cubra el rostro desfigurado del que soy dueña. Me muero de vergüenza ante el hecho de que Ian me vea así porque lo cierto es que él está tan guapo como siempre. Por un momento zozobro en la teoría de si este no será el modo en el que veo las cosas fuera de aquí: Ian, el príncipe guapísimo, el chico perfecto. Y Alana, la que siempre mete la pata, la que se equivoca. La bruja del cuento. ¿Qué sentido tiene todo esto?

—Es increíble que tengas una hermana gemela —dice él, como si hablase para sí. Se ha agachado junto a una roca y mira al suelo, ajeno seguramente a mis desvaríos.

¿Está pensando en Keera? La chica es igual que yo, eso está claro, pero al mismo tiempo parece más cuerda y más dulce y más... Me callo. Lo único que me faltaba es empezar a cubrirla de virtudes mientras yo me hundo en el lodo.

—Dos Alanas, ¿no? —respondo con ironía—. Lo que faltaba.

Ahora sí me mira y yo esbozo algo parecido a una sonrisa.

—No son dos Alanas. Ella es Keera.

—La princesa del cuento —apostillo—. Ahora te resultará muy fácil distinguirnos.

—¿Y crees que antes no?

Sigo esquivando el peso de sus ojos verdes. A veces me asusta todo lo que soy capaz de ver a través de ellos, como dos estanques de agua transparente que me dan una visión de mí misma que yo no tengo y que me gusta.

—Bueno, somos iguales, pero ella...

—No sois iguales. Es decir, sois gemelas, sí lo sois. —Se pone en pie—, pero me resultaría imposible confundirte con ella y no hablo de ahora, sino de siempre, de cualquier momento.

—Mi mal humor me delataría, ¿no? —respondo con una risa nerviosa impropia de mí.

—Sí, también.

—También. ¿Algo más?

—¿Lo preguntas en serio? ¡Todo! Tu fuerza, tu determinación, tu carácter impulsivo y alocado, tu nobleza, tu generosidad, tus gestos, tus manías. —Guarda silencio—. La forma en la que me miras —añade—. No sé cómo es ella, pero... Joder, te distinguiría en las mil cosas de ti que me encantan.

Se sienta sobre la roca ante mi silencio. Dios, no sé qué decir. Le doy la espalda y tomo aire.

Desde que nos separamos y nos reencontramos, ha sido él todo el tiempo el que ha hecho guiños a lo nuestro. De algún modo, yo me siento indigna de intentar recuperar lo que rompí, pero me giro y lo suelto, sin más:

—Te quiero.

—Oh, preciosa declaración, pero yo a ti no.

Incrédula, pasmada, anonadada, petrificada. Podría estar días enumerando cómo me siento ahora mismo al tener frente a mí al horrendo trol en el que Soren se ha convertido en lugar de tener a mi principesco exnovio, del que no hay ni rastro.

—¿Dónde está Ian?

—No lo sé, como tampoco sé dónde está Keera ni por qué el nexo mágico que manteníamos se ha roto pero algo me dice que hay que encontrar a tu hada para saberlo, así que muévete, bruja malvada.

Me agarra del brazo y tira de mí, mientras yo me giro y trato de localizar algún rastro de Ian. Estaba ahí sentado y no... ¡Mierda! El Valle de las Piedras. Debías tener cuidado con dónde pisabas porque hacerlo sobre una roca podía llevarte a cualquier parte. E Ian se había sentado sobre una. ¿Cómo demonios he podido olvidarlo? ¿Cómo he podido dejar que posara su bonito culo sobre una de ellas sin más?

Me zafó del agarre de Soren que, probablemente no trataba de ser fuerte —o sí—, pero que, de un modo u otro, me estaba cortando la circulación.

—¿Adónde pretendes ir con esa pinta? —espeto.

—Oh, la preciosa bruja quiere hablar de pintas.

Me llevo las manos a la cara. Nunca pensé que tendría que defenderme de tales ataques, aunque tampoco creí que pudiera arremeter contra Soren por su apariencia física. Es un zopenco, pesado, vanidoso y estirado, pero no es feo. Eso se lo concedo. O no lo era.

—A ver, bruja piruja —me dice—, este es tu libro, así que has de saber dónde podemos encontrar a Keera y al chico, así como al hada. Solucionar esto es importante, ¿sabes?

—Vale, déjame pensar. Ian ha de haber desaparecido por la piedra sobre la que se sentó y Keera... ¿qué demonios hacíais?

Soren se rasca la cabeza. ¿O es el cuello? Joder, descifrar sus facciones ahora mismo me resulta imposible. Parece que le costase hablar.

—Topamos con una muchacha, una campesina —dice al fin—. Hablaban como si se hubieran enamorado. ¿Has hecho que se prende de una chica para que no me haga caso a mí?

—¿A ti? Yo no... Yo no he hecho nada, al menos no conscientemente.

—Me has convertido en un engendro.

—Yo tampoco soy el sumun de la hermosura, si te sirve de algo.

—Ya veo...

Soren coloca sus larguísimos brazos en jarra y la postura me parecería cómica si no me acuciasen tantos problemas y preocupaciones en este momento.

—De acuerdo —concluyo—, la taberna.

—¿Quieres ir a tomar algo conmigo? Lo siento, villana, pero debo rechazar tu invitación.

—¡No quiero tomar nada contigo! La taberna es un lugar de encuentro. Reuní a varios seres de distintas razas ahí. No deberíamos llamar la atención. O no demasiado.

—¿Y qué encontraremos allí?

—Información, si estoy en lo cierto. Vamos.

Cuando regreso a la mesa, me encuentro a un Soren sumido en su novedoso aire taciturno, con la mirada clavada en el vaso de agua que ha pedido y que sigue intacto. Yo llevo ya tres, bien cargaditos de gas.

—No sé lo que pasa —le digo, mientras tomo asiento—. Nada es como lo recuerdo. Todo el mundo aquí es hostil o antipático.

—A lo mejor se han contagiado del carácter de la autora.

Lo miro.

—Me congratula comprobar que tu sentido del humor continúa intacto, ya que otras cosas no.

Las horrendas facciones de Soren se contraen en una mueca tétrica. ¿Está sonriendo? ¿O llora?

—Todo el mundo me mira —confiesa, hundido—. Y no es que antes no lo hicieran, pero evidentemente mis atracciones eran otras. ¿Qué has averiguado?

—Nada, ya te lo he dicho. Todo el mundo es reacio a hablar, pero la novela que yo escribí no era así. Está pasando algo, Soren.

—Supongo que el hada cleptómana tendrá algo que ver. Y hay algo más.

Lo miro sin preguntar.

—Cuando estoy con Keera es como si, a ratos, olvidase quién soy. Y de algún modo ella me lo recordase.

—¿El conflicto entre magias?

—¿Conflicto?

Soren se inclina hacia adelante y yo, hacia atrás, evitando su cercanía.

—Mi madre me explicaba que la confrontación de dos poderes desembocaba en ese tipo de conflictos o irregularidades, por así decirlo. Recuerdo que un día me llevó a entrenar al lago de Miralla. Pensamos que no había nadie y llevó a cabo un hechizo en el agua, pero había un enano de Somnia buceando y la magia de mi madre lo atrapó de lleno. Pasó una semana pensando que era un salmón.

Soren se cubre los ojos con sus manazas.

—Qué bien... —murmura con ironía.

—Eres un ser mágico. ¿No se supone que deberías saber todo esto?

—Conozco los problemas derivados de la confrontación entre magias, pero no pensé que esto tuviera algo que ver.

Soren suspira profundamente y por momentos, me compadezco de él. Si me hubieran dicho alguna vez que tomaría algo en una taberna con Soren de Keigaard, me habría muerto de la risa o tal vez me hubiera ahogado en mis propias lágrimas.

Me levanto de la silla y le ofrezco la mano.

—Vamos, Soren, hay que moverse.

Me mira y me estremezco. Me va a costar acostumbrarme a su nuevo aspecto. Camino hasta la puerta, esquivando la presencia de todo tipo de extrañas criaturas: elfos, hadas, duendes... He visto cosas increíbles a lo largo de mi vida, pero no puedo dejar de maravillarme ante estos seres porque esta vez todos tienen algo especial: yo los creé, están aquí por mí y... Me vuelvo como un resorte cuando escucho un golpe seco que ha hecho retumbar hasta el suelo.

Dios, es Soren. Su puño permanece cerrado sobre la barra y sobre unos cuantos cristales rotos. Hay furia en sus ojos y el tabernero, un rechoncho duende de piel pálida y orejas puntiagudas, lo mira con los ojos desorbitados. Me acerco, temerosa. ¿Puede haber perdido de nuevo la noción de quién es?

—Soren...

Me mira fugazmente y devuelve sus furibundos ojos al tabernero, cuyo espeso bigote tiembla sobre su boca.

—Si no me das la información que preciso, atente a las consecuencias, duende inmundo.

Su voz es como un trueno en la cumbre, retumba.

—Pasó... pasó por aquí hace escasos minutos —musita la voz temblorosa del duende—. Se dirigía al Bosque Decadente. No sé más.

Soren se aparta y abandona la taberna entre rumores y habladurías. Todos están asustados y no es para menos. Le dedico al duende una mirada de disculpa y salgo corriendo detrás del trol.

—¿A qué ha venido eso? —exclamo, incrédula aún.

—Supongo que de algo tenía que servirme esta... esto. Ha hablado, ¿no?

Soren me mira y pestañea. Yo permanezco con la boca abierta y no sé qué quiero hacer: darle las gracias, recriminarle lo que ha hecho o ponerme a gritar. Como sea, el caso es que tiene razón.

—No puedes ir tratando a la gente de ese modo.

No sabía qué decirle, pero no puedo perder la ocasión de espetarle un reproche a Sorentre. Y ahora me siento mucho mejor.

—Ya, claro. Bueno, ¿dónde está ese bosque? ¿Se te ocurre por qué el hada querría ir allí?

—No. El hada de cristal no tenía nada que ver con esto. Es como si toda la novela estuviera fuera de control. Fuera de mi control.

Soren suspira, o eso creo. Su respiración es como un viento ronco que sopla en algún tipo de angosto desfiladero, como si arrastrase un montón de tierra seca a su paso.

—¿Sabes, al menos, dónde está? —me pregunta.

—Creo que sí.

—Pues vamos.

—¿No te preocupan Keera e Ian?

—Keera es una guardiana. Puede que aún esté algo perdida, pero la magia es algo innato y sabrá utilizarla si la precisa.

—Ya, pero Ian no es ningún mago ni guardián ni nada de eso. Solo es mi... es un chico normal y corriente.

—Tú lo has dicho, es un chico normal y corriente. No debiste haberlo traído.

Creí que mi día no podía empeorar, pero sí, puede hacerlo si Sorentre de Keigaard, reencarnado en un horrible trol metomentodo, sigue diciéndome qué debería o no hacer con mi vida.

—Soren, será mejor que cierres el pico y empecemos a caminar. El bosque no está cerca.

Empiezo a andar y me giro al cabo de unos pocos pasos, cuando detecto que el señor embajador de Somnia no lo hace.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto, molesta.

—No es ningún mago ni nada de eso, pero seguro que sabe cuidarse.

Alzo una ceja. ¿Con cuántos milagros voy a encontrarme aquí? Soren es más feo que nunca, de acuerdo —como yo, en eso también estamos de acuerdo—, pero ¿acaso está tratando de ofrecerme consuelo?

—Gracias —murmuro. No sé si haya llegado a oírlo.

—Al fin y al cabo salió contigo, ¿no? Ha de saber cuidarse.

Me rebasa y sonrío, al tiempo que niego con la cabeza. Es un zopenco, pedante, estirado y engreído. Pero el destino, el karma, el universo o quién sabe qué ha querido juntarnos en esto. Y supongo que podría ser peor.

—Soren, espera.

Keera

Hay una extraña roca plana en el suelo bajo mis pies. Bajo la vista para observarla con más atención y cuando vuelvo a mirar al frente el paisaje ha cambiado.

Ian y yo estamos en lo que parece el patio de un castillo, rodeados de una muralla que parece impenetrable.

—¿Qué demonios...?

—El Valle de las Piedras, ¡claro! Pisar una roca allí te puede llevar a cualquier parte — explica Ian—. Quizá no estemos lejos. ¡Soren! ¡Alana! —grita mientras sus manos golpean la superficie incomprensiblemente lisa.

Me uno a sus gritos mientras sigo el recorrido de la muralla porque no sé qué más hacer. No he sentido el tirón en la muñeca al separarme de Soren. Quizá en este mundo no funciona el hechizo.

Veo que el muro de piedra une al castillo en lo que parece el acceso a la edificación.

—Es inútil tratar de salir de aquí, Ian, tenemos que buscar la manera de entrar en el castillo.

Asiente en silencio. Me da miedo mirarle las manos.

Seguimos el muro de piedra del castillo girando hacia la izquierda, inspeccionando pared y suelo con cuidado.

En la parte trasera de la edificación una pequeña torre dibuja una sombra alargada sobre nosotros. La marca me pica. Repaso esa zona con más detenimiento, tanto, que Ian se me adelanta.

Después de un buen rato me encuentro de nuevo con él en la zona donde el castillo se fusiona con la muralla.

—Nada —me dice Ian—. Es una mole impenetrable.

—He sentido la magia en la parte de atrás, pero no he podido identificar de dónde provenía.

—Volvamos. Es la única pista que tenemos ahora mismo.

Regresamos al lugar donde la torre sombrea el muro. Vuelvo a tocar las mismas piedras que ya toqué, vuelvo a rebuscar entre la hierba como ya lo hice. Ian va tras de mí, sé que ninguno de los dos nos estamos permitiendo perder la esperanza.

Me detengo frente a la torre, dando la espalda a la edificación. La marca me pica tanto que me cuesta no rascarme.

—¿Y si el torreón es la entrada? —dice Ian a mi lado.

—Lo estaba pensando —confieso.

Nos acercamos con cautela.

Llamarla torreón parece una exageración, pues se trata de un pequeña torre de dos pisos de altura. No tiene puerta, solo un vano por el que se atisba una escalera de caracol. No parece que haya sitio para mucho más ahí dentro.

Creo que ambos estamos pensando lo mismo; demasiado fácil. Sin embargo, nos hemos quedado sin opciones, así que avanzamos hasta allí y me dispongo a entrar.

Ian me para con suavidad poniendo una mano en mi hombro.

—Voy yo primero.

Entra y comienza a subir escalones con decisión.

—No veo nada raro —dice alzando la voz para que lo escuche.

Me dispongo a seguir sus pasos.

La falda de mi vestido se comprime al entrar en el angosto espacio. Las piedras de la construcción parecen pintadas con cera. Me apoyo en la pared para no marearme de tanto girar y

casi espero sentir el tacto del papel sobre las yemas de mis dedos. Obviamente la vista me engaña, la pared es tan firme como el suelo que piso.

—Aquí no hay nada —exclama Ian, y sé que ha llegado a las almenas.

Aumento el ritmo en el último tramo, resistiéndome a creer que esto sea de nuevo un camino sin salida.

Efectivamente, allí arriba no hay más que unas vistas espectaculares. Deslizo la mano sobre el remate del muro, esperando que la marca me diga cuál es el siguiente paso. Quiero pensar que no hemos subido en balde.

Aunque la marca no ha dejado de picarme desde que entramos en la torre, en la zona donde esta edificación crea una sombra sobre el castillo me pica un poco más de lo normal.

Observo el vacío frente a mí dándole vueltas a una idea.

—¿Y si los ojos nos engañan una vez más? —pregunto al aire.

—¿Cómo dices?

Está claro que Ian no está siguiendo mi línea de pensamiento.

Arranco un trozo de tul de mi falda, lo paso entre dos almenas y lo dejo caer.

En lugar de acabar en el suelo se queda suspendido en el aire, la tela acomodándose a una forma plana, como si estuviera cubriendo una tabla. O un puente.

—¿Confías en mí? —le pregunto a Ian.

Él está mirando con los ojos muy abiertos el trozo de tela posado en el aire, pero regresa su mirada verde sobre mí.

—Si te pareces en lo más mínimo a Alana, sí, creo que puedo confiar en ti.

Me encaramo al muro antes de que pueda pararme y pongo un pie sobre la tela sin pensarlo demasiado. Encuentro firmeza, así que poso el segundo pie con seguridad y avanzo.

Siento a Ian detrás de mí. El puente es lo suficientemente ancho como para no tener que hacer equilibrios. Aun así, avanzamos con cautela. Yo intento no mirar abajo.

Cuando llegamos al final de la tela arranco otro pedazo de mi falda y repito la operación. Atravesamos ese otro fragmento de puente en silencio. Veo que la trayectoria que llevamos nos encamina directos a una ventana, lo que es un alivio.

Tengo que repetir la operación cinco veces más para poder alcanzar el castillo, pero no es un problema, esta falda tiene tela para diez puentes como este.

Me inclino sobre la ventana para forzarla, pero solo encuentro vacío. De nuevo la vista resulta engañosa. Me desestabilizo y manoteo buscando inútilmente algo a lo que asirme, siento que pierdo pie y me aterra salir de la seguridad del puente.

Los fuertes brazos de Ian me sostienen por la cintura y recupero el equilibrio.

Me viene a la mente de manera absurda la broma de Soren sobre la verticalidad y suelto una carcajada nerviosa.

Ian me libera y me siento sobre el alféizar para saltar hacia abajo.

Doy un rápido repaso al lugar donde nos encontramos mientras él llega hasta mí.

Se trata de un pasillo ancho desde el que se abren multitud de puertas. Aunque me encantaría investigarlas una por una, ahora no hay tiempo para eso.

Lo siento resoplando a mi lado.

—Gracias —le digo.

Él le resta importancia con un gesto de la mano y mira a nuestro alrededor.

—¿Y ahora qué?

—Está claro que tenemos que bajar. —Miro hacia un lado y otro del pasillo, pero no veo nada que me indique donde hay una escalera—. ¿Derecha o izquierda?

Ian se encoge de hombros antes de contestar.

—Izquierda.

Echamos a andar hacia el final del pasillo. El destrozo que le he hecho al vestido me permite moverme con algo más de comodidad. La marca no ha dejado de molestarme desde que entramos aquí, como si todo el castillo estuviera imbuido de magia. No puedo evitar preguntarme cómo estarán nuestros compañeros.

Al final del corredor un recodo nos lleva hacia la derecha y nos encontramos de frente con un tramo de escaleras que desciende una planta.

—¡Por fin un poco de suerte! —exclama Ian.

Empieza a bajar los escalones de dos en dos y me apresuro a seguirlo.

Me pregunto si habrá un cañón de escaleras que nos lleve directos hacia abajo o si tendremos que ir avanzando así, de piso en piso.

Las escaleras mueren en una especie de galería de arte. El corredor está bastante oscuro y ambas paredes están repletas de cuadros.

Ian avanza unos pasos, pero hago que se detenga asiéndole el brazo.

—Presiento que algo no va bien —susurro.

Él me mira. Estamos ante los dos primeros cuadros de la galería, dos escenas de caza. En el resto puedo ver algunas escenas de batallas y otras más bucólicas como meriendas campestres o bosques.

Se empieza a escuchar una vibración. Leve al principio, pero que aumenta rápidamente de nivel.

—¿Qué es eso? —pregunta Ian.

No llego a contestar. Los dos nos damos cuenta al mismo tiempo de lo que está pasando. Los marcos se están moviendo, chocando una y otra vez contra la pared en una sinfonía desacompañada.

Un par de metros adelante, una figura sale expulsada de un cuadro. Puedo verlo tal y como aparecía en la pintura, como si estuviera dibujado al óleo en el mismo aire, pero tan corpóreo como yo misma.

Es un soldado que porta una lanza. Se pone en posición de ataque frente a nosotros. Ian me empuja tras él y retrocedemos unos pasos.

El resto de cuadros comienzan a expulsar también a sus personajes, como si las vibraciones los lanzaran fuera de las telas. Hay cazadores y soldados, pero también mujeres con vestidos similares al mío.

El pasillo está ahora lleno de gente y los cuadros se han detenido. Se hace el silencio durante unos segundos.

Nos giramos lentamente para regresar por donde hemos venido, pero las escaleras ya no están. Frente a nosotros se levanta una pared sólida. No hay escapatoria.

Escucho un silbido y una lanza se clava en el muro, justo entre nuestras cabezas.

Nos volvemos con brusquedad. Alguien lanza un chillido y se desata el caos.

Tres cazadores nos apuntan con escopetas y varias mujeres nos amenazan con piedras. Ian intenta coger la lanza clavada en la pared, pero se deshace en sus manos dejándolas manchadas de pintura.

La turba de figuras resulta inquietante, pero no parecen poder salir de la línea que marcan los dos primeros cuadros.

Estamos bloqueados. No podemos avanzar, no podemos retroceder.

Oigo el sonido de los disparos y los siento impactar contra mi abdomen como si fueran reales.

Una humedad me baja por la falda. Llevo las manos a la zona herida pero solo es pintura.

Duele, pero no me matará.

Ian ha podido arrancar uno de los marcos de la pared. Lo destroza contra su muslo izquierdo y consigue dos trozos de madera con algo de punta. Armado con esa defensa improvisada se lanza contra la primera línea de figuras.

La escena es alucinante, si no estuviera tan asustada creo que incluso la disfrutaría. Ian reparte estocadas a diestro y siniestro. La madera arranca trozos de pintura de las figuras. En algunas zonas se emborrona y en otras desaparece, pero nadie cae. No hay manera de matar algo que no está vivo realmente.

Intento esquivar los objetos que nos lanzan; cestas de mimbre, piedras, pequeñas dagas. Se desparraman al contacto con el suelo, pero si me alcanzan en el cuerpo golpean con la fuerza de un elemento real.

Ian ha conseguido hacerlos retroceder un poco. Avanzo para hacerme con el segundo de los cuadros con intención de imitarlo, pero cuando consigo descolgarlo, una mujer se lanza contra mí y no puedo hacer otra cosa que chillar y protegerme encogida tras el marco.

La figura choca contra la tela y es absorbida por ella. Confusa, giro el marco y observo la escena pintada; la mujer está situada en medio de la escena de caza, con su vestido pomposo y los coloretos en su cara, como si siempre hubiera pertenecido a esa pintura.

—Ian, —le grito—. ¡Mira!

Cargo contra dos soldados que están al lado del siguiente cuadro, ambos se incorporan a la escena de caza, flanqueando a la mujer.

Mi compañero ha entendido cuál es la solución, descuelga el cuadro que le queda más cerca y se lanza a meter gente dentro.

Un tiempo indefinido después, ambos hemos llegado al final del corredor. Respiro con agitación y estoy sudando, pero no quedan figuras fuera de nuestros cuadros.

Ian descuelga un marco vacío y cuelga con cuidado el suyo, esmerándose en que quede recto. Yo dejo caer el mío contra la pared porque estoy demasiado agotada para seguir sosteniéndolo.

—Un cuadro destrozado, veintiuno vacíos y dos repletos de gente con cero coherencia —dice Ian—. Ha sido una acción artística provechosa.

Lo miro unos segundos. Su traje hortera está lleno de chorretones de pintura. El cuadro que le sirvió de escudo está lleno de figuras fuera de contexto, como si un niño se hubiera dedicado a recortar personajes de cuadros famosos y pegarlos juntos en un proyecto escolar fallido.

No sé si son los nervios o lo absurdo de la situación, pero no puedo evitar reírme a carcajadas.

Ian me secunda al instante y soltamos el lastre de la tensión acumulada.

Alana

Supuse que podría ser peor, y efectivamente, podía ser peor: Soren no tiene ni la más remota idea de quién es. Lleva un trecho parloteando idioteces que no comprendo y ajeno a mis puyas. Nunca pensé que lo echaría de menos.

Cuando él se detiene, yo me giro por enésima vez; me angustia la sensación de alejarme de aquella aldea, pero no hemos tenido más opción. Al parecer, los trols son... ¿Cómo era? Ah sí, «bestias cotizadas en el mercado negro de brujería». Así nos lo advirtió una anciana que pretendía vendernos un par de manzanas a precio de oro, y después de algunas miradas recelosas por parte de tipos que parecían cazadores, optamos por desaparecer.

De todos modos, encontrar allí al hada nos resultaría imposible. La aldea es mucho más grande de lo que imaginaba.

El problema es que Ian y Keera siguen sin aparecer, y continuar caminando sin ellos me genera una desazón asfixiante. Tenemos que encontrarlos.

—Tengo hambre.

El trol tiene otros problemas.

—Soren, ahora no podemos pensar en comer —le respondo, mientras lo rebaso.

Nos encontramos en lo alto de un promontorio y tras un pronunciado descenso se alza una espesura inquietante: el Bosque Desolado. Supongo que cuando escribía esta novela no atravesaba la mejor época del mundo y algunos pasajes dan buena muestra de ello. No recuerdo a mi padre porque yo era muy pequeña cuando murió, pero recuerdo que a los catorce años me obsesioné con su figura, preguntaba todos los días y mi madre nunca me daba una respuesta clara sobre lo que le pasó. Eso potenciaba mi enfado y así quedó plasmado en la creación de lugares como este.

Escucho un sonido extraño a mi espalda y cuando me vuelvo, observo a Soren arrancando la corteza de un árbol mientras mastica. Me rasco la frente y contengo las ganas de salir corriendo. Supongo que buena parte de que estemos metidos en este lío es culpa mía, así que le debo a Sorentre un poco de paciencia mientras lo saco de aquí.

—Vamos, Soren, las cortezas de aquel bosque están mucho más ricas —le digo con esfuerzo.

Me mira con los ojos entornados y un trozo de corteza pegado en la barbilla.

—¿Y cómo sé que es cierto?

Extiendo los brazos como si quisiera mostrarme ante él.

—Soy una bruja, ¿no lo ves? Yo le di vida al bosque. Lo conozco como la palma de mi mano.

Traga lo que estaba masticando y se me acerca, aparentemente convencido.

—¿Cómo sé que no me convertirás en un... ? —Suspira—. Vale, supongo que no puedes convertirme en algo peor de lo que ya soy. De acuerdo, iré contigo.

Empieza a caminar y ahora es él quien me rebasa mientras yo lo miro.

No le he mentado, al menos no en todo. Soy una bruja, pero no tengo ni la más remota idea de utilizar poder alguno, si es que acaso lo tuviera. Soy la hija de una guardiana y no puedo hacer magia. ¿Por qué iba a poder hacerla por el mero hecho de ser una bruja?

Exhalo todo el aire de mis pulmones y empiezo a caminar tras los pasos de Soren.

Es curioso. La distancia recorrida desde el promontorio hasta el bosque ha sido mínima y sin embargo, es como si hubiéramos cruzado a otro mundo. El cielo ha adquirido un tono violáceo y las nubes parecen hechas de algodón. La luna redondeada gira en torno a una especie de hilo plateado que asciende en el firmamento sin que pueda atisbarse su fin. Es como si todo fuera el enorme decorado de un teatro o algo por el estilo.

Los árboles son negros y retorcidos. Por momentos tengo la sensación de estar caminando en mitad de un bosque calcinado. Los troncos son gigantescos y en la parte superior, sus ramas más finas se enredan tejiendo una especie de telaraña sobre nuestras cabezas.

A Soren le cuesta más avanzar y va apartando ramas continuamente, partiéndolas a manotazos. Una muestra más de que Soren no es Soren. Él nunca trataría así a la naturaleza; ni siquiera a una tan oscura y sombría. Ahora es un trol; un enorme y horrible trol, y entiendo que no podría avanzar de otro modo, pero a mí su nula sutileza me genera malas sensaciones. Y sin embargo, por cada rama que se quiebra aparecen dos más.

Es como si crecieran por momentos, estrechándose y dificultándonos el paso. Y de pronto estamos encerrados en una jaula de ramas que no nos permiten casi ni movernos. ¿Cómo ha podido pasar esto sin que nos diéramos cuenta?

—No puedo creer que me hayas traído hasta aquí con la promesa de deliciosas cortezas de árbol —farfulla Soren.

—Oh, ilustre embajador de Somnia, ¿estáis de regreso?

Ni siquiera sé cómo me quedan ganas de ironizar. Esto es serio.

Trago saliva y siento la garganta totalmente seca. El hada que huyó de nosotros se acerca caminando lentamente. Su expresión no habla de la joven muchacha que creé: un hada frágil como el cristal en busca de su poder, sino de algo muy diferente. De nuevo vuelvo a tener la sensación de que la novela va por libre.

—Vaya, vaya —dice el hada con una voz dulce y melosa—. Mirad qué tenemos aquí.

Paseo la mirada alrededor del bosque, nerviosa, buscando a los destinatarios de sus palabras, pero no veo a nadie más.

—¿Te gustan los cuentos, Alana? —me pregunta.

—No respondas —murmura Soren. Su voz suena muy cerca de mi oído. Demasiado—. Meterás la pata.

—Déjame entonces que te cuente uno —vuelve a decir ella—. Érase una vez una chica a la que le gustaba escribir. Creaba historias maravillosas dotando de vida a personajes de ensueño: valor, coraje, determinación, ilusión... Un sinfín inagotable de virtudes colmaban a seres que después... caían en el más absoluto olvido.

Frunzo el ceño. No entiendo su juego.

—¿Qué quieres decir? —logro preguntarle.

—Pudiste haber luchado por un poco de atención, ser más perseverante, más tenaz... y por qué no decirlo, más talentosa. Pero decidías rendirte siempre, abandonar, bajar los brazos y guardarnos en un cajón.

—La chica no es el sumun de la perfección —interviene Soren—, eso es evidente, pero hace lo que puede.

—Cállate, Sorentre —mascullo con los dientes apretados—. ¿Qué es lo que quieres?

—Lo que queremos ya no puedes dárnoslo tú. Te creíste la princesa del cuento, pero ahora tienes tu auténtico papel.

—La bruja no le queda mal, pero en cuanto a mí podríamos discutir los flecos de este desafortunado...

—Soren, cállate —repito.

—Te faltan muchas cosas para ser la princesa: dulzura, madurez, raciocinio, templanza... Todo eso lo tiene ella. Y ahora, ella tiene también a su príncipe.

—¿Qué cojones quieres? —espeto sin más, harta de su verborrea.

—Sabía que metería la pata en cuanto abriese la boca —masculla Soren por detrás.

—Demostrarte que a veces los roles están equivocados. —El hada se acerca y a medida que camina, las ramas se apartan—. Que la princesa no es más que una horrible bruja, que el príncipe tiene a su propia dama y que allí donde solo se proyectó oscuridad, ahora puede brillar la luz. Lucharemos por aquello por lo que tú no fuiste capaz.

Da una vuelta sobre sí misma y en torno a su menuda figura se dibuja una espiral de plata que la hace desaparecer. Las motitas caen sobre la tierra negra, diluyéndose, como si el suelo las engullera.

Apoyo la frente sobre una de las ramas que se cruza en horizontal.

—¿Has entendido algo? —me pregunta Soren tras un largo silencio.

Me giro con dificultad y me dedico a mirarlo, mientras él se deja caer en el angosto espacio que tenemos, con la espalda apoyada en las ramas y pose resignada.

—Esto solo va de mal en peor —se lamenta.

—Vamos, Soren, no te rindas.

Me mira y alza una ceja. Supongo que está tan desconcertado como yo, pero por alguna razón las palabras del hada han caído en mí como un mazazo y necesito que alguien aquí se mantenga en pie. «Decidías rendirte siempre, abandonar». «Te faltan muchas cosas para ser la princesa: dulzura, madurez, raciocinio, templanza. Todo eso lo tiene ella. Y ahora, ella tiene también a su príncipe».

Me dejo caer igual que ha hecho Soren.

—¿Crees que están juntos? —pregunto sin mirarlo.

Él sí me mira.

—Si te refieres a estar en el mismo sitio en el mismo momento, no lo sé. Si te refieres a... ya sabes, no.

—¿Por qué no?

—Porque más allá de lo evidente, soy un ser mágico y percibo otras muchas cosas.

Desde que se ha convertido en un trol, discernir expresiones y tonos en su voz se ha tornado más difícil, pero en este caso no me cuesta comprender que está molesto.

—¿Te has colado por Keera, Soren? —pregunto, mientras echo la cabeza hacia atrás.

Se remueve, inquieto y carraspea.

—Me gusta de verdad y ella... No te ofendas, es muy diferente a ti.

—Ya, ella es maravillosa —ironizo—, y yo tengo un carácter endemoniado y no...

—No he dicho eso —me interrumpe—. Solo digo que siendo un horrible trol, Keera me mira igual que lo hacía antes y yo veo más allá de eso y sé lo que siento cuando está cerca y... ¡Cielos, claro que sois muy diferentes! Por eso alguien que esté enamorado de ti no puede estarlo de ella y viceversa. Lo que quiero decir es... O sea, no es que...

Sonrío ante el embrollo de Soren. Sé perfectamente lo que quiere decir, pero me divierte verlo sufrir en su intento por consolarme. La sonrisa, sin embargo, me dura el tiempo que tardo en alzar la mirada y recordar dónde estamos.

—Reescribe la historia.

La voz de Soren recupera mi atención, pero frunzo el ceño, confusa.

—¿Qué quieres decir?

—Que le demuestres a esa pirada que el príncipe puede estar enamorado de la bruja y... ¿por

qué no? La princesa, del trol. Que el Bosque Desolado puede ser el Bosque Alegre o... Feliz o como quieras llamarlo. Sácanos de aquí.

—¿Y cómo hago eso?

—Es tu historia, Alana. ¿De dónde sale una historia, sino de la imaginación? Imagínalo.

Suena tan absurdo... Suena absurdo, pero mi mente hilvana un pensamiento tras otro: Ian salvándose; Keera, liberando a Soren. Un hada malvada y un libro.

—Eso es —le digo a Soren.

Me pongo en pie y él hace lo mismo, aunque las ramas han seguido concediendo espesura a la jaula y no puede erguirse.

—El libro, lo guardé en un cajón. La historia no me parecía digna de ser expuesta.

—Pues mejórala.

—Es tarde. Se ha rebelado. El hada. Quiere cambiar la historia.

—Qué bien.

Cierro los ojos con fuerza y trato de modificar las cosas en mi pensamiento.

Al Bosque Desolado me trajo la tristeza por la muerte de mi padre, por no haber tenido ocasión de conocerlo o de recordarlo, más bien. Cada vez que mi madre me arrastraba a una locura mágica, pensaba en él; no era un ser del mundo fantástico y me gustaba imaginar que me protegería, que intentaría convencer a mi madre para que me dejase en paz. Pero ahora las cosas han cambiado, el tiempo ha pasado y es Keera la que deberá aprender a estar ahí. De una u otra forma, esa hermana que es una total desconocida, me ha traído libertad. ¿Por qué iba a seguir este sitio siendo el Bosque Desolado?

A medida que pienso en todo eso, las ramas empiezan a caerse, como si se hubieran secado y muerto. Aparto las que quedan a manotazos y percibo que no aparecen más y más como antes. Puede que no sea tan difícil, después de todo, si aprendo a plasmar en esta historia la evolución que he experimentado a lo largo de mi vida. Tenía catorce años cuando empecé a escribirla y ahora tengo diecisiete. Ian no estaba y ahora sí está. Keera tampoco.

—Tengo hambre.

Me vuelvo cuando veo a Soren tratando de recoger las ramas de la jaula para comérselas, pero estas se deshacen en su mano convirtiéndose en polvo de una arena fina y suave.

—Soren...

No me hace caso. Los árboles se pulverizan como lo han hecho las ramas y por un momento parece estar lloviendo tierra. Soren emite un gruñido abominable y echa a correr bosque a través con el nada desdeñable detalle de que ya no hay bosque.

—¡Soren! —grito.

Y echo a correr tras él.

Keera

Avanzamos a través de tantos pasillos intentando encontrar otras escaleras que estoy desorientada.

Llegamos a un corredor lleno de estatuas de mármol. Ian y yo nos miramos, sé que estamos pensando lo mismo.

Avanzamos muy juntos y con cautela.

Cuando rebasamos la línea de la segunda figura sin que nada haya pasado me detengo por unos segundos, suspiro aliviada y seguimos.

Casi hemos atravesado la zona, hace calor y siento que necesito romper esta opresiva sensación de silencio que se ha instalado en el ambiente.

Ian se quita la camisa y se la ata a la cintura. Por debajo de la manga de su camiseta puedo ver las enormes líneas de un tatuaje.

—Me gusta tu *tatu* —digo.

Él sonríe, aunque la alegría no llega a sus ojos.

—Pertenece a otra época de mi vida. —Tira de la tela hacia arriba para que pueda verlo mejor—. Una no muy buena.

No sé qué decir. Por suerte, Ian sigue hablando.

—Alana me sacó del pozo. Eso es algo que siempre le deberé.

—En cuanto todo este lío se aclare, voy a tratar de conocerla mejor —aseguro—. Ahora que sé que tengo una hermana, no quiero que desaparezca de mi vida.

—Buena decisión —asiente él—. Ella es especial.

Caminamos un minuto en silencio.

En el siguiente recodo, Ian retoma la conversación de manera desenfadada, como si necesitase quitarse de encima algún pensamiento sobre Alana.

—Bueno, ¿y qué hay entre ese tío raro y tú?

—¿Con Soren? —Estamos avanzando a través de un corredor lleno de espejos. Nuestras figuras se reflejan decenas de veces creando un curioso efecto óptico—. ¿Cómo que qué hay? No hay nada.

Me rasco la muñeca izquierda mientras el recuerdo de unos ojos del color de las nubes de tormenta acude a mi mente.

Ian se detiene y tira de mi brazo para que yo también lo haga.

—Mira, no es que sea un experto en relaciones, pero te aseguro que entre ese estirado y tú hay algo.

Me encaro dispuesta a darle una contestación que corte este diálogo absurdo, pero quedo fascinada por mi reflejo.

Nunca me había visto tan bella. Me brillan los ojos, mi cabello tiene unos tonos morados alucinantes. Los chorretones de pintura que todavía tengo sobre el vestido se han ido escurriendo hacia abajo en líneas perfectas que adornan la tela. La parte de la falda de donde arranqué trozos de organza combinan a la perfección con el lado más abultado, creando un efecto desigual de lo más moderno.

Mi imagen se mueve y aparezco en el siguiente espejo, más bella si cabe que en el primero.

Oigo que alguien dice mi nombre, pero estoy perdida en el brillo de mis pupilas. El negro del iris es como un pozo. Podría colarme dentro. Siento que ahí dentro está la respuesta a todas las

preguntas del mundo.

Un empujón de Ian rompe el hechizo. Parece que me ha hecho un auténtico placaje porque estamos ambos en el suelo, al final del corredor de espejos.

—¿Qué mierda te ha pasado? Estabas catatónica.

—No lo sé... —La marca me arde, pero evito tocarla—. Creo que hay algo mágico en esos espejos.

—¿Crees? —dice burlón.

Repaso mi ropa andrajosa y llena de pintura.

—Sé que estoy horrible y sin embargo, me estaba viendo tan hermosa. —Siento un poco de vergüenza al darme cuenta de que, de alguna forma, me había enamorado de mí misma frente al espejo—. ¿A ti no...? ¿Por qué a ti no te ha afectado?

Ian se encoge de hombros.

—Será porque yo solo me veo guapo cuando Lana me mira.

Nos incorporamos y avanzamos hacia el siguiente tramo de pasillo. Tengo una sensación incómoda en la nuca, como si los espejos me estuvieran llamando. Pongo todo mi esfuerzo en no mirar atrás.

En el siguiente recodo nos espera el tramo de escaleras que buscábamos, la que nos deja en la planta baja de la edificación. Ahora solo nos queda localizar la puerta que nos llevará de regreso al bosque, a reencontrarnos con Alana y Soren.

Aunque supongo que en esta planta también habrá algún tipo de trampa, la anticipación me hace apretar el paso. Miro a través de las ventanas en un intento por orientarme, pero al otro lado de los cristales solo se ve el alto muro que rodea casi todo el edificio.

A mi mente regresan de nuevo los ojos de Soren. Sacudo la cabeza para desprenderme de su recuerdo.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos Alana y tú? —pregunto en un intento por llevar a mi cerebro en otra dirección.

—Nos conocimos hace casi dos años, cuando mi madre empezó a salir con el que es ahora mi padrastro.

—¿Tu padre...? —dejo la frase en el aire para que sea él quien decida qué contar.

—Nos abandonó antes de que yo naciese.

—Vaya. Lo siento.

—Me da igual, no merece que le dedique ni un solo pensamiento. Mi madre ha sido todo para mí, todo lo que necesitaba. —Tira del cuello de su camiseta y me enseña una «A» tatuada en su pectoral, a la altura del corazón—. Se llama Aine.

—Me encantaría conocerla —digo con sinceridad—. ¿Cómo es tu padrastro?

Ian expulsa el aire de golpe y en su cara se dibuja una sonrisa torcida.

—Lo siento, no pretendía ser indiscreta —digo temiendo haber ido demasiado lejos con mis preguntas.

Mi curiosidad innata nunca ha sido una ayuda a la hora de relacionarme con los demás.

—No pasa nada —me tranquiliza él—. Solo... es complicado.

Hago un gesto con la mano en el aire para restarle importancia y me siento en la obligación de contar algo sobre mi familia, después de haberle hecho la ficha a la suya.

—Creo que me interesan tanto las familias de los demás porque la mía nunca ha sido normal.

—Ninguna es normal, Keera —asegura Ian—. ¡Mira!

Hemos llegado frente a la entrada principal. Unas puertas dobles de cristal nos separan del exterior. Sonreímos y las abrimos a la vez, una cada uno, pero en lugar de encontrarnos en el

exterior estamos en un pequeño espacio de unos tres metros cuadrados, frente a otro acceso idéntico al que hemos dejado atrás.

Nos lanzamos sin dudar sobre estas segundas puertas. No se abren. Ian hace uso de la fuerza bruta embistiendo con su hombro derecho, pero no ceden. Parecen hechas de metal en lugar de cristal y madera.

—Volvamos atrás, a ver si podemos encontrar algo con lo que romper los cristales —digo.

—Sí. Buena idea.

Nos giramos para salir por donde habíamos entrado y nos encontramos que el acceso está tan firmemente cerrado como el otro.

—Estamos atrapados —digo poniendo en palabras lo que ya es evidente.

Tras unos segundos de tensa aceptación mi mente se pone a trabajar. Si no podemos salir usando la fuerza, tendremos que usar la lógica.

—A ver —digo intentando recapitular—. Alana creó este mundo. Tú leíste la novela, ¿verdad?

—Sí, pero no recuerdo nada de un castillo lleno de trampas.

—No importa. Aunque las situaciones sean distintas el esquema de pensamiento que subyace es el del autor. Autora en este caso.

—Se me está ocurriendo algo.

—¿Qué?

—Seguramente es una tontería.

—Bueno, no parece que tengamos mucho que perder.

—Pienso —empieza Ian—, que si Ala creó este universo, o sea, lo escribió, quizá podría reescribirlo.

—Supongo que podría, pero Alana no está aquí.

—Cierto, pero no del todo correcto —y añade ladeando la cabeza—. Tenemos una buena parte de Alana aquí.

Voy a decir que no creo que funcione, pero en realidad no tengo ni idea de si podría funcionar o no porque no entiendo cómo funciona este mundo.

—No tengo dónde escribir —digo al final.

—Prueba a narrarlo simplemente.

—Está bien. A ver... Los personajes estaban atrapados en el vestíbulo y la salida se abrió.

—Prosaico, pero... —El suelo empieza a borrarse—. Efectivo.

Los colores se emborronan y desaparecen como si alguien estuviese pasando una goma por la superficie. Me agarro a su brazo de manera inconsciente cuando siento que pierdo pie. En menos de un minuto estamos flotando sobre el vacío.

—¿Y ahora qué? —me encaro con Ian como si él tuviese la respuesta.

—No lo sé, pero está claro que se ha abierto una salida. Quizá deberías ser más específica. Di que salimos o algo así.

—Salimos por la salida.

Ian hace una mueca, como si hubiese comido algo amargo.

—Es horrible, Lana nunca escribiría eso.

—Ya. Es que no soy ella, ¿recuerdas?

—Seguro que puedes hacerlo mejor.

Tomo aire y lo expulso lentamente.

—A ver qué tal esto: la salida es un pasadizo secreto que comunica el interior del castillo con el lugar en el que se hallan ahora mismo Sorentre y Alana.

Comenzamos a desplazarnos en el aire. La negrura nos engulle y aprieta con fuerza el brazo de

Ian.

—No me gusta la oscuridad —digo. Aunque lo que en realidad quiero decir es que me da miedo.

Ian posa su mano sobre la mía y su calidez me reconforta.

Flotamos en la nada durante un tiempo indefinido. Después, comienzo a percibir que nos movemos de manera lateral. La oscuridad se va pintando con los colores del cielo y bajo nosotros se dibuja un césped acuarelado.

Suelto la mano de Ian y tiro de la tela del vestido para no tropezar. Bajo la mirada al suelo cuando siento la firmeza de la tierra bajo mis pies y entonces, una mole verde me embiste arrastrándome unos metros.

—Soren —consigo decir apenas sin aliento—. Yo también me alegro de verte.

Alana

Me detengo, resollando y con el pecho a punto de estallar. ¿Qué demonios le ha pasado a Soren? Arrancó a correr sin más y soy incapaz de seguirle el paso. Ascendo caminando el último tramo de la loma que me lleva hasta lo alto de un promontorio y me detengo, entre fascinada y horrorizada: millas y más millas de un blanco paisaje invernal. Extiendo las manos con las palmas hacia arriba y los suaves copos se posan sobre mi piel. Me vuelvo hacia atrás y el verde de la vegetación se mezcla con el oscuro ceniciento del bosque que hemos abandonado. El contraste es tan drástico que incluso olvido dónde estamos. Aquí todo puede pasar.

Ahueco las manos en torno a mi boca y grito:

—¡Soren!

Mi voz se propaga en un eco multiplicado que desaparece engullido por el cielo blanco. De mi boca se desprende un vaho repentino y empiezo a sentir un frío crudo azotándome como un látigo.

Desciendo con cuidado y reparo en que en mitad de la planicie que se extiende ante mí hay una especie de construcción baja y alargada. La fachada parece construida en hielo y la parte superior es dentada, como la de una torre pero a lo largo de todo su perímetro. Hay un sinfín de ventanas pequeñas que salpican la única planta de la que parece disponer. Y no tengo ni la más mínima idea de qué es o a quién puedo encontrar allí, pero parece evidente que si no me arriesgo a averiguarlo, mi único destino será morir en medio de esta repentina tormenta de nieve.

El viento sopla cortante con más y más fuerza. Y cubro los últimos metros corriendo hasta que alcanzo el umbral de acceso a aquel lugar; no hay puerta y no lo pienso dos veces a la hora de entrar. Una vez allí, apoyo la espalda en la pared y trato de recuperar el aliento. Cuando lo he logrado, giro la cabeza y observo un pasillo oscuro con un recodo que gira a mano izquierda. Me acerco despacio, tanteando la pared con la mano.

—¿Soren?

Escucho un crujido y unos pasos que se acercan. Trago saliva y me detengo. ¿Por qué estoy asustada si se supone que estoy buscando a ese zoque de...?

—¡Ahhhhhh!

El grito que arranca desde mi garganta tiene un tono de voz diferente al mío. Casi había olvidado que soy la jodida bruja del cuento. Pero la inesperada aparición de Ian me lo ha recordado. Se queda clavado en el sitio con las manos alzadas, como si lo estuviera atracando y yo hago un esfuerzo por no abrazarlo.

—Lo siento —me disculpo con un susurro y me llevo la mano al pecho.

—¿Estás bien?

—Sí, creí que eras... el trol. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde estabas?

—¿Qué hago aquí, ni idea. Dónde estaba, con tu hermana.

—¿Estabais juntos?

Claro que sí, Alita, móntale una escena de celos; con tu apariencia de vieja vecina cubierta de gatos y síndrome de Diógenes, seguro que acaba confesándote que te ama solo a ti y que por ella no siente nada.

—Sí. En el sitio más raro del mundo.

—¿Y ya has echado un vistazo aquí?

Lo rebaso y observo lo que hay al otro lado del pasillo. Es una sala cuadrada, enorme e iluminada por haces de luz azulados que parecen emerger del techo.

—Lo cierto es que no. No sé qué demonios ha pasado, pero Keera y yo flotábamos y de pronto... No sé, esto es rarísimo.

Niego con la cabeza mientras camino.

—No sé qué pretende.

—¿Keera?

Ian camina detrás de mí.

—No, el hada. Soren y yo topamos con ella. Está enfadada. Creo que quiere cambiar la historia que escribí porque no llegó a ninguna parte. Está molesta por eso.

—¿Personajes de un libro que se enfadan por no ser un súper ventas o algo así?

Ian se ha detenido al preguntar eso y yo hago lo mismo, mirándolo.

—Algo así.

Una puerta cruje y se abre. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba ahí. Ian me mira y, dado que yo no me muevo, es él quien lo hace. Empuja la hoja que había quedado entreabierta y accedemos a una lóbrega sala donde el tiempo parece haberse detenido. Hay una niña sentada frente a una chimenea apagada y, a lo lejos, una mujer la mira. Es una estampa en blanco y negro.

—Son Berta y Maggie —me dice Ian, tras un largo silencio.

Habla de personajes de la historia, la pequeña que acabó conociendo a un hada y su madre. La habitación se derrumba convertida en un polvo gris y muy fino. Ian y yo reculamos. Cuando el polvo desaparece, no hay rastro del sitio ni de ellas. En su lugar aparece un enorme prado con flores que se iluminan en una noche serena y aterciopelada. Es tan real que parece incierto que lo estemos viviendo dentro de una edificación bajo la nieve y no al aire libre. Incluso sopla una cálida brisa.

—Las Campañas de Dédalo —murmuramos Ian y yo al unísono.

Le dedico una rápida mirada. Odio que esté viéndome con este aspecto, pero más allá de eso, ambos entendemos el juego del hada y de nuevo, la imagen del campo en el que creé su morada, se derrumba también, convirtiéndose en ceniza.

Ante nosotros se yergue, ahora, una tercera escena: una bonita cascada desciende grácilmente sobre el lecho de un río que serpentea hacia el pasillo. Vuelvo a mirar a Ian y él me mira a mí sin decir nada. La Cortina de los Amantes. Así llamé a aquel lugar, donde la princesa y el príncipe se besaban por primera vez. El agua transparente se convierte en ceniza y ese mismo polvo empieza a caer desde las manos de Ian.

—Ala... —musita.

También cae desde sus hombros, desde su pelo. Me revuelvo, desesperada; no sé cómo pararlo, pero si no hago algo, Ian desaparecerá igual que lo han hecho las escenas y personajes anteriores porque el príncipe que creé en un primer momento acabó convirtiéndose en una adaptación de Ian cuando lo conocí. Quise reflejarlo a él y que él se viera reflejado. Y eso lo convierte, de algún modo, en un personaje de esta novela y...

—¡A él no puedes hacerlo desaparecer! —grito, con la mirada en los altos techos blancos, como si pudiera hablar con esa maldita hada—. ¡No es solo un personaje de ficción! ¿Me oyes? Es el chico del que estoy enamorada, es un sentimiento real, no es una fábula, y seguirá siendo así aun cuando las páginas del libro se cierren.

El grito de mi voz se alza sobre el derrumbe y cuando todo cae, Ian sigue ahí, entre la polvareda. Está sucio y aparta las briznas que caen del techo con aspavientos. Yo me llevo las manos a la boca, aliviada y aún con las piernas temblando.

—¿Estás bien? —le pregunto, conteniendo un sollozo y acercándome.

A nuestro alrededor todo es blanco y desde el techo caen, no solo briznas de ceniza, sino copos

de nieve, como debe de estar sucediendo allí fuera.

—Ian...

—Estoy bien... creo.

—Salgamos de aquí.

Abandonamos la sala a través de la misma puerta por la que accedimos. El pasillo, oscuro, continúa en su retorcido trazado y nuestros pasos son lo único que se escucha. Yo avanzo en primer término e Ian me sigue.

—Lo que has dicho en la sala...

Su voz se une a la discreta sinfonía de nuestras huecas pisadas. Esperaba no tener que dar explicaciones por eso, pero es tan ridículo el punto en el que estamos que me hartó de actuar como si no hubiéramos estado juntos hasta hace escasas semanas.

—Lo que he dicho ahí lo sabes de sobra. O eso creo.

—¿Que estás enamorada de mí? —repite con sorna—. No me molesta oírlo de vez en cuando.

—Ya, pues lo has oído, ¿no?

—¿Vamos a seguir prolongando esta absurda situación durante mucho más tiempo?

—Mientras mi cara sea...

Me detengo frente a una encrucijada imposible: tres accesos se abren ante mí, uno a la izquierda; otro, a la derecha y un último, hacia el frente. Es un laberinto, pero sus paredes son espejos y el que nos da la bienvenida nos escupe la imagen de una vieja de pelo blanco y pose encorvada junto al chico más guapo del mundo. El reflejo es tan espeluznante que lo único que puedo hacer es seguir el impulso de huir de él, corriendo hacia adelante.

—¡Ala!

Ignoro el grito de Ian. Es el peor momento del mundo para entrar en crisis, pero no puedo evitarlo. Mientras corro, doblando esquinas, recodos y torciendo continuamente de un lado a otro en la huida más absurda, oigo la voz de Ian, que me llama con insistencia. Y acabo por no saber si estoy huyendo de mí misma o de él.

Tal vez sea una combinación de ambas cosas; no quiero que me vea así. Me siento ridícula hablando de lo que siento por él cuando nadie en su sano juicio correspondería a alguien como lo que soy ahora.

—¿Qué cojones buscas con esto? —bramo, furiosa—. Me conviertes en la jodida bruja, ¿para qué?

Grito al cielo, como si el hada estuviera ahí, pero sobre mi cabeza solo hay un altísimo techo de roca blanca que parece hielo, un palacio de mármol que apresa un reflejo monstruoso.

Llego frente a una pared, la enésima, que me devuelve la horrible imagen de la bruja. Detrás de mí aparece la figura del hada, hermosa y letal al mismo tiempo, fría y distante; alejada, completamente, del ser mágico y dulce que creé en su día. Me volteo, pero detrás de mí no hay nadie. Solo soy capaz de verla en el espejo, y la furia me arrastra a incorporarme y atravesarlo de un puñetazo que me hace sangrar de inmediato.

Caigo de rodillas, temblando y sujetándome la mano. Ian sigue llamándome, pero en este laberinto resulta prácticamente imposible encontrarse.

—No importa cuán hermosa seas si el mundo te disfraza como un monstruo —susurra el hada. Sigue sin estar aquí, pero su imagen se proyecta en cada una de las paredes—. No importa cuánta belleza seas capaz de irradiar si nadie la considera digna de ser mostrada, si te esconden como si fueras una abominación. ¿Cómo lo harás para que vuelvan a verte hermosa, escritora de historias?

Sus palabras me cortan el llanto en seco. Ahora todo es tan evidente que me avergüenza no haber sido capaz de reconocer su juego: por eso soy lo que soy, una bruja cuyo reflejo no puedo

soportar, como tampoco soportaba la escritura de esta vieja historia con tanto por mejorar.

Ahora necesito esconderme como en su día escondí el libro, avergonzada en gran parte de lo que explicaba y, sobre todo, del modo en el que lo hacía. Quiere que padezca lo mismo y es un sentimiento tan horrible que me odio a mí misma por hacer lo que hice.

—Ala, ¿dónde estás? ¿Puedes oírme? —Ian sigue hablando y yo sigo inmóvil, de rodillas frente a un pequeño charco de sangre—. Vamos, no me importa que seas una bruja. Solucionaremos esto, pero tienes que confiar en mí, por favor.

—Mi cara es...

—Tu cara siempre será la más bonita del mundo para mí. Ni tú eres una bruja ni yo un príncipe. Solucionaremos todo este desastre y volveremos a ser lo que siempre hemos sido: Alana e Ian, *highlander* y *banshee*, ¿no? Ala y abismo.

Se me abre una sonrisa en los labios, el mágico efecto que siempre consigue. «¿Cómo lo harás para que vuelvan a verte hermosa, escritora de historias?». Hay alguien que siempre me ha visto así, que siempre me ve así. Me pongo en pie y me enjugo las lágrimas. Algo en mi reflejo es distinto y, junto a las palabras de Ian, generan una mezcla explosiva.

—Ian, estoy aquí.

Me muevo, buscándolo y escucho su voz, también, trasladándose de un punto a otro de este laberíntico lugar.

—He sido una maldita imbécil, pero lo que dije en la sala es lo que siento y lo que te repetiría cada día de mi vida.

—Pues dímelo a la cara, preciosa.

A medida que camino entre las paredes del laberinto sigo viendo cambios; poco a poco dejo de ser la bruja del cuento y empiezo a ser Alana de nuevo; incluso el corte desaparece de mi mano. Nos encontramos, al fin, y lo abrazo con fuerza. Me eleva desde el suelo y me besa en los labios y aunque siga conservando el cabello blanco, me siento la persona más guapa del mundo.

—Revertiremos por completo el efecto —murmura, apartándose un mechón de pelo.

—Siempre hemos sido bichos raros —respondo, sonriendo—. Supongo que en un cuento no podíamos limitarnos a ser el príncipe y la princesa.

—Me pirran las brujas.

—Pues pírrate, príncipe azul, porque la bruja de este cuento aún tiene cosas que hacer.

Capítulo 20

Keera

Cuando me libero del abrazo de Soren, busco a Alana con la mirada.

—¿Dónde está Alana? —Me giro hacia Ian, pero no ha venido conmigo—. ¡No puede ser! Estamos separados otra vez. —Tomo una mano de mi compañero, necesito sentir su rotundidad—. No vayas a desaparecer tú también.

Soren niega con la cabeza. Sus ojos están vidriosos. Veo menos humanidad en él ahora mismo, como si el tiempo que pasamos en este mundo jugase en su contra.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto.

—Me cuesta... —Se señala la cabeza— pensar con claridad.

—No pasa nada. Pronto saldremos de aquí.

Le acaricio el dorso de la mano con el pulgar. Su piel es áspera.

Vuelvo a mirar alrededor con intención de encontrar alguna pista sobre a dónde pueden haber ido Ian y Alana.

Nos encontramos en un paisaje desolado. El suelo está lleno de cenizas, como si aquí hubiera habido un bosque y un incendio lo hubiese devastado.

La marca no me envía ninguna señal, así que empiezo a andar sin ninguna dirección clara, arrastrando a Soren tras de mí.

Avanzamos durante unos minutos a través del paisaje yermo. No se ve el final, pareciera que se extendiese más allá del horizonte, hasta el infinito. El sol está oculto por una niebla fina y la luz tiene un curioso matiz gris.

Me detengo de pronto y Soren casi choca con mi espalda. Me ha parecido escuchar algo.

Aguzo el oído y comienzo a percibirlo al mismo tiempo que la marca me empieza a picar de nuevo. Es un rumor de animales trotando que pronto se convierte en un barullo. O se trata de animales muy grandes o son muchos.

Me pego más a Soren y me mantengo a la expectativa.

Ya veo al primero. Es un animal pequeño, me recuerda mucho a una chinchilla, con esas orejas tan desproporcionadas respecto a su cuerpo.

En cuanto nos ve, se detiene. Está a solo unos pocos metros de nosotros. Su pelo parece muy suave y brilla bajo esta luz cenicienta. Dan ganas de acercarse a acariciarla.

Detrás de ella van llegando más. Se detienen a su lado, sin rebasarla. Son muchas, muchísimas.

La primera en llegar, la que supongo que será la líder, gruñe y nos muestra sus dientes. Están muy afilados y dispuestos en dos hileras, como los de un tiburón.

Soren gruñe en contestación. Siento su pecho vibrar detrás de mí.

El resto de animales contesta imitando el gesto. Creo que es buen momento para empezar a correr, pero Soren me empuja hacia atrás para situarse entre las bestias y yo.

El movimiento es tan brusco que me desestabilizo y caigo, golpeándome la espalda contra una roca.

Parpadeo aturdida unos segundos.

Cuando consigo volver a ponerme en pie, Soren parece que lleva puesto un abrigo de pieles de tantos bichos que se le han subido encima. Se los sacude a manotazos. Los animales se deshacen

en manchas de pintura, como los objetos que los personajes de los cuadros nos tiraban en el castillo, pero por cada uno que cae, dos ocupan su lugar.

Desde aquí no puedo ver el rostro del embajador de Somnia, pero la violencia en sus movimientos me impresiona.

—Está perdiendo su humanidad —dice una voz a mi derecha—. Pronto no quedará nada de él y será un trol para siempre.

El hada de cristal flota a mi lado, manteniéndose a unos centímetros del suelo. Lleva la pluma en la mano derecha.

—En cuanto acabe con ellos te hará lo mismo a ti —me asegura—. Solo que tú no te desharás en trozos de pintura precisamente.

Sonríe y veo sus dientes, tan afilados como los de las bestias.

Me lanzo hacia ella para arrebatársela la pluma, pero es más rápida que yo y se aleja flotando antes de que pueda alcanzarla. Repetimos la maniobra un par de veces. Soy consciente de que podría ascender y ponerse fuera de mi alcance en cualquier momento, pero parece que le divierte jugar conmigo.

—Soren nunca me haría daño —digo intentando distraerla.

El hada ladea la cabeza y me observa.

—No lo conoces, ¿cómo puedes estar tan segura?

Me encojo de hombros.

—Lo sé.

Finjo que necesito atarme las zapatillas y me agacho. Por el rabillo del ojo veo que se acerca.

—¡Qué curiosos sois los seres humanos! Muy curiosos —dice.

Me lanzo hacia adelante intentando atraparla, pero ella hace un giro veloz. Sus alas quedan a mi alcance así que cierro el puño sobre ellas y siento cómo ese trozo se desprende. Abro el puño, el fragmento de ala se deshace en el aire y me deja una sensación extraña en la palma de la mano.

El hada me lanza una mirada furiosa y se aleja veloz. Desisto de seguir persiguiéndola y decido regresar junto a Soren.

Me he alejado mucho y no sé en qué dirección debo caminar. Es imposible tomar referencias visuales en este paisaje infinito de arena y cenizas.

Avanzo a ciegas durante un rato, intentando mantener los nervios bajo control. Tener un ataque de ansiedad ahora no me servirá de nada, pero es la primera vez que me encuentro a solas en este extraño mundo surgido de la imaginación de Alana. Desde que empezó toda esta locura de ser la guardiana no he tenido ni un momento para reflexionar con calma sobre todo lo que eso implica. Decidí que acataría mi destino por el bien de mi madre, pero no sé si tengo la fortaleza suficiente como para soportar esta vida.

Me concentro en encontrar a Soren para no tener que enfrentarme ahora mismo a esa duda.

Escucho un gruñido a lo lejos y avanzo guiada por el sonido.

Cuando al fin lo veo, el espectáculo me conmueve. Está lleno de arañazos. Su piel es tan gruesa que los dientes de las bestias no han logrado traspasarla, pero sus múltiples intentos sí han dejado huella.

Está en cuclillas, mirando al suelo, rodeado de restos de pintura. Borriones de colores pardos en los que no soy capaz de identificar la forma de animal que inicialmente tenían.

Está solo, pero sigue gruñendo, aunque suena casi como un alarido.

Lo llamo desde la lejanía. Alza la vista hacia mí y su lamento se convierte en un grito de furia. Me muestra sus dientes romos y enormes como las bestias lo hicieron antes.

No me dejo amilanar y avanzo.

Sigue gruñendo cuando llego frente a él. Poso mis manos sobre sus codos y las deslizo hacia arriba sobre su piel hasta afianzarlas en sus hombros.

—Soren, te llamas Soren.

Se queda en silencio mirándome fijamente. La tormenta vibra en sus ojos.

Llevo mis palmas sobre sus mejillas y deslizo mis pulgares sobre esa piel gruesa, que arde bajo mi contacto.

Me acerco más, hasta que ya casi no queda espacio entre nuestros cuerpos, me humedezco los labios y los poso sobre los suyos. Están secos. Presiono un poco buscando respuesta mientras llevo mis manos a su nuca.

Siento que sus labios se mueven sobre los míos intentando atrapar mi labio inferior y me aparto con brusquedad.

—Hola, preciosa —me dice burlón, y puedo ver en sus ojos que vuelve a ser el embajador de Somnia—. ¿Por qué paramos en lo más interesante?

Alana

Caminar de la mano de Ian no se parece, remotamente, a ninguna otra sensación que haya experimentado desde que entré en el libro. De pronto, me siento mucho más segura y confiada. No tengo ni la más mínima idea de adónde me llevará el siguiente paso que dé, pero sea cual sea, sé que hay una mano sosteniéndome y que no me va a soltar jamás.

El laberinto ha quedado atrás y ahora caminamos a través de un corredor que se hace cada vez más angosto y oscuro, más asfixiante. Estamos sudando, pero no habíamos dudado hasta llegar a una escalera que desciende. Me detengo, sin soltar la mano de Ian.

—Quizás deberíamos regresar —le digo—. Puede que este no sea el camino.

—¿El camino adónde, Ala? No tenemos ni idea de adónde vamos, así que cualquiera puede ser el camino.

—Ya, pero ¿bajarías ahí?

Me aparto ligeramente para ofrecerle una visión total de la oscura escalera. Nos volvemos hacia atrás y comprobamos que el camino que hemos ido recorriendo se ha difuminado. Ante nosotros hay solo sombras, como un dibujo a carboncillo que no clarifica lo que hay más allá de lo que se quiere mostrar.

—Creo que no nos queda otra opción. Bajo primero.

Extiendo el brazo ante él.

—Es mi libro. Bajo yo.

Me da un beso rápido en los labios.

—Si bajas tú primero, yo te sigo.

Asiento. En cuanto pongo un pie en el primer peldaño se escucha un ruido ensordecedor que hace vibrar todo el lugar. Preguntaría qué es eso, pero Ian sabe lo mismo que yo, así que me repongo del sobresalto y coloco otro pie, y otro. Y bajamos.

Mientras lo hacemos, el sonido y la sacudida vuelven a repetirse. El calor arrecia y el pasillo adquiere un tono rojizo. Hay algo en el suelo, agua, en apariencia, una fina capa que nos hace chapotear en cada paso, pero apenas podemos distinguir nada. El estruendo y el temblor no han dejado de repetirse; primero a un ritmo acompasado que nos ha permitido acostumbrarnos, a poder anticiparnos a ello.

A medida que avanzamos, tengo la sensación de que el ritmo se ralentiza y logramos comprender que lo del suelo no es agua, sino algo oscuro. ¿Tinta, tal vez? Prefiero pensar eso a imaginar que pueda ser sangre.

—Espera un momento.

Ian me detiene.

—¿Qué pasa?

—Escúchalo bien.

«*Po-pom*».

Lo escucho hasta tres veces más antes de emitir mi particular juicio.

—Es como... un latido.

Ian asiente.

—Exacto. Puede que estemos llegando a...

—Al corazón del libro.

—Eso creo.

—¿Pero por qué se ralentiza? ¿Por qué se escucha cada vez más lento?

—¿Puede que esté enfermo de algún modo?

—¿El libro?

—No lo sé, Ala. Todo esto está pasando porque no apostaste por él, ¿no? Dijiste que el hada estaba enfadada porque no hiciste otra cosa con el manuscrito que encerrarlo en un cajón. ¿Se puede morir de abandono? ¿De olvido?

—Joder, si ya me sentía culpable antes, ahora me siento como una completa basura.

—Bueno, parece evidente que tu hada es un poco dramática.

—De acuerdo.

Tomo aire y lo expulso de nuevo, cierro los ojos e intento aclarar mis ideas. He dejado atrás buena parte de la esencia de la bruja, pero aún conservo algo y debe ser algo de lo que pueda obtener provecho. Por otro lado, Ian es un príncipe. Más allá de las metáforas enrevesadas de esa maldita hada, también debe servir de algo.

—Vale —zanjo—, llevamos un buen rato caminando y no parece que estemos cerca de llegar a ninguna parte, pero es evidente que hay que hacerlo hasta el corazón del libro. Esa jodida hada...

—¿Qué te parece si te refieres a ella con un poco de respeto? A lo mejor se enfada menos.

—Esa traviesa hada —rectifico ante la sonrisa de Ian— es, de algún modo, protagonista, así que se trata de llegar hasta su corazón y... la súper persona que puede conseguirlo eres tú, su príncipe azul—. Ian frunce el ceño, desconcertado—. Recuerda que la creé inspirándome en mí. Era un hada sin poder porque así era como yo me sentía; mi madre me arrastraba a mil intentonas para despertar una magia que nunca poseí. Y luego apareciste tú y el príncipe... Bueno, ya sabes.

Ian se rasca la cabeza y escruta la sala.

—Qué bien.

—Déjate llevar, que tu corazón te guíe y todas esas cosas.

—Sí, ya.

Chasca la lengua y me suelta de la mano. Empieza a caminar y yo lo sigo a una distancia prudencial. Alzo la mirada al techo, como si el hada fuese a aparecer volando de pronto, pero no sucede nada.

Avanzamos y caminamos y el tiempo discurre en una eternidad sin que obtengamos resultado alguno. Y estoy a punto de rendirme cuando el rojizo fulgor que desprendía todo en torno a nosotros se vuelve de pronto azulado, frío. El hada está sentada sobre una mecedora que se balancea de forma rítmica. Sus alas caen sobre su espalda como si se tratase de un finísimo chal. Ian me mira y yo permanezco inmóvil.

Por momentos temo que si doy un solo paso y ella me ve, la furia estalle en su interior. En este momento, por contra, parece tan triste... Los latidos que sacudían toda la sala, solo se perciben ahora sobre su pecho. Ian se agacha a su lado y la toma de la mano.

«Es una metáfora», me repito. «Esa tipa no es real. Solo es un personaje y lo has creado tú. No puedes estar celosa por el personaje de un libro que le toquetea la mano a tu chico». Reiría imaginando a mi única neurona cuerda hablándome así. Sí, he dicho cuerda. Reiría de no ser porque el hada e Ian se funden en un profundo abrazo.

Cuando se separan, ella parece más enferma que nunca. Unas ojeras oscuras y profundas surcan sus ojos mientras da cabida a una sonrisa triste. Su cabello cae encrespado hasta su cintura y sus alas siguen tan apagadas como el resto de su cara.

Ian parece embobado con ella, pero yo paseo la mirada a través del resto de la sala y de pronto estamos en la modesta habitación de una casa cualquiera con una extraña salvedad: hay un caldero en medio de ella. Al otro lado, una cama de immaculadas sábanas, perfectamente hecha y sin una

sola arruga en su superficie. A la derecha, se abre una ventana que da a un valle bañado en un verde vivo y brillante.

Camino hasta allí sin que ninguno de los dos me preste atención. La vegetación es abundante y hay flores salpicando la llanura, como si la primavera acabase de arrancar; o al menos era así hasta hace un momento porque las flores empiezan a secarse a una velocidad temeraria y caen de las ramas que ocupaban. Los pájaros huyen en bandadas y el cielo azul empieza a declinar en favor de unas espesas nubes negras que anuncian lluvia.

Cuando miro a Ian, veo que se ha levantado y se dirige hacia aquí.

—Para —exclamo, extendiendo un brazo—. Vuelve con ella.

—¡Me ha abrazado y creo que quiere besarme!

—Hazme caso.

Da dos pasos atrás y recupera su sitio. La coge de la mano y, aun mirándome, confuso, le acaricia la mejilla. El sol asoma de nuevo entre las recias nubes.

—Vale, mantente así. Intenta que esté contenta y... bueno, ella contenta y tú contente. No te emociones, ya sabes.

—No entiendo nada.

—Sé el príncipe que ella quiere. Yo seré la bruja.

Y eso es. Creo que ha llegado la hora de hacer uso de mis súper poderes. Las brujas no son solo seres horribles con gatos negros, escobas, ropa hortera y una verruga en la nariz. Son dueñas de un poder inmenso, capaces de lanzar terroríficas maldiciones o de levantarlas.

Me muevo como una loca a través de la habitación, echando al caldero todo lo que pillo. Un pimiento, arroz, un ratoncito que correteaba sobre la mesa. ¡Dios, qué asco! Me acerco al hada y le corto un mechón de pelo. ¡Al caldero! Me corto yo otro, ¿por qué no?

—Dame algo tuyo —le pido a Ian.

Mira de un lado a otro, como si pensase y acaba por deshacerse del cinturón.

—¿Te vale?

—Sí, supongo.

El hada lo sujeta de la cara y lo mira fijamente.

—¡Ian, no!

—Yo no estoy haciendo nada. ¡Y tú tampoco ahí parada, corre!

—¡Ya voy, hago lo que puedo!

—La pregunta es si tienes idea de...

No acaba la pregunta y cuando lo miro, el hada está besándolo. ¡Joder!

El sol penetra por la ventana con fuerza y tiene sentido porque plasmé mucha tristeza en este libro, mucha frustración. Pero la llegada de Ian a mi vida le concedió luz, paz, ilusión y muchas otras cosas que no me gustaría que el hada pusiera en liza.

Vierto tres botellas que he encontrado sobre un anaquel; ni siquiera sé qué contienen. Lo nuevo todo con un cucharón y el olor es hediondo, pero no pasa nada.

—Falta algo... Falta algo... —murmuro.

Me vuelvo de nuevo y el hada le desabrocha a Ian la camisa.

—Joder, Alana, ¿qué pasa?

—¡Me falta algo, pero no sé qué es!

Palpo mi ropa como si esperase encontrar un objeto milagroso y por los dioses que es mi día de suerte —irónico—. Saco el objeto rectangular que encuentro y entonces me doy cuenta de que es el regalo que Ian me hizo antes de separarnos en la ciudad, con motivo de mi cumpleaños. Nunca llegué a abrirlo.

Lo hago ahora, con rapidez y poca magia. Me hubiera gustado hacerlo de otra forma y ni siquiera sé si lo que hay vaya a servirme, pero el hada trata de meter sus manos bajo la camisa de Ian y como supongo que se enfadaría mucho si le parto la cara aquí mismo, opto por romper el papel de regalo y abrir la caja.

—¡Es un tintero! —exclamo.

—Decías que estabas escribiendo tu última novela a mano —responde él, mientras los labios del hada se pierden por su cuello—. Échalo si hace falta, Alana, por Dios, hiérvelo, haz lo que sea.

Lo dejo caer al caldero y, ahora sí, se produce un estallido. Reculo cuando el caldero empieza a humear y el hada se aparta de Ian como un resorte. Ambos acabamos con la espalda contra la pared.

En estas tensas circunstancias solo soy capaz de reparar en dos cosas: la primera es que mi pelo ha perdido su aspecto canoso y he recuperado mi rubio rojizo habitual. La segunda es que el aspecto enfermizo del hada es historia. Es preciosa, igual que antes y su figura es perfecta, inmaculada. Nos mira, como si acabase de reparar en que estamos aquí, emite un grito atroz y las paredes de la habitación se derrumban, dejándonos en medio de una explanada de nieve y nada. De pronto, el hada no está.

—¿Qué le ha pasado? —murmura Ian, incrédulo aún.

—No sé, pero dime que tienes la pluma.

—¿Qué? ¿Cómo quieres que...?

—¿La manoseas de arriba a abajo y no puedes recuperar la maldita pluma?

—Yo no la he manoseado; ha sido ella quien lo ha hecho conmigo, por si no te has dado cuenta.

Abro la boca para reprocharle, pero lo único que sale de ella es una carcajada. No sé si como consecuencia de los nervios o de la situación que acabamos de vivir. Ian sonríe y niega con la cabeza mientras me echa el brazo sobre el hombro y me atrae hacia él.

—Abróchate la camisa, anda, *highlander* —le digo, mientras se la cierro—. Te vas a helar.

—Imposible helarme ahora con el...

Lo miro y guarda silencio.

—Nada. Bueno, ¿cómo interpretas lo ocurrido?

—¿Además de que lidiamos con un hada muy pasional, quieres decir?

—Además de eso.

Suspiro hondamente y oteo el entorno.

—Tú me haces fuerte. Supongo que es lo mismo que has logrado con ella.

—¿Y no nos convenía más debilitarla?

—No, si eso suponía el final de este mundo. ¿Cómo saldríamos de aquí entonces? ¿Cómo recuperar la historia?

Ahora es Ian quien suspira. Hasta que ambos perdemos la capacidad de soltar aire y de cogerlo. Una horda enorme cruza el llano de un lado a otro en la lejanía, sin reparar, siquiera, en nuestra presencia. Gigantes, hadas, centauros, elfos... Todo tipo de criaturas siguen a un punto luminoso que vuela. El hada.

—¿Adónde van ahora?

—A la última batalla.

Keera

—Solo estaba tratando de que recordaras quién eras —le digo a Soren.

Él se incorpora y yo doy un paso hacia atrás. La cara me arde. Me concentro en mi respiración, esperando que pueda serenar los latidos de mi corazón.

—Todavía tengo algunas dudas, ¿qué te parece si lo repetimos?

—Me parece que tienes de sobra con quien repetirlo, no me necesitas.

—Cierto. Pero querer y necesitar son cosas diferentes.

Me siento en una piedra. Puede que sea la misma con la que antes me golpeé. Es difícil saberlo. Es difícil todo en general. Observo mis zapatillas, tan extrañas dentro del conjunto de esta situación y a la vez tan conocidas para mí. La frase de Soren ha traído de nuevo las dudas a mi mente. ¿Quiero ser guardiana? ¿Necesito serlo?

—Puedes contármelo —me dice Soren.

Subo la mirada hacia él. Se ha puesto serio.

—¿El qué? —pregunto.

—Todo. O solo la parte que quieras.

—No estoy segura de que sirva como guardiana.

Exhala de golpe y suena como un fuelle.

—Eso es como decir que no crees que sirvas para ser pelirroja.

—No creo que sea lo mismo, Soren. Pero da igual, acepté para que no se llevasen a mi madre, dudo que pueda negarme ahora.

—Eres lo que eres. Eso no se puede escoger.

—Solo soy Keera, una chica normal. Esto está demasiado alejado del carril.

—¿Qué carril? —Descarta la pregunta con un gesto de su mano en el aire— Da igual, eres la guardiana de Lívera. Negarlo solo te traerá dolor.

—Te aseguro que viví una infancia muy feliz alejada de todo esto. Cero dolor.

Soren niega con la cabeza.

—Las personas que nacemos dotadas de magia nunca estamos lejos de ella. Piensa, ¿cuándo fue la última vez que estuviste enferma?

—Mi madre me preguntó lo mismo. Nunca, pero porque tengo un sistema inmunológico muy fuerte.

—Llámalo como quieras. —Se deja caer sobre el suelo levantando polvo a su alrededor—. La posibilidad de plantearme si quiero ser o no un hada ni siquiera cabe en mí. Lo soy. Como tú eres guardiana. Que no lo supieras conscientemente hasta ahora no cambia nada. No es algo que puedas plantearte no ser.

—Yo me lo planteo todo. —Tironeo de un trozo de organza del borde de mi vestido que está algo descosido.

—Y es genial. Pero creo que te equivocas de punto de vista. No puedes rechazar ser lo que eres, pero puedes decidir qué tipo de guardiana quieres ser.

—¿Puedo? —El trozo de tela se desprende.

—Claro. En esta vida no puedes escoger las cartas que te tocan, pero siempre podrás elegir cómo jugarlas.

Me quedo un momento en silencio reflexionando sobre esa idea, dando vueltas al pedazo de organza entre mis manos.

—No te preocupes. —Soren coge mi mano y la sostiene con suavidad—. No tienes que decidirlo ahora.

Me quedo mirando mis dedos enredados en un trozo de tela y lo extraños que se ven sobre su gigantesca mano de trol.

—¡Ojalá fueses el embajador de Lívera!

Soren se ríe. Al menos eso es lo que creo que está haciendo. Su respiración se entrecorta y suena como un anciano asmático, pero sus labios dibujan una sonrisa.

—¿Quién es el embajador de Lívera? —pregunto cayendo en la cuenta de que en realidad no sé quién es.

—Geodis. —Hago una mueca inconsciente y él se apresura en aclarar—. No es mal tipo. Tendrás ocasión de conocerlo mejor. Creo que te caerá bien.

Acaricio distraída la piel áspera de la palma de Soren.

—¡Tengo tanto que aprender!

—Habrá tiempo. Estaré a tu lado siempre que quieras.

—Gracias.

Subo la vista a sus ojos. Brillan de una manera tan hermosa que se me nubla la mente. Hay magia en esa mirada, estoy segura.

—Háblame de ti —me fuerzo a decir para que la tormenta no me arrastre.

—¿Qué quieres saber?

—No sé. Cómo ha sido tu vida hasta ahora.

—Tengo ciento noventa y cinco años. Mi vida sería un relato demasiado largo.

—¡Guau! —A mi mente le cuesta encajar esa información—. ¡Eres súper anciano!

—No. —Otra vez esa risa asmática—. Soy joven para el pueblo de las hadas. El tiempo no significa lo mismo para nosotros.

—¿Qué te gusta hacer? ¿Cómo se divierte un hada?

Una sonrisa pícaro asoma a sus labios. Estoy esperando una contestación de las suyas, pero parece sincero cuando vuelve a hablar.

—Me gusta mucho explorar. Me encantaría explorar tu mundo, solo he estado dos veces.

—Te parecería muy banal, acostumbrado a los mundos mágicos.

—No si tú estás en él.

Bajo la vista a nuestras manos unidas para no enfrentar su mirada.

Soren sube los hombros estirando la espalda.

—Tengo hambre. ¿Por qué no me das otro beso a ver si se me pasa?

Pego una palmada a modo de contestación, pero me resisto a retirar mi mano de la suya.

—Me lo imaginaba —concluye él—, pero tenía que intentarlo.

Soren se incorpora y mira hacia su derecha. Desde la nada, Ian y Alana se acercan hacia nosotros.

—¿Qué leches habéis estado haciendo aquí?

Creo que nunca me había alegrado tanto de oír a mi hermana.

—Luchando por nuestra vida —le contesta Soren—. ¿Dónde estabas tú mientras?

—Intentando sacarnos a todos de aquí. ¿Te parece poco?

—No tenemos tiempo para esto —interviene Ian—. Vayamos tras el hada, ¿de acuerdo?

—Ese mal bicho ha estado jugando con nosotros todo el tiempo —escupe Alana—, intentando enfrentarnos a los unos con los otros.

Me fijo en que ya no parece una bruja. Sigue llevando el vestido negro, pero tanto su rostro como su pelo son los de siempre.

—Sí —confirmo—. Intentó que le tuviera miedo a Soren.
El aludido me mira con sorpresa. Me encojo de hombros.
—Solo puede haber ido a un sitio —asegura Alana—. Venid, yo os guio.
—¿A dónde vamos? —pregunto.
—Ahí donde acaba la historia; a la última página.

Avanzamos por el paisaje buscándonos constantemente unos a otros con la mirada, como si temiéramos volver a perdernos.

Tardamos menos de lo previsto en llegar. Nos encontramos frente a un arco de madera cuyas jambas se alzan varios metros hasta rematar uniéndose en una punta.

Hay un velo de luz azul cubriendo el vano. Cuando Ian y Soren intentan atravesarlo se vuelve sólido como una pared de hormigón, pero cuando yo lo intento se deshace en vapor.

Alana introduce el brazo a través de la puerta y comprobamos que solo se nos concede el acceso a nosotras dos. Se gira hacia nuestros acompañantes.

—No habríamos llegado hasta aquí sin vuestra ayuda, pero está claro que acabar con esto es cosa nuestra.

Ian no parece muy de acuerdo con dejarnos ir, pero Soren le posa una mano en el hombro.

—Tienes que confiar en ellas.

—Lo hago —asegura Ian y le da un breve beso en los labios a Alana.

Cruzo el umbral antes de que a Soren se le ocurra alguno de sus típicos comentarios y veo que Alana me sigue casi al instante. Miro hacia atrás, el vano se ha convertido en piedra y no se ve a los chicos. Por precaución, me alejo unos pasos antes de hablar.

—Ian es un amor. Entiendo por qué estás colgada por él.

Alana me mira con gesto de sorpresa, pero al instante sonrío.

—Soren tampoco está mal. Reconozco que estaba un poco equivocada con él.

Ahora soy yo la que está sonriendo.

El suelo se borra de repente y caemos. Los volantes del vestido se me suben hasta la cabeza y me impiden ver. Oigo gritar a Alana. La tela me ahoga y lucho por quitármela de la cara mientras seguimos cayendo a gran velocidad.

Alana

Me pongo en pie, dolorida aún por la caída. Me llevo una mano a la cabeza y distingo algo extraño. Hace rato que me libré del cabello canoso, pero ahora una parte de mi melena es distinta; más suave, diría, más ondulada y un poco más larga. Qué idiotez. O puede que no. Compruebo, al instante, que mientras la mitad de mi vestido sigue siendo negro y ajado, la otra mitad es de un rosa pastel con engarces dorados. Lo mismo sucede con el corpiño: una prenda ancha y deshilachada ocupando la parte derecha de mi pecho y una almilla del mismo tono rosado que la falda, ceñido y con brillantes en la parte central.

—Keera...

Está frente a mí y eso no tiene nada de extraño, puesto que solo ella y yo pudimos acceder hasta aquí, pero mi hermana está ahora al otro lado de un cristal. Me acerco y lo toco con un dedo, apartándolo rápidamente, como si temiera quemarme o algo por el estilo. Pero no pasa nada. Es un vidrio normal y corriente. Todo lo normal y corriente que puede ser algo aquí.

—¿Cómo demonios te has metido ahí? —espeto.

—No lo sé —responde ella, dubitativa—. Caí, igual que tú.

Observo que su ropa es igual que la mía, como si ella llevase la otra mitad de mis prendas. También una parte de su melena está más encrespada y desordenada, contrastando con su pelo más cuidado.

—Enésima prueba del hada retorcida —mascullo—. ¿Se te ocurre qué puede querer ahora?

—No ha dejado de ponernos pruebas. A ti, a Ian, a Soren y a mí.

—Lo cual no tiene mucho sentido. Es mi libro y está enfadada conmigo. ¿Qué tenéis que ver vosotros?

—Bueno, Ian es tu chico y yo soy tu hermana, la próxima guardiana de Lívera. En cuanto a Soren...

—Soren siempre está donde no debe en el momento en el que no debe —completo—. Aunque esta vez deba dar gracias por ello. Vale, pensemos. La última vez que la vi lideraba a un grupo de ¿personajes? Era una especie de rebelión.

Keera empieza a caminar, siguiendo con su mano la superficie del cristal. Yo camino también, siguiéndola.

—¿Adónde vas? ¿Se te ha ocurrido algo?

—Vale, pensemos con frialdad —responde sin detenerse—. El hada de Cristal robó la llave. ¿Y quién roba una llave?

—¿Un ladrón?

—¡No! Alguien que quiere entrar o salir de un sitio. El hada ya estaba dentro del libro, así que su objetivo no podía ser la entrada.

Keera se detiene y me mira. Yo también me quedo clavada en el sitio.

—Quiere salir del libro. ¿Para qué?

—No sé exactamente para qué —vuelve a decir Keera, mientras retoma la marcha—, lo que sí temo es lo que pasará si lo hace. Sembrarán el caos; por lo que dices, son un montón de personajes de fantasía enfadados, así que hay que detenerlos.

A un lado y a otro del cristal, el camino discurre de idéntica manera. Sobre nuestras cabezas hay un cielo violáceo con nubes racheadas. El sol ha de haberse ocultado ya, o esa sensación tengo porque ni siquiera sé si aquí haya sol o no. El sendero serpentea en multitud de curvas y

recodos, pero se extiende hacia adelante hasta más allá de lo que alcanzan a ver nuestros ojos. ¿Caminaremos juntas y separadas al mismo tiempo hasta Nunca Jamás?

Tras un largo e infructuoso avance, Keera se detiene de nuevo.

—No podemos seguir caminando para siempre, no llegaremos a ninguna parte así.

—Eso me temo.

Me mira, como si intentase deducir algo, y ese algo me dice que hemos llegado a la misma conclusión.

—Es como un espejo —murmura.

—Tenemos que vernos reflejadas de algún modo.

—Encontrarnos —decimos al unísono.

Keera sonrío y yo le devolvería el gesto, pero algo en mí es reactivo a ello. Algo que debo empezar a solucionar porque parece que el camino pasa por ahí.

—Cuando te miro, veo todo aquello que nos hace diferentes —confieso.

—Seguro que también podemos dar con lo que nos une. Hemos vivido vidas muy distintas, pero al mismo tiempo diría que hemos sentido que otros nos arrastraban hacia caminos que no deseábamos en algún momento.

Oigo un crujido y observo que el cristal ha empezado a resquebrajarse, como si alguien hubiera proyectado contra él una piedra.

Alzo la mirada cuando veo a un enorme dragón surcando el cielo. Bate las alas captando todo el aire posible y abre la boca, lanzando un gruñido ensordecedor. Está al otro lado del cristal, con Keera. Pero ella mira igual de asombrada a lo alto de mi peculiar parcela de cielo. Me giro, pero no hay nada. Cuando la bestia llega al cristal, reculo instintivamente. Va a chocar.

—¡Cuidado!

Keera no se ha movido, pero el dragón tampoco ha topado con el vidrio. De pronto su imagen ha desaparecido. Ahora quien llega es un hombre o algo parecido. Distingo sus orejas puntiagudas y una piel plateada. Corre hacia Keera, desde atrás, pero ya no estoy tan convencida de lo reales que son las cosas que veo al otro lado del cristal. Grita mientras enarbola algo en la mano; no tengo la sensación de que sea una espada, sino algún tipo de vara. Y al igual que ocurrió con el dragón, su imagen se esfuma cuando llega al cristal, sin haber tocado, siquiera, a Keera.

—¿Te has sentido sola alguna vez? —pregunto. Ella me mira—. Yo sí. Constantemente. Y me hubiera encantado tener a alguien a mi lado que me apoyase. Una hermana hubiera sido genial.

Sonríe con tristeza y asiente.

—Sí, lo cierto es que también me he sentido sola mil veces. El abuelo trabajaba todo el día y eran sus empleados, personas a su servicio, las que me llevaban de un lado a otro. También me hubiera gustado... tenerte ahí.

La grieta del cristal se hace más larga y se desliza por delante de nosotras, partiendo nuestro reflejo.

—Apenas nos conocemos —sigue diciendo—, pero sé que contigo hubiera podido ser yo misma. Dejar a un lado la sempiterna perfección que todo el mundo esperaba de mí. No soy perfecta, no quiero serlo.

Coloco una mano sobre el cristal, con la palma abierta, sintiendo su fría superficie.

—Tengo algo de experiencia en no ser lo que otros esperan de mí —respondo—. Mi madre... nuestra madre pasó la vida tratando de convertirme en una guardiana y es frustrante sentir que no haces más que fracasar.

—Que nunca haces suficiente —completa ella.

—Que nunca te miren con orgullo.

Keera se acerca y coloca su mano sobre la mía, en el otro extremo del cristal. Está llorando.

—Tenía siete años la última vez que mi abuelo me miró orgulloso. ¿Por qué tuvieron que separarnos? —Keera lanza la pregunta, sollozando—. ¿Por qué no pudieron hacer las cosas bien? Siento rabia por todo lo que nos han arrebatado, por todas las conversaciones que nos han negado, por cada abrazo; incluso por cada pelea que no hemos podido tener.

Me cuesta unos segundos digerir su emoción, hasta que me doy cuenta de que también es la mía. Y le asesto un golpe al cristal con la otra mano, un impacto que acrecienta la grieta y crea otras más pequeñas desde ella, como ramificaciones. Keera hace lo mismo y el vidrio revienta, derrumbándose entre las dos.

Nos abrazamos con fuerza y le enjugo un par de lágrimas al separarnos. Su cabello vuelve a ser esa melena ondulada y larga con la que la conocí. El mío, vuelve a ser el sempiterno desastre que siempre ha sido, y nuestras ropas ahora son sencillos vestidos completamente blancos. Pero no hay tiempo para regocijarse con lo que sea que hemos conseguido. Seguimos viendo criaturas corriendo en tromba; ahora todos siguen una única dirección y avanzan, veloces, hacia un destino común.

Los seguimos, a través de una extensa campiña que poco a poco se convierte en un árido desierto. La hierba se transforma en arena y la falda de la montaña que ascendíamos es, de pronto, una duna. Los pies se nos resbalan, pero nos ayudamos hasta alcanzar la parte más elevada y lo que vemos nos pone los pelos de punta: personajes surgidos de uno o mil libros de fantasía, probablemente aquellos que perecieron en cajones, que cayeron olvidados en el fondo de un armario, que pasaron sin pena ni gloria mientras otros atraían los focos.

—Joder —murmuro, sin apartar la vista de la mancha negra que conforman, como una marea imparables—. ¿Cómo vamos a parar esto?

Keera no responde. Su mirada sigue presa del horizonte mágico que se abre ante nosotras. Creo que es la primera vez que la miro y veo una parte enorme de mí misma reflejada en ella.

—Puedes hacerlo —musito sin apenas voz.

Ella se voltea y me observa con una mueca suplicante.

—¿Qué quieres decir?

—Keera, míralo. —Devolvemos nuestra atención a la explanada de arena—. No están solo los personajes de mi libro. Puede que el hada los lidere, pero aquí hay cientos, miles. Son todos los personajes de los libros olvidados. Y tú eres su guardiana. Esto es algo que excede de una historia mal escrita o poco luchada.

—No. Yo no puedo hacer nada. Ni siquiera sé cómo...

—Pero yo sí. Yo nunca conseguí llevarlo a cabo, pero sé cómo se hace. Tú ignoras la manera, pero sí puedes hacerlo. ¿No te das cuenta? Esto es exactamente lo que se espera de nosotras, la razón por la que Ian y Soren no pudieron acceder y nosotras sí.

Keera no dice nada, supongo que está tan poco convencida como yo, aunque intente expresar lo contrario.

—No somos un par de fracasadas fuera de lugar —añado—. Solo debíamos esperar a estar en el sitio oportuno, en el momento adecuado. Y aquí estamos.

—Juntas —apostilla.

—Juntas —confirmo.

Aún no me mira, pero sus labios esbozan una sonrisa sincera.

Estoy asfixiada cuando al fin llegamos. Keera asegura no tener ni la más remota idea de por qué conocía este lugar, pero lo conoce. Abandonamos la explanada de arena hasta llegar a una especie de oasis; el más extraño que he visto en mi vida, conformado todo él de retazos de papel: las palmeras, los exóticos arbustos que cubren el suelo y hasta un lago. Todo compuesto por páginas y más páginas. Y en el centro, como una especie de santuario, una biblioteca. El único sitio donde los libros brillan por igual. Aquí no hay un foco de atención específico sobre uno que ignore a otros. Tampoco un megáfono que convierta a uno en mejor que otro y multiplique sus ventas. Aquí todos aguardan en un silencio sereno la elección de un lector.

Keera se mueve deprisa entre las estanterías y yo la sigo con la lengua en el suelo. No ha dejado de rascarse esa dichosa mancha desde que la conocí. Admito que al principio, el gesto me exasperaba; ahora, la compadezco. La magia mal canalizada puede ser peligrosa. Mi madre siempre me lo repetía.

—¿Estás segura de que aquí conseguiremos algo? —le pregunto.

—No, no lo estoy —responde sin mirarme—. No estoy segura de nada, pero estoy intentando... ya sabes, dejarme llevar. De momento parece que funciona, ¿no? Estamos aquí.

—Vale, ¿Y ahora qué?

Keera se detiene frente a una enorme estantería, mientras coge un libro, un grueso volumen de tapas ajadas.

—Solo quieren estar a la altura de otros —dice ella, observando las antiguas maderas que conforman el mueble—, que les den una oportunidad, que les dejen contar su historia. Dime cómo hacerlo, Alana. ¿Cómo convocar la magia de los libros?

Llego hasta su lado, coloco mi mano sobre su hombro y trato de trasladarle la calma que necesita y que es imposible mantener en una situación como esta.

—Cierra los ojos y respira. La magia es una especie de espiral en torno a ti. Has de intentar dominarla, unirla y proyectarla... sea lo que sea lo que quieres hacer.

Durante unos segundos, no sucede nada. Doy un paso atrás cuando un hilo de luz empieza a envolver a Keera. Sonríe aún con los ojos cerrados.

—La siento —musita—. Madre mía, es increíble. Puedo percibirla.

—Trata de canalizarla en tus manos, darle forma de algún modo... sea lo que sea lo que quieres hacer —repite. Lo cierto es que no tengo ni la menor idea.

Las líneas de luz se distorsionan momentáneamente y percibo el esfuerzo que le supone a Keera mantenerlas en su trayectoria, pero lo consigue y poco a poco, fluyen hacia sus manos. Envuelven el libro que había recogido y observo que la tinta empieza a esfumarse, alzándose como una pequeña nube de humo que se materializa algo más allá, convirtiéndose en un... ¿centauro?

La luz mágica se apaga y Keera mira embobada el objeto de su obra. El centauro inclina la cabeza en lo que supongo una reverencia.

—Mi señora —la saluda.

Me acerco a Keera de nuevo y le hablo al oído.

—¿Tenías intención de hacer esto?

Ella sonríe sin dejar de mirar al centauro.

—Por supuesto. Responderemos a la rebelión con nuestro propio ejército.

—¿Quieres luchar? —pregunto asombrada.

—Eso te faltó según tu hada, ¿no? Luchar.



Keera

Cientos de seres mitológicos después, los brazos me arden como cuando si hubiese estado horas nadando.

Mi hermana ha reconocido cada libro que he usado y ha contado algunas anécdotas sobre ellos, creo que para mantener los nervios bajo control.

Toda mi vida he ignorado los libros de ficción, parece un chiste del destino que ahora dependa de ellos para salir indemne de esta situación.

—Ya están aquí —avisa Alana separándose de la ventana—. ¿Será suficiente?

—Tendrá que serlo.

Devuelvo el último libro que he usado, «La historia interminable», a su sitio en la balda. Los brazos me tiemblan.

Veo que mi hermana se lleva la mano izquierda a la boca y mordisquea la uña de su dedo meñique. Frente a la puerta de la biblioteca una amalgama de seres mitológicos de papel esperan pacientes mis instrucciones y no tengo ni idea de qué debo hacer.

Caminamos juntas hacia la puerta principal. En el vestíbulo hay un espejo y no puedo evitar fijarme en que vestidas igual parecemos dos copias de una misma persona.

Nuestras huestes se adelantan para dejarnos protegidas en la retaguardia. A través de sus cuerpos de papel veo el brillo del hada que se encuentra a la vanguardia de su ejército.

Me preparo mentalmente para dirigir a nuestras filas.

El hada ordena avanzar a su ejército y no tengo más remedio que enviar al nuestro a que contrarreste el ataque.

Los soldados del hada son como dibujos sin bordes definidos, los nuestros, pliegos con letras escritas. Los primeros avanzan contra los segundos y se deshacen en tinta sobre sus cuerpos. Los nuestros vibran con el impacto y absorben la tinta, que decoran su papel escrito creando texturas.

Los sonidos de lucha me hacen estremecer. Siento una gota de sudor resbalando desde mi sien.

Nuestros guerreros aguantan con fiereza el envite, pero los oponentes nos superan en número.

—Son muchísimos —dice mi hermana, poniendo en palabras mis pensamientos.

Veo una figura alada revoloteando en torno a la cabeza de uno de nuestros dragones. Parece un duende. Su piel es de color rojo. Su boca se abre en una sonrisa espeluznante y veo brillar unos dientes afilados. Trata de rasgar con ellos la piel del cuello de su oponente.

—Tenemos que llegar hasta el hada —digo—. Si la paramos a ella todo se acabará.

Me giro a derecha e izquierda hasta que encuentro lo que busco. Un soldado que lleva dos dagas gemelas en las botas.

—Necesito las dagas —le digo.

Él me las entrega sin dudar. Pensaba que notaría en las manos la textura del papel, pero parecen dagas normales.

Le doy una a mi hermana y busco al hada entre el maremágnum de personajes.

Caminamos entre los luchadores esquivando cuerpos y bloqueando ataques. Vuelvo a sentir que mi cuerpo reacciona por sí mismo, como si supiera en cada momento lo que tiene que hacer, sin embargo no logro avanzar demasiado.

Veo que el duende ha conseguido alcanzar al dragón en el lado derecho del cuello. Ahora intenta llegar hasta él por el lado izquierdo pero este lo atrapa entre sus fauces. Lo veo cerrar la mandíbula en un golpe seco. El cuerpo del duende revienta como una uva madura y ríos de tinta

roja se cuelan entre los dientes del dragón y resbalan sobre su cuello dibujando escamas.

He perdido de vista a mi hermana. Cuatro *banshees* cargan contra mí. Y en el peor de los momentos, me quedo petrificada, ni siquiera soy capaz de levantar la daga hacia ellas.

El primer centauro que creé se interpone. Las mujeres se deshacen contra su costado. La tinta se expande por su cuerpo dando color a su grupa y brillo a sus crines, dibujando sus rasgos faciales.

Hinca la rodilla en una reverencia. Es hermoso.

El aire regresa a mis pulmones de golpe y percibo que los sonidos de la batalla casi se han apagado. Los guerreros de tinta y los de papel se han fusionado y ahora todos son un único ejército que no encuentra contra quién luchar.

Alana regresa a mi lado. Hay tinta en su daga.

Sin que nadie se lo ordene, las huestes abren un pasillo entre el hada y nosotras.

Avanzamos hacia ella. El silencio es atronador.

—Me habéis derrotado —nos dice—. La voz de los libros olvidados nunca será escuchada.

—No necesitáis salir al mundo real para eso. Vuestra fuerza está aquí —digo, y abarco con mi brazo al ejército—. No hay diferencia entre los libros conocidos y los desconocidos. Unos gritan, los otros susurran, pero todos tienen algo que decir. Y los lectores debemos estar abiertos a escuchar a todos.

—Yo seré vuestra voz —dice Alana, y se seca con disimulo la humedad de las mejillas—. Lo prometo. Nunca dejaré de luchar para que vuestras historias sean oídas.

—Cumple tu palabra pues —le pide el hada—. Tenéis mi permiso para abandonar el libro.

Su cuerpo se desdibuja como si alguien hubiera pasado un pincel con agua sobre ella. Me giro hacia nuestro ejército, pensando en cómo volver a meterlos en los libros.

No es necesario. Se están transformando poco a poco en hojas de papel. Veo cómo se pliegan sobre sí mismos, pierden sus colores y regresan volando al interior de la biblioteca. El primer centauro que creé es el último en desaparecer.

El lugar ha quedado desierto en pocos minutos. Ya no llevamos puestos los vestidos, sino nuestra propia ropa. En el suelo, donde estuvo el hada, veo la pluma.

Alana se agacha a recogerla y me la tiende.

—Es tuya.

La cojo con reverencia y la sostengo frente a mí sobre la palma de la mano.

—No sé qué hacer con ella.

Oigo a mi hermana reír. Es un sonido magnífico. Las comisuras de los labios se me curvan en una sonrisa sin querer.

—Solo es una pluma, tonta. Métela en el bolsillo.

—Si no lo veo, no lo creo. Alana Kendrick sonriendo. —La voz de Soren hace que el corazón dé un salto dentro de mi pecho.

Han salido de la biblioteca y se acercan a nosotras. Soren tiene de nuevo el aspecto con el que lo conocí. En los fragmentos de piel que su ropa deja a la vista advierto unas finas líneas plateadas en las que nunca había reparado.

—Soren de Keigaard —saluda Alana—, ¿por qué no estás *trolificado*?

—La magia de este mundo se ha agotado. Parece que cierta guardiana la ha canalizado a su favor.

—Esa soy yo, la guardiana de Lívera —digo, y lanzo la pluma para que dé una vuelta en el aire con intención de cogerla, pero mis cálculos fallan y termina en el suelo.

Tras unos segundos de estupefacción, todos empiezan a reírse y no puedo menos que

secundarlos.

—Creo que voy a necesitar algo de ayuda —digo recuperando la pluma y guardándola en el bolsillo de atrás de mis vaqueros.

—Estaré a tu lado —asegura mi hermana.

—Y yo —confirma Soren.

Ian se encoje de hombros.

—No sé si pinto algo aquí, pero puedes contar conmigo —dice.

Lana se abraza a su costado y él le da un beso en la coronilla.

El mundo comienza a desplazarse, como un *travelling* y me tambaleo por la impresión. Soren me sostiene y me estabilizo contra su cuerpo.

Nos miramos y nos reímos al mismo tiempo, ambos sabemos lo que estamos pensando.

Tomo su mano derecha entre las mías y sigo con mi dedo índice una de las líneas plateadas. Se ondula sobre sus nudillos y gira hasta desaparecer hacia la muñeca bajo su ropa.

—¿Qué es?

—La energía mágica que fluye en mí —explica—. Que puedas verlas significa que tus ojos están despiertos a la magia.

Sonrío.

Volvemos a estar en la sala de las puertas, ante el portal que nos llevará de regreso a la biblioteca de Geodis. Hacia el mundo real. Hacia mi nueva vida como guardiana de Lívera.



Alana y Keera

Me miro las manos, que siguen llenas de pintura, mientras permanezco sentada sobre una de las mesas de la biblioteca. Después de la peculiar batalla vivida, todo a nuestro alrededor desapareció y solo quedó un camino de acuarelas que nos condujo de regreso a la biblioteca de los libros olvidados.

Allí nos esperaba Geodis con cara de pocos amigos. Las guardianas y él estaban bastante enfadadas porque parece que esta vez metimos bien la pata. No sé qué nos espere ahora a cada uno de nosotros. A Keera se la han llevado casi a rastras las guardianas con Soren acoplado por no sé qué hechizo que los mantiene ligados, mientras que a Ian, ha sido el propio Geodis quien lo ha sacado de aquí.

Giro la cabeza cuando la enorme figura de este se planta en la puerta de la biblioteca y cierra tras de sí. Se acerca y deja escapar un profundo suspiro. Me mira con el ceño fruncido y se despoja de su característico sombrero *fedora*. Niega con la cabeza y toma asiento en la silla sobre cuya mesa permanezco.

—No tocar nada —murmura—. Era fácil.

—Lo siento.

Geodis me mira y hace una mueca.

—¿Ya está? ¿No vas a tratar de justificarte con cualquier excusa increíble?

—No, Geodis. Esta vez no.

—Pudo ser muy grave lo sucedido, Alana. Si los personajes hubieran abandonado el libro, con las puertas de este mundo abiertas... Dioses, prefiero no pensar en ello.

—¿Qué nos van a hacer? —pregunto, realmente preocupada.

—Qué os van a hacer —musita, con la mirada fija en la oscura madera de la mesa—. Te preocupa, ¿verdad?

—Bastante. —Me revuelvo nerviosa—. Oye, Geodis, los demás no tienen la culpa de nada. Fue cosa mía. Keera es la guardiana y siguió a Soren y Soren, bueno, ya conoces a Soren.

—Sí, conozco a Soren.

—Y en cuanto a Ian, me seguiría a cualquier maldita locura, pero todos intentaron ayudar y, de hecho, no lo habría conseguido sin ellos.

—¿Quieres asumir tú sola el castigo?

—Creo que es lo justo.

—Bien, en primer lugar, baja de la mesa. No es correcto sentarse sobre ella.

Le obedezco, como una niña siguiendo al pie de la letra las instrucciones que su padre le proporciona tras la regañina. Geodis echa hacia atrás una silla y la ocupo. Entonces coloca sobre la mesa un manuscrito que reconozco a la perfección. Cómo olvidarlo.

Alzo la cabeza y lo miro. El bibliotecario ha modificado su expresión, que ha pasado de la severidad a una simpática compasión.

—Reescribela —me sugiere—. Mejora aquello que creas y haz todos los cambios que desees, pero no la silencies.

Asiento.

—¿Este es el castigo?

—No, pero es un principio.

—¿Y el castigo?

—Tengo que pensarlo.

Asiento de nuevo. Mejor no insistir.

—Ninguna vida es perfecta, Alana —continúa diciendo—, pero no por eso dejamos de vivirla. Lidiamos con los errores, aprendemos de ellos y tratamos de ofrecerle al mundo nuestra mejor versión. Y eso es lo que reclaman los libros olvidados. Puede que muchos no lleguen a ninguna parte, pero todos merecen la oportunidad de brillar.

—Gracias, Geodis.

Me da un apretón en el hombro y se encamina hacia la salida.

—Cuando acabes, reúnete con Keera y tu madre.

Me tenso al escuchar la última orden del bibliotecario. Aún no he visto a mi madre y ni siquiera me he atrevido a preguntar por ella. No sé si estará enfadada, decepcionada... Ni sé si tengo fuerzas para verla mirarme de ese modo.

—¿Dónde están? —me atrevo a preguntar.

—Tu hermana ha de cerrar el portal. Moira la ayudará.

El bibliotecario se cruza con Ian y yo me levanto como un resorte para correr a abrazarlo.

—¿Estás bien? —me pregunta, con la voz amortiguada contra mi ropa.

—Sí, ¿dónde estabas?

—El gigantón me permitió darme un baño y comer algo.

—Parece que soy la única a la que han tenido bajo arresto.

Caminamos de regreso hasta la mesa.

—Bueno, eres el desastre con patas que nos ha metido en esto.

—Muy gracioso.

Me abraza por detrás y coloca su barbilla sobre mi hombro.

—¿Qué piensas hacer? —me pregunta con un hilo de voz.

—Reescribirla, claro. Geodis tenía razón.

—No me refiero a la novela. No me cabe duda alguna de que la reescribirás. Hablaba de ti, de nosotros.

Me doy la vuelta y le sostengo las manos.

—Creo que me debo el recuperar a mi hermana y a mi madre. Además, tengo diecisiete años; legalmente debo vivir con ellas. Pero si no te parece demasiada la distancia que nos separa... Te quiero y quiero estar contigo.

Ian me mira. Mantiene una medio sonrisa, pero no responde y temo que sea demasiado tarde.

—Entendería que tú no. Te dejé y... Bueno, además, la ciudad queda lejos. Y esto es una locura y...

—Ala, corta ya. Te estaba haciendo sufrir un poco, pero ya. No es propio de un apuesto *highlander*.

Respiro, aliviada.

—Dios, esta *banshee* debería lanzarte por una ladera.

—Pero no lo harás —concluye, abrazándome.

—No, porque después tendría que ir a buscarte.

Ian sonríe y me besa. No tengo ni la más mínima idea de la historia que quedará plasmada en estas páginas cuando termine con ella, pero de lo que no me cabe ninguna duda es de cuál será el final. Quizás, después de todo, los finales felices no sean tan típicos, sobre todo entre una bruja y un príncipe.

—¿Me acompañas a ver a mi hermana? —le pido a Ian.

—Te acompaño, claro.

Recojo la novela y le doy la mano.

Las guardianas me han separado del resto con poca delicadeza. La magia que me une a Soren vuelve a estar activa, así que no han tenido más remedio que dejar que me acompañe. Están bastante enfadadas y no es prudente decir nada que pueda añadir más leña a la hoguera, así que las sigo en silencio.

Me conducen hasta el portal. Trato de recordar los nombres de las guardianas de Imago y Rale. Danae y Helge, creo.

Lívera todavía se estremece, como si estuviera sufriendo el eco de los terremotos que provocó el hurto de la llave.

Las guardianas han creado una burbuja de poder en torno al portal. Aquí dentro el mundo está en calma.

—No hay tiempo para ceremonias —dice Helge—. Trae la mano izquierda y dame la llave.

Le tiendo la pluma y estiro el brazo hacia ella. Me agarra la mano de forma brusca, le quita el capuchón a la estilográfica y me pincha la yema del dedo corazón con la punta. Pego un respingo.

Una gota de sangre se acumula sobre mi piel. La gota trepa por el plumín, haciendo el camino inverso al que haría la tinta en una estilográfica al uso y desaparece en su interior.

Helge tira más de mi brazo y dirige la pluma hacia mi muñeca. Veo cómo empieza a repasar con la punta la línea de mi marca. Noto que querría ir más deprisa, pero se está conteniendo, como si fuese importante hacerlo bien.

No me duele, solo escuece un poco. Como cuando echas alcohol en una pequeña herida.

Por el rabillo del ojo veo a Soren acercarse un par de pasos. Creo que me he movido, porque Helge me aprieta más la muñeca.

Le miro arrugando la boca en una mueca triste y él me devuelve una mirada de orgullo.

Cuando la guardiana al fin me suelta, la marca brilla. Me tiende la pluma y la aprieto en mi mano izquierda.

Noto un torrente de energía recorriéndome por dentro, como una sobredosis de azúcar.

Mi hermana e Ian se aproximan cogidos de la mano.

Unas sombras negras empiezan a formarse entre ellos y yo. Observo el fenómeno mientras trato de recordar por qué la imagen me resulta tan familiar.

Entre las sombras se materializa mi madre, como si la estuvieran custodiando. Flota unos segundos y en cuanto hace pie, las figuras desaparecen tan rápido como aparecieron.

—Mamá —grita Lana, y se abalanza contra ella.

Ambas se tambalean y pienso que acabarán en el suelo. Me mantengo a una distancia prudencial. Mi madre se da cuenta y alarga un brazo hacia mí. Pero yo permanezco en mi sitio, inmóvil. Me alegro de que esté bien, pero todavía tengo mucho que procesar respecto a mi relación con ella.

Alana me mira y se acerca a mí para abrazarme. Me dejo caer con blandura entre sus brazos y nos quedamos un minuto enganchadas.

—Chicas —interrumpe Aisling con voz dulce—, hay que cerrar el portal.

Nos separamos.

—Habrá tiempo para hablar —dice Alana, y se dirige a Moira—. Nos debes una explicación.

—Varias —añado.

Moira asiente y se acerca para inspeccionar la marca en mi muñeca.

—La sucesión se ha completado justo a tiempo —dice soltando mi brazo—. Aunque no como me hubiera gustado.

Helge expulsa el aire con desprecio.

—Mis disculpas si no hemos actuado como lo haría la guardiana de Lívera —dice.

Danae la toma del hombro. Ese gesto parece calmarla.

—Gracias por cuidar de Lívera durante nuestra ausencia —dice Moira, aunque no parece agradecida en realidad—. Es hora de que la auténtica guardiana tome las riendas.

Me indica que sostenga la pluma en el aire como si estuviera frente a una pizarra invisible. Pone su mano sobre la mía para guiar mis movimientos y comenzamos a escribir.

Observo cómo el paso de la pluma dibuja líneas rojas en el aire. Líneas que forman unos extraños caracteres que se deshacen a los pocos segundos, como si fuesen humo.

No sé lo que hemos hecho, pero funciona. El portal detiene su vibración y se estabiliza. El mundo a mi alrededor deja de estremecerse. Las guardianas hacen desaparecer la burbuja protectora. Oigo a Aisling suspirar.

—Al fin —dice.

—Esto no se ha acabado —asegura Helge—. El terremoto ha causado graves daños. Hay trabajo que hacer aquí.

—Ahora que tenemos una nueva guardiana, fuerte y joven, podremos solucionarlo fácilmente con su magia —asegura Moira.

—Pero no hoy —ataja Aisling—. Todos necesitamos descansar.

La guardiana de Imago se despide y se lleva a Helge consigo.

—Tengo preguntas —le digo a mi madre—. Muchas.

—Tranquila, ya habrá tiempo para explicaciones.

Aisling se quita el atrapasueños que lleva al cuello y lo balancea tres veces en el aire. Desde el círculo central se proyecta una sombra sobre la hierba que va poco a poco tomando consistencia.

—Ala, ¿puedo ir a casa? —pide Ian, parece cansado.

—Sí, adelántate, ahora vamos nosotras.

Ian se despide de Soren con un apretón de manos, le da un beso leve en los labios a Alana y atraviesa el portal hacia nuestro mundo.

La sombra del atrapasueños se ha convertido en un acceso a Somnia. Aisling se lo vuelve a colgar al cuello y se dirige a Soren.

—Embajador, ¿me acompañas?

—Espera —pido—, tengo que despedirme.

Él esboza una sonrisa pícaro.

—No pensaba irme sin más, pero ha valido la pena que lo pensaras solo por verte suspirar por mis huesos.

—No te flipes, Soren —oigo que dice Alana a mi espalda.

Siento el corazón martilleando por la inminente separación.

—¿Cuándo nos volveremos a ver? —digo, aunque en realidad quiero decir «no te vayas todavía».

—Pronto —sus ojos brillan. Hace un giro con la muñeca y noto que se deshace el nudo que nos mantenía atados—. Todavía me debes un favor, no lo olvides.

Se acerca, deposita un beso sobre mi mejilla, muy cerca de la comisura de mis labios y se marcha con la guardiana de Somnia.

No aparto la vista hasta que desaparecen a través del portal y cuando me giro me encuentro de frente la sonrisa irónica de mi hermana.

—¿Qué? —digo.

—¡Estás loquita por sus huesos!

—¿Tienes diez años o qué?

Le doy un manotazo sin fuerza. A ambas nos cuesta mantener la risa.

Moirá nos llama. Es hora de volver a casa y de empezar a entender las cosas, a conocer nuestra historia.

Alana me echa un brazo sobre los hombros y yo la imito y la aprieto contra mi costado.

—¿Vamos?

—¡Vamos!

Agradecimientos

De Adella:

A Alex y Ana, mis escuderos fieles y dos pilares fundamentales en mi vida.

A Cristina Grela y Aroa R. Zúñiga por prestarse a ser mis lectoras beta y hacerlo con tanta entrega y cariño.

Gracias a Jessica. No podría haber hecho esto con nadie más.

Pero sobre todo gracias a ti, por dedicar tu tiempo a leer.

De Jessica:

Quiero darle las gracias, en primer lugar y de manera especial, a Adella Brac, mi compañera en esta aventura, por aceptar embarcarse en esta pequeña locurilla literaria cuando se lo propuse. Habíamos hablado alguna vez de escribir algo juntas, pero el tiempo nunca es aliado. Por suerte, esta vez, no jugó demasiado en contra o si lo hizo, pudimos con él.

Y gracias también a los lectores beta que nos han ayudado a mejorar la novela, en especial a quienes, además de betas, son dos amigos y hermanos: Jose Antonio Sánchez y Diana Buitrago.

Y gracias, por supuesto, a esos lectores que le den una oportunidad a Alana, Keera y compañía. Ojalá os hagan disfrutar.

Si quieres conocer más novelas de **Jessica Galera Andreu**, así como futuros proyectos y participar en sus desafíos literarios, puedes entrar en su página web y descubrir su particular universo:

jessi-ga.wixsite.com/fantepika

Si quieres conocer más de **Adella Brac**, puedes visitar su blog. Allí encontrarás artículos de fantasía juvenil, reseñas y retos de escritura.

www.adellabrac.com